Al sendero de R'LYEH. (en proceso)

César Andrés Ramírez Herrera

Image not found.

Capítulo 1

Al Sendero de R'lyeh.

Con todo el respeto, que se merece a unos de mis escritores favoritos; H. P. LOVECRAFT. Y su relato "La llamada de Cthulhu".

"No se pretende imitar, y no se puede. En algún momento he sentido la necesidad, como ese bicho molesto, que ataca siempre una y otra vez. Siempre vuelve, pero aquello da la sensación de emoción y ansias. Escribir desde su mundo, su fantasía, el terror cósmico y lo que esconde en la oscuridad absoluta. Sin olvidar poner guiños de alguno que otro gran relato y alguno que otro personaje oculto. Todo esto converge en tal manuscrito mencionado con anterioridad. Es por eso el nombre: *Al Sendero de R'lyeh*".

La invitación está hecha.

Howard Phillips Lovecraft.

20 de agosto de 1890 – 15 de marzo de 1937.

Latitud 47° 9' S, longitud 126° 43' O.

Capítulo 2

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

Londres, 1806.-

La sombra sobrevoló su cabeza. Por momentos tuvo la sensación angustiosa que huía de la noche, que corría de la oscuridad. Escuchó el aleteo lejano, vio en sus pies, en el terreno vasto como si tal cosa fuese un eclipse. Esa mancha oscura, la sombra le seguía. Pero tenía que llegar a aquel lugar, necesitaba retornar a casa, ese mal presentimiento le carcomía el alma, le amartillaba el corazón, le torturaba el cerebro. Respiraba grandes bocanadas, el halito tan notorio, como una maquina a vapor, - "No llegarás a tiempo, la hemos jodido. ¿Verdad?", pensó. Aquello lo desesperó aún más, deseaba poder poner cerrojo a su pasado reciente, luego tomar esa llave y arrojarla al fondo del Támesis.

Había vuelto, por fin. Derribó la puerta, una puerta que le rasgó el alma, al ver que, ya estaba en gran parte derribada por alguien más, o algo más. Gritó los nombres. Su familia. Había abandonó, había olor a desgracia. Muerte, los hilos de la vida se habían cortado. Luego llegó como un manto oscuro, parecía noche sin estrellas, sobre un eclipse, el silencio incómodo. Sus lágrimas aún corrían por sus mejillas. Al final sus recuerdos fueron borrados.

Navidad, con un árbol y sus adornos desechos, rejados en tablones de madera. Deseó que nada de eso hubiese ocurrido.

*** I.- ***

Al..., que todo ha leído.

*Carta encontrada. Datada: **700 d. C.***

"En los primeros años de vida, cuando la memoria logra ya retener, he visto un extraño Sol. Como si hubiese sido eclipsado, sin Luna que lo opaque, un Sol rojo, oscuro. Clavado, sanguinolento en un cielo grisáceo,

un cielo distante con enormes siluetas borrosas y oscuras en los altos infinitos. Luego una voz alta, grave y de extrañas tonalidades parecía decir mi nombre. Desde ese punto, sabía. Sabía que mi paso por esta tierra sería diferente”.

Nota de: Clau Dexter, sobre la carta encontrada: “Fragmento de un mapa al reverso, hacía Ozz; El portal del Conejo”.

“Fragmento, encontrado: 29 58' 30.46" N 31 7' 59.22" E. -Keops, Kefrén, Micerino”.

Capítulo 3

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

Iloca, 2016.-

Ese día era un atardecer lluvioso, como todos esos cientos de atardeceres en plena estación de invierno en el Sur de Chile. Una ola de heladas, "*Ola Polar*", rezaban los noticieros. La lluvia esa tarde, caía de un cielo cerrado a cal y canto. Más de un cincuenta por ciento de las calles estaban inundadas, también algo normal, para esos días – "*Nada de qué alarmarse, es sólo lluvia*", pregonaba la gente.

A las puertas de un cementerio, dos ángeles pétreos apuntaban sus miradas hacia ese cielo cerrado de nubes, grises como todo lo que rodeaba aquel cementérico. Ni un alfiler se colaba por esas nubes, ni un fino rayo de luz.

La lluvia tenía un parecido a los llantos, al torrente de lágrimas de ese viejo de cabellos blancos, no llevaba puesto gorro, el cabello lo tenía empapado, dejaba entrever una notoria calvicie, que el sumar de los años era inverso y proporcional a la perdida. Parecía no importarle pillar un catorro de los mil demonios, una pulmonía que lo pondría frío y tieso. Sus ropas andrajosas y empapadas, con esa larga chaqueta de mezcilla que le llegaba hasta las rodillas, las gotas de la intensa lluvia en los bordes inferiores eran como canaletas desbordadas, dejaban escurrir gotas y gotas de agua. El viejo lloraba, tenía las lágrimas marcadas en sus ojos irritados, desaparecían en los surcos arrugados de su cara tan empapados, se borraban como la bebida de buenos grados le quitaba el frío. Estaba de pie, sin moverse. A ratos respiraba entre sollozos, cortados en breve por ese rostro impertérrito, que miraba hacia abajo. Miraba y odiaba el destino, odiaba la suerte, esa mala suerte – "*Que le den, maldita vida*". Odiaba esa vida, esas circunstancias tan en contra. El destino, ese azar. Un trueno a lo lejos. Muy alto entre esas nubes.

Esa tarde no había paraguas, no había forma de protegerse. Nunca las hay cuando te quedas a vagar por esas solitarias calles, – "*cuando no tienes hogar, es difícil camarada*", pensó. Seguía en la observación a esa blanca cruz, ese mármol gris empapado de lágrimas de lluvia que no cesaban, como sus ojos irritados, como su alma, que le aprisionaba su corazón como papel arrugado, como ese periódico que usaba de sabanas, de frazadas en una cama improvisada de cartón. Ese periódico que

anunciaba –“*La ola polar*”.

Miraba tan ido, cabizbajo y dolido. Entonces leyó en silencio, sus palabras sonaron quebradizas, como si fuesen también empapadas por la fuerte lluvia. —Magdalena, quien olvida—dijo. Luego se llevó su mano izquierda a sus labios, le temblaba como todo su cuerpo, cuando volvió a llorar. —Yo no olvido.

Y dejó un ramillete de rosas sobre aquel frío lugar, al lado de ese mármol, que lucía tallado; “*Magdalena Díaz Monsalve*”, se arrodilló antes con cuidado, pues le pesaban los huesos, se sentía viejo. Se sentía acabado. Arriba los tambores seguían ese resueno de truenos. El invierno más frío de años anteriores, siempre lo era. Mientras las noticias mostraban los trágicos índices de fallecimiento de gente sin hogar en el país, sin lugar en donde pasar la noche. Encontrados más helados que la ola polar, como tiosos maderos, cubos de hielo. Sin vida. Dormidos como “*Magdalena*”.

Ese día al viejo Elías, tuvieron que sacarlo arrastras del cementerio, entre llantos y reclamos. Odiaba ese azar del destino. Odiaba también a esos hijos, familias ahora ciegas y sordas. Estaban solos. Miró por la reja, se aferró a ella, esa reja que cerraba el cementerio, que le apartaba ya en definitiva de Magdalena, su amor. Por lo menos había lápida, alguien había pagado. Sin dejar nombre, alguien no estaba tan ciego y tan sordo. —“*Por lo menos alguien se acordó, que existía y que ha dejado de existir*”, masculló entre la negación y con fuerte presión de sus manos en aquellas mojadas rejas.

—Elías ya es hora—alguien le dijo a sus espaldas. No estaba solo, pero él lo creía más que nadie en el mundo. Estaba abandonado, pero del corazón.

Giró a sus espaldas. —Es Magdalena, Carlos. Mi viejita.

—Nosotros no olvidamos. ¿Verdad? —dijo el viejo a sus espaldas.

Elías sonrió, una sonrisa queda. Retrocedió de las rejas, aquellas que parecían imanes para sus manos. Sintió esa corriente, sintió la angustia de la despedida, cada vez más cerca, tanto que le tocaba su corazón.

—Vámonos—dijo entre tartamudeos de un pequeño sin ilusiones.

*** *II.* - ***

Al..., que todo ha leído.

Carta encontrada. Datada: **731 d. C.**

*"En incontables sueños o realidades, estuve suspendido en las alturas. Tan altas, que sentí el terror indescriptible de perderme y morir, ante la dificultad extrema de respirar con normalidad. No sé, si aquello fue un estado febril, pero la realidad paralizó todo mi cuerpo, cada músculo se tensó, como cuerdas anudadas, no era un sueño. En lo más alto e inimaginable, desde ese punto, de cielos infinitos y de extrañas tonalidades, observé aterrado temiendo perder todo indicio de sanidad mental. Observé grandes, e inmensas montañas nevadas, que sobre ellas yacían aún más gigantes e increíbles pilares. Era una imagen imponente, miles de pilares tan altos, fui obligado a seguirlos con la vista hasta más arriba de las alturas en las que, yo me encontraba paralizado y suspendido en la nada, luego de entre la ventisca, una voz resurgió, incomprensible, una voz de lenguas extrañas, e irreproducibles para un humano, decirlo mejor, para la lengua de un mortal, aquello parecía decir; **Azathoth. Luego tan pronto todo fue caos y penumbra**".*

"Los tormentos y visiones por años asolados, heme aquí en un desierto árido y llameante, donde la muerte ha de morir con cada bocanada, conmigo tomada de la mano, tan fuerte, como mi insignificante alma se aferra, con agitación espasmódica a la vida."

*"Ese desierto es un espacio vacío, lo crucé sediento y con el corazón tomado, aferrado a mis manos, sudorosas y ya famélicas manos de una carne, que se quemaba en la nada. Perdí el tiempo, muchas lunas y muchos soles, al final llegué, lo supe en el instante, que respiré la muerte. Caminantes malignos con su hedor de muerte. Estaba en **Dahna**".*

Nota de: Clau Dexter, sobre la carta encontrada: "Fragmento de un mapa al reverso, hacía Ozz; El portal del Conejo, cada vez más cerca de hallarlo".

"Segundo, curioso e enigmático fragmento, encontrado: 51° 10' 44.37" N 1° 49' 35.00" O. -Stonehenge. En las colinas verdes, -Megalíticos. Tipo: Crómlech".

Capítulo 4

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

Londres, 1806.-

El muchacho William, saltó entre la maleza. Las ramas crepitaban, sus pies se hundían en la nieve, por momentos creyó que estaba a punto de caer y eso era una muy mala idea. El bosque amplio le absorbía, por ese motivo el muchacho intentaba no mirar hacia ese cielo enrejado de ramas, árboles esqueléticos que pensó que le cerraban el paso, le impedían huir de alguien o algo. Pronto encontró un lugar en donde esconderse, unos troncos de árboles caídos con raíz y todo. Se ocultó entre esas maderas inertes y mohosas, uso las ramas como camuflaje improvisado. –*William* –escuchó una voz fantasmal, se entremezclaba con los sonidos de las aves del bosque. –*William* –volvió a sus oídos el inquietante murmullo. Comenzó a mover su pies, se había puesto de espaldas en el suelo, entre la nieve helada, entre los troncos caídos, movía sus pies y su cuerpo en el intento de hacer hueco, de hundirse un poco más en su escondite. Y lo logró.

"Parecía una mañana normal", se decía a sus adentros. El viento en las copas de los arboles desnudos se movía arremolinado, hacía extraños círculos, como si ese viento le buscaba también. –*William* –la voz de nuevo, venía de todos los rincones de la inmensidad de un bosque. Un lugar, que el muchacho no podía comprender; *"Como he llegado hasta aquí"*. Hace unas horas tal vez, recordaba con claridad estar en la esquina de siempre, en plena mañana con la venta normal de periódicos –*Doctor Osler, apresado. Lea; el doctor que revive a los muertos*", gritaba el titular. Luego recordó a un tipo alto y flaco, luego también los gritos de ayuda, habían encontrado a un hombre agonizante. Dejó sus recuerdos a un lado, escuchó el crepitar de ramas cada vez más cerca, y esa tenebrosa voz fantasmal –*William* –ahora la voz, parecía burlarse de la mala suerte del chico. Recordó; *"Cielos, para que subí por la esquina a prestar ayuda"*. Cerró sus ojos e imaginó la escena y los labios del moribundo sujeto, los leyó en silencio, el hombre apenas tenía voz. Dijo una dirección, seguido de la súplica de ayuda. William, hizo caso y fue al lugar. Quería ayudar, pero en el instante que abrió sus ojos, debido a la tenebrosa voz cada vez más cerca, y él, hundido cada vez un poco más en el suelo nevado y la sensación de tierra húmeda –*William* –aquella terrible voz amenazante y tono sarcástico, él se preguntó *"¿Quién le*

ayudaría?”.

*** III.- ***

Al..., que todo ha leído.

Carta encontrada. Datada: **731 d. C.**

"El calor me quemaba los pies descalzos, bajo el infinito Dahna. Caí de espaldas a la arena quemadora, y mis ojos moribundos, mi rostro avejentado, la piel se hundía en la carne, la piel ya tocaba mis huesos, pronto las voces imposibles de pronunciar volverían, así lo percibí con los primeros rayos del Sol rojo de Dahna".

"Ese Sol marcó con fuego mis manos con escrituras, así lo vi con terror. Tan pronto, fueron en avance por mis huesudos brazos, letras con tinta negra, quemaban y hacían surcos de fuego".

"Grité todo lo que pude, mi cuerpo era papel, mi piel se quemaba con ominosas escrituras, extraña caligrafía y antigua como la misma tierra tal vez la vio nacer. Al final me desvanecí; Azathoth, aquella voz provino desde las alturas. Un fuego se escribió en mi frente. Luego algo lejano apenas audible, y cerré mis labios secos, partidos y sedientos. Puse severa atención, algo escuché entre extrañas olas de mares antiguos, aquello parecía enorme. Me sentí como un grano de arena, algo tan pequeño y frágil, algo imposible de ver desde lo más alto. Entonces retumbó la voz, tan gigante como aquella voz de una criatura. Un Dios".

"Seguía tendido de espaldas con mi alma y el dolor lacerante de paganas escrituras en mi seca piel. Miré alrededor, el viento movía dunas y la arena borraba toda visión. Millones de Gules vinieron a por mí, me arrastraron, mientras veía a un Sol rojo caer. La noche devoró mis gritos y los demonios se abrieron paso. Ahí fue, que por primera vez lo oí. Como un molesto resonar. Un rumor incesante, y maligno en la oscuridad de la noche más oscura de sin estrellas y Luna. En las tinieblas oí. El rumor de los insectos, y en mis oídos criaturas antiguas, Gules. Me enseñaron, que la misma muerte puede morir".

"KitabAl-Azif, lo llamé. Luego..., se dice que, por un monstruo invisible fui devorado. Lo que no saben..., es que fui removido de este mundo, sin antes presenciar de cara, bajo ese mar oscuro... lo vi, y diré que..., aquello era el terror, la locura insana, la aversión,

en realidad yo era un grano minúsculo de arena, algo tan pequeño, tan invisible ante él”.

*“Algo parecí entender, en las noches últimas. Escribí con mis uñas rotas, sangrientas, escribí con desesperación en muros derruidos, y rincones malignos de esos, que abren portales a criaturas antiguas, como perros de caza. Creí entender o escuchar; **Cthulhu. Más grande que nuestro mundo. Más antiguo que la muerte misma”.***

“Kitab Al-Azif, tendría muchos nombres. Fue mi última visión”.

Nota de: Clau Dexter, sobre la carta encontrada: “Fragmento de un mapa al reverso, hacía Ozz; El portal del Conejo, falta cada vez menos”.

“Segundo, curioso e enigmático fragmento, encontrado: 90°0’0”S 0°0’0”E. –Polo Sur, en donde convergen los Meridianos. – ¿El Ozz...?”.

*** IV.- ***

Cuarto, fragmento... ¿no antiguo?, escrito con lo único: Tekeli-Li”

Coordenadas en su reverso: Latitud 47° 9' S, longitud 126° 43' O. Año: 1997. Papel arrugado, congelado como un petrificado objeto fuera del tiempo. Parecido, como sacado de un viejo relato. ¿Poe?, ¿Lovecraft?”. Hemos cazado al conejo del Ozz.

Tekeli-Li.

Capítulo 5

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

*** _ ***

Cap. I

La llamada...

"Brillo intenso, llamado Caronte. Te saludo".

"Bienvenido, viajero. ¿Cuánto tienes?"

Capítulo 6

*** _ ***

Año: 1925.

Corría el año **1925**, lleno de ocultismo y reuniones de grupos espiritistas, el misterio de la muerte se hacía ciencia. Así fue cuando le vi. Era de rostro delgado y alargado, de tez pálida como el frío o como la nieve, con un peinado estirado hacia atrás, con lentes pequeños y circulares, de orejas alargadas, con esa fría expresión de no sentir nada, ojos puestos en otros mundos y otras dimensiones, labios delgados y sin expresión al igual que, ese rostro, una imagen pétrea sin sonrisa alguna, nada, sin atisbo de emociones, vacua expresión de ese pálido rostro. Caminaba de noche en medio de pedregosas, y abandonas calles, una figura, una sombra alta y delgada. Lentos pasos, por aquellos senderos de piedras puestas irregulares, ocultos caminos en el sombrío cementerio de una ciudad que, por las noches se llenaba de silencio, un silencio tenebroso e inspirador, para él un hogar, en donde crear y liberar sus oscuras imaginaciones o la forma de ver lo que se oculta.

Atravesaba la neblinosa y grisácea luz de farolas mortecinas, y casas con sus postigos cerrados, protegidas de supersticiosa creencias de monstruos, espíritus, demonios y vampiros.

—...Ya es hora, doctor—escuché. — ¿me oye?, doctor Darrell White.

Escuché esa voz tan lejana, miré en dirección a aquella, seguí sus palabras y sus sonidos, el viejo había sacado del bolsillo derecho de su pantalón un pequeño reloj circular, de plata brillante como un espejo, sujetado por una fina cadena del mismo material, aquella cadena la enganchaba en ese fino pantalón de seda negro. Observé mi reflejo en ese llamativo reloj, mis bigotes oscuros, mi peinado engominado, mis ojos verdosos, una nariz congestionado por el frío invierno, y aquel rostro perdido. Mientras el viejo insistía —Se hace tarde doctor White. La noche se habrá al misterio, la sesión comenzará pronto.

Vi mi ojo izquierdo como pestañó en un rictus incontrolado, luego... él, bajó su reloj de bolsillo, oculto ese brillo.

—No soy un doctor..., disculpe—le dije.

—No mienta señor White, sí le digo doctor, es porque así lo parece. Y... aquí, los que asisten a estas reuniones, la mayoría lo son—dijo, y yo torcí el labio en una discreta sonrisa, tan discreta como mis intenciones de

averiguar el mundo, más bien dicho este mundo, un lugar de sectas y ciencias. Otros mundos, la muerte, la vida, el espíritu. Los llaman médiums, espiritismo o supercherías. Qué se yo, sí hasta yo mismo me siento un completo misterio.

—Menos... él, señor White—arremetió con una seña a que volteara a mis espaldas.

Le vi llegar, con ese abrigo negro y largo, tan largo que, se pasaba al menos cinco centímetros por debajo de sus rodillas, era él, y lo más probable, que había atravesado el cementerio general, ese lúgubre lugar, lleno de mármol y fría piedra en una noche, que hasta la preciosa y gran luna parecía haberse ocultado en las nubes.

— ¿Lo ha visto?, sí... señor White. Es él, no es doctor ni médium, pero sabe mucho, algo le dio un extraño resplandor, no sé si Dios o el mismísimo diablo. Suele venir todas las noches, atraviesa ese lugar de muertos, da la impresión que les escucha, y se alimenta de ellos, para escribir sus historias y luego aquí para oír de otros lugares o dimensiones. Es toda una eminencia por estos bajos mundos.

—Es sólo un viejo cementerio, nada... más—dije entrecortada voz.

—El cementerio general de Providence, oculta mucho señor White—el viejo luego sonrío, en una mueca con una pizca sardónica. —Sólo cadáveres descomponiéndose, para nosotros.

— ¿Y para él? —pregunté.

El silencio otorga, aquel viejo de bigotes y barba canosa, con ojos negros hundidos en cuencas de ojeras extrañas, con esa test algo blanca de pequeñas y sobresalientes venas dibujadas, su rostro se hundió ante la incomodidad de mi pregunta, tanto así que, hasta sus gruesas cejas ocultaron sus ojos, y su sombrero de copa lo bajó un tanto con su mano derecha, para tapar aquella frente, que pareciese haber liberado una discreta gota de nervios.

—Señor White, esta noche será diferente. Debemos apurarnos. Tenemos visita ilustre, viene de lejos. Y ya son quince minutos, para la reunión. Hasta él camina apresurado, si no lo nota—dijo el viejo, luego guardó su reloj de bolsillo, se abotonó su chaqueta. Yo hice lo mismo, el frío y la húmeda neblina incomodaban demasiado.

Los senderos se abren pedregosos y lúgubres, para nosotros. Hundiéndonos en lo desconocido, así lo pensé. Mientras por el rabillo del ojo, al lado izquierdo mío y un poco hacía atrás le veía, y escuchaba sus pasos. Tenía un resplandor de misterio, y la piel se me ponía como una gallina, al ver con terror un hacha amenazante, cada vez más cerca del

pescuezo. Después de unos segundos, una gota de nervios surcó por mi frente, como aquel viejo, que bajó su sombrero de copa negro. Yo hice lo mismo.

Capítulo 7

*** _ ***

"La Casona Logan". Año: 1925.

Interminables callejones, laberínticos y solitarios en un atardecer gris, de un Providence cada vez más nocturno, la húmeda neblina y el frío invierno se hundía por los gruesos ropajes, furtiva hasta estremecer la piel y calar los huesos. La oscuridad llegaría pronto.

Y como he pensado, mientras miraba hacia ese cielo atiburrado de negras nubes en la larga espera en la habitación de un hotel, la noche llegó como un abrir y cerrar de ojos atemorizados y ansiosos, parecía devorar los corazones, en las agónicas farolas en donde suicidas mosquitos arremetían, hipnotizados por la luz, perdían su corta vida, chirriaban en pequeñas humaredas antes de morir quemados.

Ahora en la soledad de las calles, mi acompañante el viejo Charles rengueaba de una pierna, la derecha para ser exacto. Mientras fumaba de su pipa de marfil, la nocturna humedad, nos humedecía nuestra elegante vestidura, nuestros rostros, que tan inútiles ocultaban la ansiedad. Ansiedad que se notaba aún más al enfrentarnos de cara a la vieja Casona Logan.

— ¿Le molesta Señor White? —preguntó con una rápida fumada a su pipa.

"Descuide", fue lo único que le dije, con un rostro, inquieto e incomodado.

El viejo Charles, tan rápido me indicó con su rostro lleno de arrugas y mejillas venosas, miró su pierna derecha.

—Un cariñoso recuerdo de la gran guerra, Sr. Darrell White—dijo, tan pronto llevó su extravagante pipa a los labios, una risa torcida, y el mordisqueo del marfil mientras aspiraba, una calada tras otra.

—Mis disculpas, se ha dado cuenta, que le miraba. Sí, pero...—le dije, mientras intercambiamos miradas.

—No se preocupe, disculpas aceptadas. Ya le contaré como fue, pero si le consuela un poco, —había hecho un perfecto anillo de humo. —por poco..., Señor White. Casi, podría decirlo mejor..., la muerte me tomó de su fría

mano, y por poco..., no me llevó.

—Le seré sincero señor Pittman. No me consuela, y espero oír su relato—le dije entre sonrisas.

—En otro momento—respondió.

—En otro lugar—arremetí.

Por fin habíamos salido de los agobiantes y Claus tróficos; pasillos, calles, pasajes, y construcciones de casas con irregulares arquitecturas, que se alzaban al cielo negro, como si no bastase la aterradora noche, aquellas construcciones, por momentos creí que se inclinaban, como feroces garras hacia nosotros. Mientras, aquel silencioso hombre caminaba detrás, respiraba a nuestras espaldas, tan calmó, tan acostumbrado a la oscuridad y el misterio.

—Y aquí esta, frente suyo, Señor White. La enigmática Casona Logan. Tiembla las rodillas tan sólo verla.

—No se equivoca, Señor Charles Pittman—dije, con una voz insegura. El viejo no se equivocaba. —No se equivoca—repetí taciturno.

Lúgubre, una palabra pequeña, ante su atmosfera siniestra y aspecto derruido de un gótico abandonado y sucio. Los Logan, ya no vivían, pero sus fantasmas seguían ahí. Se cuenta. Y le creo a dichos cuentos.

—Dígame señor White—dijo, tan pronto seguido de una pregunta. —¿Cree usted en la fotografía de fantasmas?, aquellas nubes sobre las cabezas, esas perturbadoras imágenes fotografiadas en sesiones espiritistas.

—Puede ser un truco, engaños de gente hábil, para esas cosas—respondí inseguro.

—A la mierda, claro que sí. No me asustan. Más aterrador señor White. Son las fotografías Post-Mortem. Y esas son la moda—luego escupió algo de tabaco al suelo.

Asentí, y guardé silencio.

Las grandes puertas, rejas gruesas y oxidadas por los años, un portón abierto y algo malgastado, chirriaba tan bajo, un ruido inquietante al movimiento de la brisa, una brisa que, parecía a veces escapar del ancho sendero de entrada, tan pronto volver en sentido contrario, como un respirar. La Casona Logan, parecía viva con sus fantasmas me dije, mientras pensaba entre inquietantes miedos y enfermiza curiosidad por saber más de aquel misterioso hombre, ese al que le escuchaba sus pasos

detrás; un escritor, conocido en el círculo del ocultismo. Un simple escritor o algo más. Susurros esquizofrénicos de un YO mismo me dijeron; *"Algo más, Darrell White. Hay algo más en esos ojos, puestos en un alargado y frío rostro..., mirad"*.

Me contuve de voltear sobre mi espalda. Interrumpí el corto silencio, y ese suave murmullo de hojas secas movidas por la brisa, el inquietante sonido del metal oxidado en bisagras descascaradas, fijé la vista en la Casona, en ese techo de raras y grotescas formas, inclinaciones de algo anciano, tan a la vez ominoso. —Quizás sea ya el momento de entrar, Sr. Charles Pittman—lo dije en un tono de dudas, como si la voz pesará, como si las palabras reptaran, arrastraran temerosas de continuar. —Doctor, después de usted—terminé.

Y el viejo dio otra fumada a su pipa, dibujó un anillo en la noche densa, neblinosa. Miró las hojas secas en el camino de piedras.

—Aquí vamos entonces—dijo, levantó la vista, tan pronto se detuvo, tomó mi hombro, el viejo había puesto cada músculo tenso, y sus dedos parecían tenazas, mordisqueó la pipa y farfulló. —Pero qué demonios.

Ahí estaba delante de nosotros, unos cuantos metros, en ese largo sendero pedregoso, alfombrado de multitud de hojas secas, caminó unos cuantos pasos hacia ese camino. En el jardín frontal de los Logan, se detuvo y miró en silencio a las alturas de la gran casona, abandonada de seres vivos, inundada de antiguos fantasmas, como recuerdos plasmados en un cuadro pintado, recuerdos de una fotografía borrosa. Cuentos, lúgubres historias del boca a boca en Providence. Como una fotografía post-mortem. Una vieja casona muerta, en un juego de burlar la muerte.

El abrigo negro y ese sombrero alargado de copa, inclinado hacia adelante. Una sombra alargada, eso era. Su pálido rostro nos regaló una mirada de soslayo, luego de eso volteó de nuevo hacia la casona, quién sabe a lo mejor veía algo más, algo que nosotros no podíamos. Tan pronto giró su vista, el hombre siguió su camino por el sendero alfombrado de hojas, la brisa parecía que le seguía, adentrándose con él, moviéndose con las secas hojas de esqueléticos árboles.

—Menudo susto me ha dado. Vamos Sr. White, démonos prisa. Ese escritor tiene pacto con algo oscuro. ¿He?... no escuché adelantarlos, y usted, ¿escuchó sus pasos?

Yo guardé silencio, pues no estaba seguro. Y no se puede estar, después de lo visto en esa casona, después de aquella sesión. ¿Quién podría estarlo, al ver que..., que las sombras cobran vida?, —Después de usted—repetí.

Y comenzamos nuestro andar, por ese largo y ancho sendero de piedras. Nuestros pies se hundían en la invernal alfombra, y el silencio lo quebraba ese sonido, un sin número, como huesos secos, acabados, pensé; "*los crepitares de ramas secas*". Nos hundíamos en la espesura de la noche sin luna, como también, nuestras almas se hundían en aquel tan ominoso lugar.

Capítulo 8

*** _ ***

Año: 2017.

Llamada.

—Cuéntame, pero se discreto. ¿La línea...?

—Es segura.

—Cuéntame, qué es de similar.

—Todo, bueno..., menos el año. 1997. ¿Lo pillas?

—1997, sí. 2017. Basta de rodeos. ¿El ruido en lo profundo..., de algo gigante?

—Colosal diría yo. Colosal. Ya lo has pillado.

2017, Diciembre 23. Llamada intervenida. "Investigación personal de la NOAA". Lo demás cifrado. En proceso de Des-Encriptado.

Capítulo 9

*** _ ***

"*La estatua Ethan Logan*". Año: 1925.

La casona Logan se abría en amplios jardines e intrincados laberintos asolados de arbustos secos, ramas esqueléticas, oscuridad gris, de neblinosas formas, siniestras por lo demás. Cobraban vida aquellas ramas, como multitud de huesudos brazos en movimiento, un compás siniestro con la brisa tan ominosa, me hacía sentir aquella desolación. Agobiante, así también me percaté, al mirar el rostro hundido en su chaqueta y gorro de copa de Charles Pittman, ese viejo mordisqueaba su pipa, apabullantes nervios, que le encogían su espalda, y encorvaban su alma en un rictus de temores constantes.

Una amplia entrada como dos brazos largos, nos daban la bienvenida, con la gran casona al final, derruida, de esa siniestra y demencial arquitectura gótica, pude ver con algo de dificultad en aquellos tan altos techos, figuras de gárgolas en cada una de las esquinas, vivas, dormidas, "*hambrientas*" pensé o tal vez aquel molesto susurró había vuelto con tormentos. Al centro, en frente de tal construcción, entre hojas, y abandono de toda posible restauración se erguía, con ese mármol ya gris y algo sucio "*La figura*".

—Es el niño, y abajo a sus pies... Dios—dijo Pittman seguido de persignarse, una cruz imaginaria describió en un amplio arco, para luego terminar con sus dedos en los labios. —Sus hermanos—aquello último lo pronunció con una voz tan seca, temblorosa a la vez, que también arrastraba en inseguras y temerosas cuerdas vocales de seguir en la formación de palabras. Para él, era mejor guardar silencio, como si la muerte le escuchara.

—El niño, algo me parece... Señor Charles Pittman, qué se esconde ahí—dije, sin quitar la vista en aquella figura y en nuestro misterioso escritor, quien se había parado de cara a ella, una estatua de un niño de pie con la mirada al cielo, abajo más estatuas inertes recostadas de espalda con sus brazos cruzados, pequeñas figuras que, alucian a la muerte, tres en total, en un dormir eterno.

—Esconde mucho, señor White—dijo con un tono de cierta aversión y miedo, cota de miedo que le hizo, ya que así me fijé, sus manos temblaban con sutil y casi imperceptible movimiento. Había detenido sus pasos a unos cuantos pocos metros de aquellas petrificadas formas, de un

frío mármol.

Mientras tanto el escritor, tomaba nota en una pequeña libreta, que había sacado con absoluta discreción desde unos de los bolsillos de su largo abrigo.

—Sí, los pequeños Logan, y mucho se cuenta de ellos. Han pasado largos años, y quien sabe, tal vez un poco más de los que se puedan contar. Las historias cambian con el pasar del tiempo, y los viejos como yo, las termitas de la memoria se van poco a poco comiendo nuestros más preciados recuerdos. Tiempo que..., no perdona a nadie señor Darrel White. Tiempo—dijo con pesar, bajó el rostro y fumó de su pipa.

—Además, yo era todo un crío, cuando esas historias rondaban por los rincones de Providence.

—Disculpe que insista, pero qué les ocurrió—pregunté.

—A nuestra derecha el más pequeño de los tres tendidos de espaldas. Francis Logan, muerto al nacer, sus débiles pulmones no fueron lo suficiente fuertes para dar ese llanto o grito de aliento, pobre niño murió en los brazos de la madre. Aquel fue el primero—dijo, luego se quedó con el rostro pétreo en la figura. Pareciese que, en los hombros del pequeño bebé, unos blancos dedos lo tomaran. Delgados dedos a cada uno de sus hombros.

—Se dice que aquellas blancas manos con esos delgados dedos..., (*guardó breve silencio*) son de la madre, aludiendo a que ella fue la que lo recibió, lo trajo a este mundo, y lo vio morir al nacer, entre sus brazos. La versión oscura, es que aquellos dedos tienen un fin siniestro, para referirse a la muerte y al inicio de una maldición. Maldición señor White que, no pararía.

—Qué cree usted—pregunté.

—Sobre los dedos y blancas manos, una aversión enfermiza, que me hace decantar por la última versión que se cuenta, señor White—aquello lo dijo sin dejar de mirar la figura, mirar a la nada, y sin dejar de darle otra fumada a su pipa de marfil.

Nos acercamos a aquellas figuras inmóviles tendidas, también miraban al cielo sin ninguna expresión en sus rostros de mármol.

—Al medio, la pequeña; Emily Logan, de largos cabellos encintados con cuidadosas trenzas, alcanzó la edad de 9 brillantes años, luego por segunda vez la muerte volvió a golpear la puerta de aquella casona, con sus huesudas y malditas manos, atravesó la morada Logan, y un día indeterminado por aquellos remotos años, cuando la pequeña Emily paseaba a la orilla del lago que se encuentra aún atrás de la casona. Ella

cerró sus ojos, y se sumió en un profundo sueño, en la orilla de los tablones de un puente de madera, que se adentraba como queriendo llegar al centro de ese lago, tablones que ahora lucen podridos y sin restauración alguna. Esa víctima de un apagón a su cerebro, o la muerte la había tocado, resbaló tan rápido como cerró sus ojos así lo cuentan los testigos "*sus padres*", que con todo el dolor e impotencia miraban como la pequeña se hundió en las profundas aguas. Corrieron a socorrerla entre gritos de la madre y la ayuda de los sirvientes. Nada se pudo hacer, según los médicos, indicaron la muerte fue antes de caer, lo que quiere decir que la muchacha falleció al momento de cerrar sus ojos, como quien duerme señor White—dijo seguido de un suspiro. —Como quien duerme—repitió con pesadumbre.

Una estatua que descansaba con su rostro descubierto y sus ojos cerrados, con una húmeda hoja de color verde amarillo posada sobre la frente. La pequeña Emily.

—Vestido rojo—dijo.

—Qué...—pregunté.

—Se dice que el día de su muerte, vestía un largo vestido de color rojo, con sus cabellos hecho trenzas.

—Qué tan seguros están de eso.

Dio un giro y me miró.

—Aún se le ve por los pasillos de la abandonada, vieja casona, Señor White. Y por las noches al final de ese puente de madera, con los cabellos empapados, como si mirará su cadáver en las profundidades del lago.

—No creerá esas cosas señor Pittman—le dije al viejo.

—No creo todas las cosas que se dicen señor Darrell White, pero cuando era un crío la vi, digamos que fueron apuestas de niños, entrar en una casa abandonada y sobrevivir a ello. De frente y en la oscuridad en un pasillo polvoriento, la pequeña Emily Logan, largos cabellos trenzados, rostro pálido como la muerte, ojos vidriosos y blancos al igual que su helado rostro, para finalizar con ese vestido rojo como la sangre. Luego de eso corrí sin mirar atrás.

El silencio del viejo me hizo imaginar cosas, como por ejemplo aquellos dedos en los hombros del pequeño, moverse tan lentos y sigilosos.

—Mathius Logan 12 años, vigilado en todo momento, pues la pérdida del

pequeño Francis y la pequeña Emily les tenía con un temor indescriptible.

— ¿Una especie de maldición? —pregunté.

—Dejemos de lado la palabra..., "*especie*", no intente adornar con algo más señor White. Maldición—sentenció.

—Mathius Logan un pequeño de 12 años, vigilado por todos en la casona, y nadie sabe cómo. De un momento a otro, apareció en las alturas, al borde del techo de la casona, al frente señor White. Se dice que, fue guiado por una voz o una figura femenina la cual guardaba una gran belleza, le invitó hacia arriba pues tenía un algo que darle..., parece absurdo lo que digo..., era una caja de música. Una caja de música que se parecía mucho a la de su hermana muerta, después el muchacho se lanzó desde las alturas. El resto de detalles amigo mío está de más contarlos.

—No intente adornarlo—le dije.

El viejo hombre Charles Pittman con sus ojos hundidos y el rostro oculto en el sombrero de copa, sólo asintió.

La estatua del pequeño Mathius con los brazos cruzados, y entre sus manos entrelazadas, una pequeña caja de música y nada más que su fría figura con un rostro de mármol clavado a las alturas.

—Permítame señor Pittman. El muchacho que está erguido, el único que sobrevivió a tal despiadada maldición. Corríjame sí...—dije y de inmediato fui interrumpido por la mano del viejo en mi hombro derecho.

—Está en lo cierto señor White, su nombre es Ethan. Pero..., la versión oficial se dice que fue el menor de todos, que después del fallecimiento de sus hermanos, él nació. Sus padres ante el temor que la muerte fuese a visitarlos una vez más, lo enviaron lejos de la casona, lejos de Providence, lejos, lo más lejos que podían pagar, y vaya si tenían dinero. El muchacho desapareció de la faz de la tierra, alejado de sus padres cuando aún era un pequeño bebé.

—Pero..., por qué aparece con una edad mayor que el resto. Tan solo un bebé.

— ¿La versión oficial primero? —preguntó.

—La versión oficial primero, señor Pittman. Le escucho—respondí. Mientras veía a ese muchacho erguido con la vista perdida en el firmamento. Un cielo ahora nublado de nubes y oscuridad.

—Aparece de pie, aduciendo que por fin los Logan habían vencido una maldición, habían ganado por un largo tiempo una partida a la muerte. Y

su estatura mayor, más que todos sus hermanos, por lo mismo. El no moriría—dijo y guardó silencio. —Hasta ahora nadie sabe, que fue de aquel muchacho.

— ¿La no oficial?—pregunté.

—Que el muchacho nunca nació.

Guardé silencio, mientras miraba aquella estatua.

—Y para qué entonces..., edificarlo—arremetí con otra pregunta.

—Una de dos; la historia de un cuarto niño, fue para despistar a la maldad. La oscuridad que había cubierto a los Logan.

—Dos—proseguí.

—Ethan es más que una figura fantasmal, un algo que no existe. Una estatua que representa a la muerte, y que junto a la maldición ha vencido.

—La última, ¿vencido?, pero...

—Mire su rostro más de cerca señor White, ¿lo ve ahora?, sí que lo ve. Aquel pequeño rostro tiene..., una sutil mueca de sonrisa.

—Sardónica—sentencié con nervios fríos, que reptaban despacio, tanto como una serpiente al acecho.

La estatua guardaba un cierto aspecto ominoso, un algo que, escalofrió me dio.

—El resto.

— ¿Hay más? —pregunté con mis ojos clavados en ese rostro, es extraño no me había percatado de tan grotesca sonrisa.

—Padre y Madre enterrados ahí—dijo y apuntó con su dedo índice derecho, mientras que con el otro sostenía su pipa. —Abajo—murmuró, su dedo en dirección a las blancas figuras de mármol.

—Muerte natural.

—Natural, ¿para la muerte?...., pero... —guardó breve silencio, ante esa brisa helada que nos rodeaba. —Amelia Logan, sus venas de una de sus manos cortadas. En los jardines laberínticos que hemos pasado, fue encontrada sin vida ante la mirada atónita de su amado esposo Michael Logan, y una laguna de sangre. Un años después, el señor Logan, llevado

a la depresión, se cuenta que ya parecía un muerto en vida.

—La muerte ya se lo había llevado.

El viejo asintió.

—Se lanzó al vacío en el mismo lugar, que años atrás lo hizo su hijo Mathius Logan.

El silencio se vio interrumpido, al igual que lo absorbo de nuestras miradas en aquellas figuras, más en la de Ethan el muchacho de mármol de fría mirada y sardónica sonrisa. Interrumpido también en las anotaciones el escritor el cual miró en la misma dirección que nosotros, al ser molestados por ruidosos galopes, el ruido de las herraduras de caballos resonaban y de una carrosa por las pedregosas calles de Providence.

—Ya estamos a minutos de comenzar.

Volteamos al unísono. Charles Pittman el viejo fue el primero en saludar.

— ¿Cómo estas viejo y testarudo, George? —le saludó con un estrecho apretón de mano.

—George Gammel Angell, profesor en la Univesidad de Brown, Providence, Rhode Island, un placer.

—Darrel White, y no soy doctor—le dije, mientras miraba al viejo Charles.

—Yo tampoco señor White. Filología Semítica.

Los caballos parecían estar cada vez más cerca.

—Será mejor que nos apartemos y pasemos a la casona—aconsejó el profesor Gammell.

El viejo doctor Charles Pittman y yo asentimos enseguida. El extraño escritor ya nos había adelantado, cerca de la puerta principal a la lúgubre casona, daba los primeros pasos al interior, en la penumbra.

La carrosa negra y sus caballos del mismo color como el carbón brillante, habían entrado sus herraduras por el sendero pedregoso, resonaban al ruido de las ruedas de la carrosa.

—Las hermanas han llegado caballeros, es momento de entrar—pronunció George Gammel Angell, el viejo de mirada entusiasta y febril, con cierto aire de respeto profundo, una extraña obsesión en su mirada, así me pude percatar con sus ojos oscuros y hundidos, que se abrieron de par en par ante la llegada de los caballos, la carrosa y las invitadas de honor. Se

acomodó su sombrero y su bufanda, luego acarició su frondosa barba blanca con sus bigotes en punta, luego tomó el monóculo, con un halito vaporoso al lente, luego sacó un pañuelo blanco de su larga chaqueta negra, y procedió a limpiarlo.

— ¿Quiénes son? —pregunté.

El viejo profesor, había terminado de limpiar el lente, con el monóculo puesto en su ojo derecho, me propinó una mirada de molestia y cierta duda con sensación a indudable e incómoda sorpresa. —Arthur Ford, ha prometido contactar a las hermanas *Fox*. Tres misteriosas mujeres; *Kate*, *Margaret* y *Leah Fox*, fraude o no, la verdad; el espiritismo, la conexión es tan frágil como una pared delgada y trasparente a otros mundos, hoy la sabremos. Todo el bajo Providence habla de este evento, señor White. Hasta los muertos. Miró de soslayo al escritor.

Capítulo 10

*** _ ***

"*La Sesión*". Año: 1925.

El interior, parecía más frío y más oscuro, a pesar de la luz de candelabros, aquellas velas tan tenues, mortecinas, daban ese aspecto tan lúgubre, que la entrada parecía un jardín de rosas, comparado con lo que mis ojos tan atónitos y temerosos veían.

Escruté una inmensa antesala polvorienta por lo demás, tablas crujiendo y carcomidas. Alfombras cubiertas de capas y capas de polvo con alguna que otra rama de hojas secas ya de un árbol muerto, como todo lo que parecía ver alrededor.

Al frente mío, al centro de la antesala, una gran escalera alfombrada de un rojo teñido en suciedad y maltrecha de daños arremetidos, por un tiempo tan despiadado que no se detenía, había dejado su huella de olvidada desolación por todo aquel lugar. Esa ancha escalera, se habría el paso en dos brazos extendidos, para comunicar el segundo piso de la casona, al centro de esa amplia división, un reloj detenido a una hora, que no logré atisbar, y un péndulo todo derruido petrificado con el polvo a cuestras. Sobre ese reloj el cuadro de la familia Logan, un cuadro que, parecía más bien, gracias a la historia de los trágicos sucesos contados por el viejo; Charles Pittman, tenía para mi parecer, todo el aspecto macabro de una fotografía post-mortem.

"*Bienvenidos*", escuché entre mi absorta observación, una voz quebradiza y cansada, "*bienvenidos*" repetí en mis pensamientos más profundos, al contrarió cada aspecto que observaba de aquel lugar, era una señal tan clara de querer correrlos a todos del lugar, la casa parecía viva y muerta a la vez. Amenazante diría yo.

—Bienvenidos caballeros—dijo la voz por segunda vez. —Mi nombre Arthur Ford.

—Entonces, ¿Quién viene en esa carrosa? —Preguntó el profesor George Gammel, mientras basculaba la mirada en la voz que, nos daba la bienvenida y la gran puerta de madera por donde habíamos entrado, aquella puerta seguía abierta y la carrosa negra se encontraba detenida, silenciosa en frente de ella, con dos caballos negro azabache, que su respirar vaporoso parecía furioso y fantasmal.

—Arthur Ford, médium, espiritista—me susurró al oído el viejo Pittman.

Yo en cambio guardé silencio.

—Sé..., y estoy muy claro de ello, se ha dicho, que yo Arthur Ford contactaré a las hermanas Fox. Pero, se equivocan caballeros, me limitaré a ser un mero mediador. Alguien más lo hará, y ese alguien les prometo que no fallará. Por favor ahora todos, acompáñenme a la sala. La sesión pronto comenzará. Y los demás invitados, esperan impacientes.

Cada uno guardó inmutable silencio, segundos transcurridos entre cruzadas miradas, procedimos en el avance de pasos un tanto dubitativos, y yo en la observación inquietante con mis ojos un poco saltones, cada cuadro de la familia, cada fotografía parecía tener vida, inquietante vida observadora de los presentes a los cuales, parecía seguir con las miradas.

Los pasos resonaban, crujientes y cavernosos por la estancia, en una madera senil, olorosa y molesta a humedad, con paredes descascaradas, mohoso piso durmiente de recuerdos penosos. Me hacía pensar en el pasado, y casi en la lejanía de los rincones más oscuros, parecía oír risas de pequeños niños, que creían seguir vivos y muy despiertos. Ignorantes de la muerte.

— ¿Qué piensa amigo White? —el viejo Pittman preguntó.

—Nada—respondí. Y delante de mí Arthur Ford, miró de soslayó, por encima de su hombro izquierdo, me miró, punzante y discreto. Sentí que, había visto mi mentira, la había oído en lo más oculto de mis cerrados pensamientos.

Unos cuantos metros más adelante, un marco sin puerta alguna, sólo quedaba la huella derruida de unas bisagras oxidadas. El tránsito, hacia la sala, una mesa redonda, algo descarada y astillada en sus bordes, un café oscuro barnizado, añejo. En torno a ella, viejos sujetos sentados de piernas cruzadas, con observación sería, mirada incrédula o analítica, con la moda del viejo; *"Barba canosa, anteojos y amplia frente, efectos de una calvicie que, les acechaba de a poco, como a aquellos árboles de ahí afuera"*.

—Tengo una duda, señor Pittman—pregunté al oído.

—Dilo, rápido.

— ¿Alguna autorización, para entrar en este lugar?, lo digo, por la familia Logan, ¿Cómo es que...?—pregunté y de inmediato fui interrumpido.

—Michael Logan, ¿lo recuerda? —mencionó el viejo.

—Padre de los pequeños Logan y esposo de Amelia. Todos muertos.

El viejo asintió.

—Menos, Ethan—completé.

—El único, representado de pie en aquellas frías estatuas de mármol—el viejo Pittman, dijo susurrante.

—Después de muerto no creo. Un muerto no puede dar una autorización.

—Sí, antes. En su testamento. Donó la casa a Providence, y la liberación de la maldición. Dijo que la casa también lo padecía. Como una ventosa, como un insecto, un vampiro chupa sangre.

—Pidió entonces, la ayuda. Investigar la forma, para arrancar la maldición en esta casona.

El viejo asintió en silencio, con su pipa de marfil puesta en los arrugados labios.

Arthur Ford, nos interrumpió e invitó a sentarnos alrededor de la gran mesa redonda. George Gammel, adelantó nuestros lentos pasos, ese hombre ya se había quitado el sombrero, sentado contemplaba su reloj de bolsillo, con unos nervios notorios. El escritor, apacible miró su añeja silla, y tomó asiento con un ruido quejumbroso, en un arrastre cavernoso de una madera muerta.

Libros, y libros sobre la mesa, cada uno con tapas tan antiguas. Abiertos, otros cerrados, ciencia, esoterismo, espiritismo y la vida después de la nada "*la muerte*".

El viejo Ford, nos dio la bienvenida a todos. El único de pie enfrente de su vacía y polvorienta silla.

—Caballeros, —dijo. Luego un silencio en su voz, y una duda recorría el ambiente.

—Como dije, yo no contactaré, a las enigmáticas hermanas Fox—volvió el silencio, y murmullos de cuestionamientos.

—Calma, en mi lugar lo hará, alguien que, tiene un poder sin precedentes.

La sala, tenía algo. Una energía extraña. El estómago estaba tensó, y parecía sentir una filosa cuchilla en mi garganta, a la altura de la manzana

de adán, rosaba el miedo, quemante y helado. Algo sentí esa noche. Algo.

Entre las voces murmurantes, y un Arthur Ford un tanto sonriente, con un peinado engominado y con una partidura al medio, una amplia frente, la vista puesta en la nada, esos ojos quién sabe, miraban profundas formas, invisibles dimensiones.

Dos mujeres cruzaron el marco sin puerta. Alrededor a 45 años, trajes grises y con gorros de la cruz roja. Se cruzaban miradas entre ellas, con dudas y complicidad. Delgadas, y con el rostro pálido de un cansancio, viaje largo, falta de sueño. Labios secos, sin ninguna palabra que pronunciar, observaron al señor Ford. Este mismo asintió con la mirada.

Algo de nerviosismo inundaban sus tensos rostros, arrugados y delgados. Luego en sincronización, ambas miraron ese marco sin puerta alguna, cuyas bisagras parecían hojas de otoño, secas y anaranjadas.

Una pequeña niña de cabello oscuro, con un moño de forma de tomate sobre su cabeza, dos mechones rosaban ambas mejillas, ojos como el color del mar, tranquilos y llenos de una sola palabra; *"misterio"*. Entre sus manos, papeles, fotografías vislumbre más tarde. Y algo que, hizo saltar de su silla al viejo Pittman, con una cara de terror, aversión a la muchacha, que parecía una muñeca de porcelana, con ese rostro tan blanco y terso. Un vestido rojo, que le llegaba más abajo de las rodillas.

"Emily", pronunció Pittman entre su agitada respiración. Su pecho se había levantado, como si los pulmones se inflaran más de lo normal y su corazón quisiera estallar, hacer *"boom"*. Parecía, aquel pequeño niño, que me contó. Ese niño Pittman, cuando quiso probar su valentía con sus pares de misma edad, había entrado en la casona Logan, había visto sus paredes mohosas con esa arquitectura derruida, y ya demencial bañada en lo lúgubre. Había entrado, cruzado sus puertas, avanzado, temeroso por esos pasillos, al final le había visto. Emily Logan, la pequeña de 9 años, la que sus ojos cerró en un dormir eterno, sumergida en un lago de oscuridades, entre llantos desesperados de madre, y gritos de auxilio de su padre. La pequeña de vestido rojo, *"tal cual como esa niña"*, así lo decían sus ojos, el viejo Charles Pittman estaba con una mueca de asombro, parecía que iba a mojar su pantalón de fina tela.

—Emily, —dijo, volvió con sus susurros, Pittman. Retuvo su respiración y sostuvo la pipa de marfil en su mano derecha, luego la izquierda, con el dorso de aquella mano libre, se limpió la febril frente sudada de nervios y temores del pasado, como si el pequeño Charles Pittman, parecía haber resurgido de lo más profundo de su cerebro, entre las entrañas más profundas de un cerebro trastocado por la demencial impresión.

Luego nos miró, con temores aún, nos barrió con la mirada. Bajó su respiración, y con una mueca de nervios, temblores en sus labios secos, —Disculpas—fue lo único que dijo, luego se tomó asiento. Se había hundido en la silla, como su alma se hundía ante la impresión de un corazón a punto de estallar. Esta vez Charles Pittman, no corrió como aquel niño.

La muchacha no era Emily Logan, la verdadera estaba muerta, enterrada metros y metros en la tierra; "*cenizas eres y en cenizas te convertirás*", pensé. Pero por unos momentos, Charles Pittman, creyó haberla visto. Creyó.

Los murmullos aumentaron, entre los presentes inundaban dudas, asombro y molestia.

—Calma, por favor.

—Es una menor de edad—oí escuchar una voz carrasposa, era George Gammel.

—Sí, pero aquí están las hermanas de Dios. La muchacha, para su información viene con ellas. Es importante—dijo, seguía los murmullos, mientras Arthur Ford, cada vez más, alzaba el volumen de su voz.

—La hermana Anna y la hermana Sophie, vienen de un largo viaje. Desde el convento Sagrado Corazón de Dios. La muchacha está a buen cuidado. Señores —las molestias seguían, vi como uno se levantó indignado, y salió del lugar.

—Silencio por favor—repetía con la voz, cada vez opacada por los presentes.

El viejo Pittman en cambio, se preparó con temblorosas manos, aún por la impresión, la pipa con nuevo tabaco.

— ¿Está usted bien? —pregunté. Era estúpido, pero pregunté.

—Hijo, me siento, como cuando estalló esa maldita bomba, y me dejó como un cojo de mierda—dijo, el viejo aún tenía los ojos saltones. Luego, al final de todo sonrió.

—Silencio, vamos. Por favor—Arthur Ford parecía ya cortar los delgados hilos de la paciencia.

La muchacha, por momentos sentí que escrutó mi alma, sus ojos parecían ver el interior. Me estremecí, sentí un terror intenso. Debo aceptar los mareos, que de un momento a otro aparecieron. Habían borrado un poco la vista. La pequeña niña, clavó los azules ojos, tan sería, tan pétrea sobre

mí. Y a pesar del ruido provocado por los presentes, molestos y escandalizados, creí oír a la pequeña sin mover sus labios, como si estuviera dentro de mi cerebro, como si a la vez partiera en dos mi cráneo, como una hoja de papel, lo partía con su mente, con su mirada. —No recuerdas, pero recordarás. ¿Quién eres Darrell White?, ¿Lo sabes?, lo sabrás.

—Ella..., aquella pequeña niña, ¡puede ver a los muertos!—exclamó, seguido de unos golpes en la mesa. —Comprobado por la santa iglesia católica.

El silencio, un silencio presente y sepulcral. La sala, lo único que se podía oír, era el crujir de la cansada madera, y un último golpe a palma abierta contra la mesa, Arthur Ford sin duda alguna, había captado la atención de los presentes.

—Comprobado en absoluto secretismo, por la sagrada iglesia—repitió, y el silencio seguía. —Esta noche, señores. Se no ha permitido hacer ciencia.

—Es una locura—dijo unos de los presentes, luego, de igual manera como el anterior. Salió indignado, con ojos acusadores, al médium Arthur Ford.

Tres personas más salieron del lugar, al final quedamos el viejo George Gammel, Charles Pittman, ese enigmático escritor, y Yo con el corazón en la boca.

—Necesitaremos..., una mesa más pequeña—dijo George Gammell, mientras se guardaba su reloj de bolsillo.

—Hay una en la antesala, redonda y más pequeña—aseguró Arthur Ford.

Capítulo 11

*** _ ***

"*La figura*". Año: 1925.

La puerta principal la cerramos. Y en medio de la antesala, al frente de la amplia escalera alfombrada de un rojo sucio y polvoriento. Dejamos una mesa redonda algo más pequeña, que se ajustaba perfecto a las diez personas, que habíamos en ese lugar. Preparamos todo. Y la pequeña muchacha del vestido rojo como *Emily Logan*, el fantasma de Pittman, sentada al medio.

—Por qué vestirla de rojo—preguntó, el viejo.

—La casa recuerda, queremos que recuerde—respondió el médium. Las hermanas de Dios, tomaron las delgadas manos de la pequeña, ella sólo miró con serenidad a cada una de ellas.

Luego, Arthur Ford posó una maleta sobre la mesa, la abrió y con su mano derecha, rápido sacó un objeto.

—Señores, lo que ven en estos momentos, es algo. Una figura tan antigua, que la ciencia no puede datar la cantidad de años que tiene,

— ¿Cifra alguna, que se acerque?—preguntó George Gammell, había acercado su rostro y puesto sus anteojos al enigmático objeto.

—Eones—respondió el señor Ford.

Presencias, a lo mejor, quien sabe, mis pensamientos atiburrados estaban agolpados en las paredes de mí cabeza. De la pequeña muchacha, aún no sabía su nombre, nadie lo había dicho, y por momentos juré que, también se llamase Emily, ahora si fuese su apellido; Logan. Correría, sin duda claro que lo haría.

La casa respiraba, y esa respiración se notó en un crujir débil de una casona, antigua. No tan antigua como eones de una figura, un monolito pequeño, parecía una criatura escamosa, con una cabeza viscosa y repugnante, tentáculos en vez de boca, sentada en un montículo, atrás de ella una arquitectura ciclópea, en su espalda cortas alas, rudimentarias a mí parecer, pero que, no dejaban entre todo aquello, dar una sensación de ominoso misterio, me atemorizaban y producían aversión.

—El misterio que encierra, es algo mucho más escabroso que..., este lugar—dijo Ford.

— ¿Dónde?—preguntó Gammel, con fascinante curiosidad. Como un niño en la absorta contemplación de un juguete nuevo, había sido absorbido por algo extraño, tal vez la misma figura, tenía un poder antiguo, extraño. Aquello, en resumidas cuentas, mis apreciaciones eran bastante oscuras. No era nada bueno.

—Encontrada en olvidadas montañas de Europa. Lugar, ya no importa.

—Qué importa entonces—preguntó, Pittman salió con voz temblorosa. Luego miró a la pequeña niña. Una sonrisa fue el regalo de la pequeña, y una sonrisa tullida fue la contestación del viejo. La pequeña apagó sus labios, como velas fallecen al fuerte viento.

—Vamos señor Arthur Ford, le he hecho una pregunta—insistió Pittman. Se había quemado con la mirada. El cambio de risa y seriedad vacua de la muchacha, le había puesto acelerado por momentos, lo noté en su voz, sus palabras agolpadas.

—Eones, ha dicho. Le he escuchado bien señor Ford. Pero es imposible, que culturas aún sigan manteniendo en memoria viva, algo que...—dijo Gammel, después un silencio.

—Algo qué, ni siquiera convivió con los humanos—dijo Ford, entre una pregunta, una aseveración. Acepto que tales cosas, fueran palabras frías que, reptaban por mi espalda.

Sin prestar atención a las palabras, la pequeña, observaba, como si estuviera en otro lugar, buscaba con sus ojos de mares misteriosos, los rincones altos de la casona Logan.

—Lo que importa, es lo que oculta.

—Dígalo ya, señor Ford—dijo Gammel.

Al lado de él, estaba nuestro escritor. Sólo tomaba notas, en una mal cuidada libreta. El lápiz parecía que rasgaba la hoja.

—Un culto antiguo. Se dice, eones, antes que, toda vida humana—luego de eso Ford, sonrió.

La muchacha, se había soltado de las custodiadas manos de las hermanas, la observé, preocupado, mientras prestaba atención a las palabras de Ford.

—Se dice, que su nombre, no es pronunciables, para nuestras cuerdas vocales. Se dice además..., que duerme.

—Se dice...—dijo, y esta vez fue interrumpido.

—Vamos, pero. ¿Qué tiene que ver en todo esto? —preguntó Gammel.

—En todo qué—devolvió la pregunta, con otra, Ford. Mientras a la vez con su mano derecha acercaba la enigmática figura, la había llevado al centro de la mesa redonda.

—La Casona, esta casona. Sobre todo, la familia Logan—arremetió de nuevo el hombre de ciencia, con viva voz. Gammel un anciano canoso, con ojos despiertos y refulgentes a la espera ansiosa, de alguna respuesta.

Desde la otra parte al lado mío, el viejo Pittman ahora prestaba dedicación a su pipa, construía llamativos círculos de humo.

—Todo a su tiempo, Señor Gammel—dijo Ford, seguido de una seña, que le invitaba a bajar el tono de voz.

—Continúe—dijo y luego guardó silencio, en respuesta a la expresión del rostro de Ford.

—Se dice además, que aquella figura ciclópea, es de una criatura de enormes proporciones.

—Ridículo—espetó el viejo Pittman, al lado mío. —Aquí, todos los presentes, hemos venido a comprobar, la existencia de vida después de la muerte. Ahora sale con un culto antiguo, antes de toda humanidad, aquí en la tierra, y de una criatura enorme.

—Enorme, es poco comparado a kilómetros.

La muchacha ahora estaba de frente a la gran escalera y en silencio miraba ese entorno tan lúgubre. Las hermanas se cruzaban miradas, pero sin decir ni una sola palabra. Como si supieran, que no es la primera vez, que la pequeña muchacha tendía a hacer tales salidas de contexto. Por otro lado, al frente mío el escritor anotaba cada palabra, cada movimiento y tal vez cada ademán de los presentes.

—Pero vamos, Ford. Díganos, de quien está usted hablando.

Ford de inmediato saco un centenar de papeles. —Usted lo sabe, no haga el desentendido e ignorante en todo esto profesor Gammel.

—Las cartas, ¿usted? —preguntó el profesor, ahora con voz carrasposa y con dudas al respecto. Temblorosa manos tomaban aquellas cartas una en especial.

—Sí, es un culto antiguo. Se dice, de civilizaciones anteriores a todo lo conocido, claro lo conocido hasta el momento por la ciencia, y la arqueología.

—Oficial—recalcó Ford.

Gammel asintió, y luego nos miró a cada uno de nosotros, tan serió, con algo de temor.

—No es la primera vez, que se habla y estudia esto. 1908..., (*sudor frío en la frente*) y muchas veces más anteriores.

—Cultos antiguos, vaya locura Gammel se guarda entre cejas—disparó esta vez Pittman.

—Esta casa tiene algo, señores. Algo con esto que, les he estado contando. Vamos, si quieren pueden darle vueltas y vueltas, cada una de las cartas, que he dejado sobre la mesa. Y sobre todo a esto—dijo Ford, con vivo entusiasmo, una fascinación, que por momentos me aterró. Apuntó con su dedo índice la figura al terminar aquellas palabras.

Gammel, seguía en la observación de aquellos antiguos papeles, alguno que otro quemado en sus bordes. Se detuvo, con el rostro pálido, como a punto de morir, a punto de perder el conocimiento. Así lo noté.

— ¿Alguien ha podido traducir esto?. En la universidad y el museo de Providence guardamos también secretos señor Ford.

—Sí, y... creo..., que dice—dijo en respuesta Arthur Ford. Buscaba en sus memorias, la dichosa traducción de un lenguaje borrado de la faz de la tierra.

Y la voz de la pequeña le interrumpió. —*En su morada de R'lyeh, el difunto Cthulhu espera soñando.*

Todos miramos en absoluto silencio. La pequeña niña de ojos azules, tan vivos, azulados como un mar dormido. Estaba de pie, de espaldas a nosotros. El reloj con su derruido péndulo, pareció moverse, imperceptible, pero algo noté. El aire frío se colaba desde rincones desconocidos.

— ¿Qué has dicho pequeña? —preguntó el viejo Pittman, la pipa se la había escurrido de sus manos y caído a la mesa, con el tabaco derramado y las cenizas en hilos finos de humo. Se puso en pie, para observarla de

mejor forma.

El escritor dejó sus anotaciones. Todos convergimos en observar pasmados, a la pequeña del vestido rojo. Parecía un fantasma, el fantasma de la pequeña Emily Logan, la muerta niña resurgiendo de entre las aguas, de entre la tierra húmeda y un mohoso cementerio de Providence. Entonces recordé las palabras de mi amigo, el viejo Pittman, la cuales me las dijo al principio, antes de llegar a esta casona; "*El cementerio general de Providence, oculta mucho señor White*". Y los muertos no hablan, pensé, mientras le miraba ahora con una mueca de espanto, sorpresa. Pittman una vez más parecía que, veía la niña Logan.

La muchacha se dio vuelta, y nos miró. —Que no está muerto lo que puede yacer eternamente.

—*Y con los extraños evos aún la muerte puede morir.*

Se escuchó en voz, baja casi un murmullo, pero audible para todos los presentes. El escritor había hablado.

Y la pequeña, después con una sonrisa apagada, algo temerosa dijo.
—Mirad, no es una simple figura.

Rostros cargados de temor, yo sudaba frío. Vimos en silencio, con un leve crujir de una casona. A esa pequeña figura, puesta por Ford al medio de la mesa.

"*Cthulhu, espera soñando*", alguien susurro dentro de mi cabeza.

Luego las velas se apagaron. Nos sumió la oscuridad.

Capítulo 12

*** _ ***

Año: 2017

La llamada...

Diciembre 24, 2017.

Louis

—..., (*silencio en la otra línea, en ambas*)

—Louis, ¿sigues ahí?!

—..., Sí. Aún estoy en línea.

— ¿Lo has pillado entonces?, vamos. 1997.

—No me digas. ¿La señal de nuevo?

—Sí, la misma señal. Obvio que no es la misma, la otra ya paso bastante tiempo, pero es la misma ¿me entiendes lo que quiero decir?, claro que lo entiendes. Pero hay más. Adivina en dónde.

—El mismo lugar.

—Exacto, Mierda. Louis, qué se dirá ahora con todo esto.

—Deshielo de témpanos.

—Como en América del Sur, un Dinosaurio. Sí. Un puto dinosaurio, que más de eso.

—Un gigante, de data, incierta.

—Qué dice, la NOAA.

—Pasó a mayores.

—Cómo aquella vez.

—Exacto, cómo aquella vez.

2017, Diciembre 23. Llamada intervenida. "Investigación personal de la NOAA". Lo demás cifrado. En proceso de Des-Encriptado.

—Bueno, ¿qué aquella vez?, Louis.

—..., (silencio). Bloop.

—Mierda, Louis. Tu chiste no me hace gracias. Hemos intervenido tu llamada. Sabes por qué.

—La señal.

—Algo más. Louis, algo más. Lo que no sabes de 1997.

—Qué, es lo que no sé.

Silencio.

—1997, esa extraña señal. Captada en el mismas coordenadas. Tales coordenadas ahora repetidas. Ahora, volviendo a 1997, no fue un témpano gigantesco de hielo. Louis, no fue un simple, y puto témpano de hielo.

—La oficial quiere decir. ¿Tiene un cigarrillo?

—No, aún no te lo has ganado. Claro la oficial, o las cientos de excusas.

—Basta. Y la no oficial..., vamos. Espero.

—La no oficial, No había pasado dos días, para que ese lugar..., se llenara de militares.

—Y científicos. ¿No?, no se quede en silencio.

—...

—Desde luego. Louis, científicos. Muchos de ellos.

—Pero algo más, su rostro lo dice. Parece nervioso. Vamos, dígalos. Así le facilitaré, el trabajo tan arduo del..., des-Encriptado de la llamada.

Sonrisa del interrogador.

—Desde luego, repito. Al igual que 1997, un invitado, en medio de las mismas coordenadas, ahora la señal "Bloop", Se le llama.

—Viral.

—Mierda de Youtube, sus miles de conspiranoicos. Lo entiende, Louis. Sé que me entiende.

—Ahora 2017, la señal se detectó a temprana horas de ayer. Y algo más. El mismo sujeto de 1997, como desapareció, ahora lo tenemos. Lo increíble que no han pasado los años para él.

— ¿De qué me habla?

—Bien, me alegra saber, que no todo lo sabe. Un trabajador de la NOAA. Ha dicho un nombre. Adivine, Louis, ¿Cuál fue ese nombre?

—No tenemos tiempo para adivinanzas. Eso me lo dice su cara de cagado de miedo.

—...

—Tomé. Lo último que le diré, es..., que es tipo le conoce, no sé cómo, pero le conoce muy bien. Además que..., (silencio breve) desde 1997 no ha envejecido para nada. Tememos, que la tierra se lo trague o más bien el mar, como aquella vez entonces.

"Sobre la mesa de aluminio cromado, su reflejo de barba ermitaña y descuidado aspecto, lo otro un corto libro tirado de golpe al frente de él".

— ¿Qué es esto?, una invitación a leer. No tengo ánimos.

—Léalo, le interesará. Además, sabemos que gusta de este tipo de relatos.

—Mierda. Literatura.

—Bueno, le diré que, Louis. Que..., él, de manera personal nos dijo, que le gustará.

—Que es un puto cuento.

—No lo es. Dejémonos de rodeo. Saldremos lo más pronto posible.

— ¡Jodase!

La puerta se cierra...

— ¿Usted cree que vendrá a la buena?

—Vaya que preguntas, ¿no?, véalo no tiene opción.

—Señor, ¿qué le ha dejado sobre la mesa?

—Clasificado. Pero le diré una sola cosa, soldado. Nunca hemos estado solos. Y ese muchacho desaliñado de ahí dentro, lo sabe. Además nuestro extraño invitado, hablará. Si, se lo ponemos en frente.

—Un técnico de la NOAA. No es nadie.

—Un simple técnico. Pero le ha nombrado. No sé cómo, pero le conoce.

"Sobre la mesa; [La llamada de Cthulhu]".

Capítulo 13

*** _ ***

"*Hermanas*". Año: 1925.

He visto muchas sesiones, creo. Porque digo creo, muy a mi pesar, mi pésima memoria, una trastocada mente, que no recuerda muchos eventos del pasado, que si hago un recuento, son muchos. Demasiados diría yo, sólo nebulosas, un accidente, así dicen los médicos. Había perdido mucha sangre, casi al borde de cruzar el otro lado, un accidente ¿quizás?, en una calle escarchada y húmeda. Con un papel, que decía; "*Darrel White, Londres Inglaterra. Es su nombre, no lo olvide, señor White*", en mano una botella de vino vacía. La nota, una caligrafía en extremo cuidada de evidente clase aristócrata, ¿creo?, que para nada era la mía, y además muy gentil de su parte; "*recordarle su nombre a un borracho, tirado de espalda sobre un lago de sangre, espesa, pegada en la cara y cabello*". Su propia sangre. A veces pienso que morí, y volví a la vida con mis recuerdos borrados. Reiniciados, y como un loco que escucha voces.

Señor White, su cerebro es una antena, que sintoniza..., me quedé en silencio, no quería a los amigos; "*electroshock*" y "*lobotomía*". Mierda, escuchaba por las noches, a los locos gritar, sabía de esas cosas; "*Terapias*". En el tiempo que estuve internado, sin identidad, un "*sin documentos*", aparecido en América, y antes de morir seco en ese lugar, con un nombre; "*Darrel White*", que más me sentía con sin recuerdos, sin vida, un muerto y una lápida escrita con fuego; "*John Doe*", el nombre puesto a los cadáveres sin ninguna historia e identidad. Y lo otro, aquel papel escribía; un año, un maldito año quemado, sin poder distinguir.

Sesiones, así fue como salí de la casa de enfermos mentales. Luego de comprobada mi sanidad; Sesiones, más sesiones, pero las del tipo paranormal; el más allá. Las he visto en fotografías, las he presenciado; tomarse de las manos, formar un cadena, cerrar los ojos, y llamar al más allá. Luego desde la distancia que sea, abro comillas; "*el más allá*". Los espíritus responderían con simples golpes. Pero esto. Esto es lo que he estado buscando. Y ahora, que lo tengo a un palmo de mis ojos, casi al roce de mi nariz, temo. Horror de un miedo frío y mal oliente.

—Qué pintan las hermanas Fox, en todo esto—preguntó, un azorado viejo Charles Pittman.

—La pequeña "*El receptor*", Las hermanas Fox "*El puente*" —respondió

Ford.

Silencio.

—Y del otro lado—pregunté, mi voz quebradiza e insegura.

Arthur Ford, en silencio y sólo una sonrisa, esa fue su respuesta.

—Ciencia—el viejo Gammel había quebrado el silencio, como un cuchillo filoso. —Los muertos no hablan, pero..., veamos. La casa tiene historia de muertes. Y uno de los deseos de Michael Logan, era de colaborar en extirpar como un maldito cáncer, la maldición que se cierne sobre esta casona. Y la idea es aclarar si es... ¿real?, o sólo muertes de trágicas coincidencias.

—Tragedias—acotó Pittman. Observó su miedo obsesivo, la pequeña niña de vestido rojo. Luego miró el cuadro puesto por encima del reloj.

—Más que tragedia. La maldición señores—dijo Ford.

—Bueno, entonces comencemos. ¿Nos pedirá tomarnos de las manos?
—preguntó con una sonrisa burlona el viejo Pittman.

—Dos golpes "Sí". Un golpe "No" —respondió la niña desde el fondo de la antesala, subida en el primer escalón. Luego caminó hacia nosotros.
—Creo que a ellas les gustara, recordar—dijo con esa suave y misteriosa voz.

—Clave morse. Venga ya—el viejo Pittman, en una mueca de incredulidad. Luego, volvió al trabajoso hábito de preparar su pipa.

El silencio volvió a inundar la viaje antesala, cada uno de los presentes intercambiamos miradas, como en un juego de cartas, como en un juego de póker. La pequeña niña con lentitud dio sus pasos, había vuelto a reunirse en torno la mesa, tomó asiento en la añeja silla de madera, tan calma, y con tanta precaución, como si la silla doliera, como si su alma temiera.

Las voces apagadas fueron quebradas por el viejo Charles Pittman, que de su gruesa chaqueta sacó una petaca con cubierta de cuero y gruesos bordados.

— ¿Alguien?, buen whisky. Escoses—alzó la petaca. —Descuiden. Hay más desde donde lo he sacado. Esta chaqueta es como un gorro de mago. Conejos no hay, lo aseguro.

—Señor Pittman—le dije al oído.

—Calma muchacho. Justo lo que recetó mi médico, cura el dolor de mi cojera.

—Le emborracha, querrá decir.

—No, eso es incorrecto muchacho, calma el dolor. Y a mi cerebro lo mal entona. Pero para bien. Nada para preocuparse señor White. Además yo soy médico (*risas*). Sé lo que es bueno.

— ¿Quieres? —preguntó. Con un guiño en el ojo.

—No, gracias. Lo he dejado.

— ¿Malos recuerdos?

—Más bien, sin recuerdos—dije, y le sonrío.

El viejo guardó silencio, y clavó una mirada de saber a lo que me refería. Alzó la petaca en seña de brindar, y luego bebió.

Las hermanas Fox:

"¿Quién recuerda a Charles B. Rosma?... El Buhonero"

Arthur Ford, disparó la pregunta. Y nosotros como aturcidos estudiantes, enmudecidos, ante esa interrogante, que desquebrajaba el silencio con una voz, la cual hizo eco en toda la antesala. Un rasguño de almas inquietas, eso oí. Y la pequeña niña parecía que también. Ella miró cada rincón del lugar, en alerta constante con sus ojos azules vivos, abiertos al infinito, oculto de misterios insoldables.

Capítulo 14

*** _ ***

Año: 2017

La llamada...

Diciembre 24, 2017. Clave; Louis.

Los motores retumbaban por todo el cielo, entre las nubes, sobre y debajo de ellas, un cielo gris y lluvioso de gotas que, con lentitud copiosa dibujaban ríos en las ventanas de la aeronave de carga, "*iAllí fuera no se ve ni una mierda!*" se oía exclamar entre el estridente ruido de rotores. Cuando Louis vio el lugar. Un mapa y las coordenadas marcadas con tanta exactitud, con tanto cuidado de no perderse. "*Me estremezco*" —esta fue la lectura de su atormentado rostro, una figura delgada, ermitaña con los ojos hundidos de abandono.

Capítulo 15

*** _ ***

"*Hermanas*". Año: 1925.

A fines de 1847.

"Las niñas Kate, Maggie y Leah. En una choza de la familia Fox, un poblado de nombre **Hydesville** del estado de Nueva York. La clave morse como lo ha llamado, el señor Pittman. Aquellos golpeteos comenzaron hacer presencia, como muertos vivos, desesperados golpean sus selladas tumbas, mientras por fuera escuchan el inagotable y hambriento rasguño de miles de ratas, en asedio constante".

"Las cosas no quedaron ahí, en simples golpes o rasguños entre muros, como cadáveres ocultos entre paredes, y bajo el suelo de una humilde morada. Luego los eventos dieron a una fase más notoria. Pasos y muebles siendo movidos, esto por todo el lugar, cada rincón del hogar de una familia ya atormentada".

"Los Fox, en completa incredulidad".

"Aterrada aún más la Madre de nombre Margaret al igual que, una de sus hijas *Maggie*, sorprendió a la pequeña Kate interactuar con algo más allá, algo lejano e incomprensible a toda mundana explicación. Aquella pequeña interactuaba, en una rustica comunicación con un espíritu, en base a simples e inquietantes golpeteos, respuestas de algo, o alguien que, ya no caminaba en este plano".

"Los muertos no hablan, pero si dan golpeteos absurdos, como migajas de pan puestas en un sendero o un pasillo, puestos ahí, para guiarte por un mundo tan demencial, algo que, abre la siguiente pregunta; ¿Será verdad?".

—Tan traviesos ellos—interrumpió Pittman. —Tan traviesos, para llevarse en sus oscuras manos a toda una familia—con su pipa ya lista, y una llameante cerilla en el tabaco puesto con cuidado.

—Usted recuerda a la niña Emily—dijo la pequeña del vestido rojo. Habló tan calma, sin nervios y con los ojos pareciese que, también lo hacía.
—Pero a Emily, no la llevó un simple espíritu travieso, dedicado a golpear paredes con delgados nudillos inexistentes. Aquello, no era nada y la vez

era todo.

Charles Pittman, desvió la mirada.

— ¿Continuo?—pregunto Ford.

Pittman, con un ademán de su mano derecho asintió.

“La niñas intentaron comunicarse con aquel... ¿fantasma?, ya que según nuestro invitado don Charles Pittman, debo dejar la interrogante. *Kate*, fallecida en 1892, desafió a seguirle con los golpes que ella daba. Una seguidilla de golpes con las palmas abiertas sobre los muros, sobre la mesa. La sorpresa, contestación ante un desafío entre jugarreta y temor no se hizo esperar. La inmediatez fulminante ante la atónita mirada de los Fox, se escuchó el mismo número de golpes dados por la pequeña *Kate*”.

“Margareth Fox, congelada en unos de los lugares de la casa, mientras observaba cada escena de sus hijas en comunicación con algo..., ese algo que esta fuera de comprensión; humano, científica”.

El profesor George Gammel, bajó su rostro impertérrito. Su rostro me heló, como escarchas quemantes de un filoso hielo en la piel.

“Comenzó a hacer todo tipo de preguntas, y además Margareth propuso que, la misteriosa entidad respondiera con...”.

—Un golpe “No”, Dos golpes “Sí” —dijeron al unísono, el médium Arthur Ford y la pequeña que aún no conocía su nombre. “Emily”, le llamó con una mueca de terror el viejo Pittman, mientras sus ojos escapaban de sus orbitas ante ese vestido rojo carmesí, y más aún ese rostro pétreo de la pequeña niña.

“Entre preguntas y golpes. Combinaron alfabeto, llegaron a un nombre: *Charles B. Rosma*”.

—El *Buhonero*—acotó una de las mujeres que, había traído en custodia a la pequeña, “Las hermanas del Corazón de Dios”. Para ser más exacto, Anna la más adulta, la cual rondaba unos 54 años.

La otra mujer de 48 de nombre; Sophie, con la vista puesta en la nada se persignó. Las mujeres, se habían sacado los abrigos de protección al flagelante frío nocturno de un Providence invernal, y dejaban ver su vestimenta religiosa, monjas con el rostro cansado, rosarios en el cuello

con una cruz de madera, de un cristo crucificado.

“¿Qué más obtuvieron a parte del nombre?, Charles B. Rosma era un vendedor ambulante, asesinado de una apuñala en su pecho, muerto donde... ¿adivinen?...” — Arthur Ford, se quedó en silencio, barrió con la mirada cada uno de nosotros.

“Muerto, asesinado..., un evento trágico. Había dejado este mundo en una de las habitaciones de la humilde casa de la familia Fox”.

“La historia se divulgó, y las hermanas Fox, tan pronto como pudieron sus aterrados padres, fueron alejadas de aquel lugar. Kate con su hermana Leah, y Maggie con su otro hermano David”.

—Qué hay del cadáver—pregunté.

Silencio, o tal vez murmullos de los presentes.

“El cadáver de Charles B. Rosma, fue descubierto 56 años después de tales sorprendentes eventos. 1904 para ser más exacto”.

— ¿Dónde? —volví con la pregunta, mi interés era impaciente.

“Oculto en una pared falsa de la casa. Ahora, ¿me preguntará...?”.

—White, Darrel White—le dije mi nombre.

“Señor White, ahora me preguntará el ¿Cómo?, le responderé de inmediato a su inquietud. Fue encontrado, cuando un grupo de traviosos niños desafió entrar en la *Casa Embrujada de los Fox*”.

Pittman tragó saliva, mientras le dio un visible apretón a su pipa de marfil.

—Lo demás caballeros, ya lo saben. Las hermanas Fox, iniciadoras del movimiento espírita—terminó por decir Arthur Ford.

—Fraude o verdad—disparó Gammel.

—Lo veremos..., ahora—sentenció Ford. —Se requiere una mente poderosa, y tenemos cuatro.

Silencio, e interrogantes. Murmullos de interrogantes, y la fascinación de un escritor, que estaba en frente mío tan silencioso, aquel enigmático hombre sólo escribía en su libreta de anotaciones. Rasgaba las hojas con

su bolígrafo.

—Las hermanas Fox y nuestra invitada—dijo Ford.

—No. Usted, se equivoca—contradijo la pequeña.

Silencio.

—*La figura*—dijo, apuntó con su delgado y pequeño dedo índice, aquella ciclópea estatuilla de eones perdidos, como granos de arena de un árido desierto. Luego miró a su alrededor, escrudiñó la casona Logan. —Y no olvidemos este lugar, siento que ahora se ha amarrado a la; figura.

—Cómo—preguntó Pittman, después de haber hecho un gran círculo de humo con su pipa. Expulsó el humo por su boca y preguntó.

—No lo sé..., todavía. Pero...—dijo la pequeña. Enmudecieron sus palabras. Frunció el ceño, con sutilidad y entorno a una pregunta, que ahora en sus internos parecía ella misma se hacía. Observé con temor, algo buscaba en su mente, o en algún lugar, se concentró, sus ojos vivos y azules ahora parecían traer tormentas. Miró la figura, luego barrió de nuevo la casa, con una lentitud pasmosa. Debó confesar, miedo sentí ante su mirada, y la quietud con que miraba cada rincón de la casona Logan.

La pequeña volvió su mirada a la mesa, clavó sus ojos tan vivos ahora de tormentas a la **figura** de Nombre; "**Cthulhu**", y con voz tan tenue entre pregunta o aseveración dijo. —A la casa..., le es..., (*silencio*)..., es familiar..., ESO— he hizo una señal con el rostro. Todos a la vez le seguimos y clavamos nuestros ojos inundados de temor, convergimos y le observamos sus detalles; Escamosa piel, con una boca llena de tentáculos y aquellas grotescas alas.

Dos golpes se escucharon en la lejanía, sin descubrir su procedencia.

"*TOC, TOC*", *¿Quién llama?* —Me dije a mis adentros, a mis trastornados pensamientos. TOC, TOC. *Cthulhu* el grande. TOC, TOC, Emily y su alma en el lago errante, negro como la noche más muerta. TOC, TOC, Emily con su vestido rojo goteando lágrimas de un maldito lago. TOC, TOC, Emily su cadavérico rostro de una muerta en pena. TOC, TOC, Emily con sus ojos vidriosos y su cabello empapado. TOC, TOC, Emily en el corazón del viejo Pittman al verlo ahora con el terror en su piel y rostro. TOC, TOC, Emily verde y podrida, pero con una sonrisa diferente, maligna y oscura. Había entrado y tocado mi alma.

Un golpe es; "*No*"..., Recordé la clave morse de las Hermanas Fox; *Kate, Maggie, Leah*.

"Toc, Toc"...

Capítulo 16

*** _ ***

Año: 2017

La llamada...

Diciembre 24, 2017. Clave; Louis.

Las sacudidas de la aeronave, Louis las sentía como si fueran suyas. Como si el alma quisiera desencarnarse y huir despavorida a cualquier lugar, de lo posible lejos de ahí, lejos del punto, esas coordenadas marcadas con plumón rojo en el mapa. Que ahora tenía con fuerte presión en sus sudorosas manos, un mapa de América del Sur, con un círculo, un punto en el Océano Pacífico.

—*Latitud 47° 9' Sur, longitud 126° 43' Oeste*—leyó en voz baja. En el interior de su mente se escuchaba a la perfección. El ruido de los rotores lo cubría todo, y el estómago a Louis le hacía girones de nervios, y temor. Sobre todo temor.

—Debería descansar—dijo a voz alzada, en un grito para dejarse oír, el hombre que le había hecho la invitación, que lo había traído a la fuerza.

Louis, sólo se dedicó a mirarle con los ojos en bolsa, una superficie ocular roja, inyectada en sangre de unos vasos sanguíneos hinchados y dilatados.

—***Bell – Boeing V-22 Osprey***—Gritó el hombre, para hacerse oír, había buscado asiento en frente de Louis.

Louis, quedó con una figura en su rostro, un signo de interrogación de no haber escuchado nada más que, los rotores de la aeronave atravesando unas corrientes de aire parecidas a una gran tormenta, se intensificaba a medida que el avance era cada vez más latente a ese punto y ese círculo rojo indicado con plumón rojo, en un mapa, que Louis parecía querer despedazar de los nervios.

Aquél hombre, le miró. Le regaló una leve sonrisa, y fue en búsqueda de dos cascos, los cuales tenían un micrófono incorporado, y unos lentes que basculaban, para quedar al frente y proteger la vista. Se había puesto el casco verde oscuro con dos águilas estampadas en los costados. Tan rápido realizó tal acción, le tendió el otro con su mano derecha, con una seña en su rostro "*Venga, póngase esto*", así pareció entenderse el

mensaje visual. Louis asintió.

Luego el hombre presionó unos botones que se situaban a lado derecho, primero lo hizo con el suyo, después el de Louis. Una vez terminado, volvió con lo mencionado con anterioridad. —**Bell – Boeing V-22 Osprey**

—Qué tan seguro es—preguntó Louis, luego miró el mapa.

—Sólo alguno que otro accidente en pruebas. Nada para preocuparse, hace años ya.

Otra turbulencia, como una sacudida de montaña rusa, subida y bajada en su estómago. Segundos nada más, luego volvió a la normalidad. Louis respiró profundo, con sus ojos saltones miró al hombre que le había invitado, y luego volvió a clavarlos en el mapa.

—Cinco en total. 1991 al 2012—dijo Louis.

— ¿Cinco qué? —preguntó el hombre.

—Cinco accidentes. 1991, un cableado pésimo en el sistema de vuelo. Dos heridos. 1992, una fuga; caja de cambios. Un incendio. Muerte de siete personas a bordo. Año 2000, Marines muertos en un simulacro de rescate, en el Aeropuerto de Arizona, mismo año fuga hidráulica, un desperfecto, resultado cuatro tripulantes. Y...

—2012, en Marruecos, MV-22, a tierra dos heridos y dos muertos. Sabe mucho Louis—acotó el hombre, luego una sonrisa. —Qué más sabe, acerca de lo relacionado.

—Está en todas partes, en el internet sobre todo. Pero mi pregunta es. ¿Qué tan seguro es..., lo de la señal? —preguntó Louis con una mueca de burla.

—Dígame usted. 1997 de seguro sabe mucho.

— ¿Bloop?—preguntó Louis.

—Bloop—respondió el hombre. —Qué relación tiene con ese relato de ficción, enviado por nuestro invitado.

—Ficción—respondió.

—Ficción, claro. Es lo que creo yo, Louis, pero usted. ¿Qué cree?
—preguntó el hombre con una mirada atosigadora.

Otra turbulencia. Y la sonrisa cargada de nervios con algo de temor de Louis.

—1997, *Latitud 47° 9' Sur, longitud 126° 43' Oeste*. No fueron esos malditos témpanos de hielo, ni pruebas de algún tipo de arma. ¿Eso lo saben?, de seguro. Yo, ante ustedes, soy un ignorante, hasta donde yo sé, se asemejaba a una gran criatura de fondos oceánicos abisales. Se podría decir, que hasta donde tengo conocimiento es sólo la punta de un iceberg. Ni Julio Verne con su "*Nautilus*". Lo sabe, y lo veo en su sonrisa falsa.

—Exacto, Louis. La punta del iceberg. El resto, aquello...—dijo el hombre, se interrumpió y guardó silencio, con su sonrisa falsa, como lo había acusado Louis. —1997, lo que ocurrió le habría hecho mear sus pantalones. De hecho, yo, hubiera meado los míos también, si hubiera estado ahí. Pero ahora como sabemos algo, sólo algo. Digamos que, estoy un poco más preparado para la impresión.

Una luz roja se encendió dentro de la aeronave, y comenzó a girar. La tripulación la miraba con preocupación, y tan pronto habían comenzado a abrocharse los cinturones. No se hizo esperar la voz de la cabina de pilotaje. —Estamos a media hora de llegar, la tormenta se intensifica. Estamos pronto al evento caballeros.

— ¿El evento?, estamos pronto a qué—preguntó con su rostro sudoroso Louis, ya había doblado el mapa y puesto en el bolsillo de su chaqueta.

—1997, repetir 1997 Louis. Usted es un invitado. Un invitado de otro invitado. Hablará si usted se sienta al frente de él.

—Qué invitado.

—Todo a su tiempo, Louis. Todo a su tiempo. Hablando de tiempo, no le es extraño, Diciembre, por estos lados del Sur de América no es invierno, a puertas del verano. Y tenemos una tormenta, que nos patea el culo en cada sacudida de la aeronave.

Louis guardó silencio, y apretó con fuerza el cinturón de seguridad, la nave se movía con olas, potentes ráfagas de viento, mientras la luz roja giraba y disparaba las alertas.

— ¿Leyó La guerra de los mundos de H. G. Wells?, yo también leo mucho Louis.

Con las dos manos crispadas en el cinturón de seguridad y los ojos a punto de escaparse de las cuencas, cada sacudida de la aeronave, su corazón parecía querer salir huyendo por su boca. Louis asintió entre turbulencias de su cerebro y la violenta tormenta como un monstruo de

los avernos insoldables.

—La parte en que, el protagonista ve salir aquel ser marciano del cilindro estrellado en nuestro planeta tierra, ¿se acuerda?, tentáculos y piel viscosa. Es la parte que más creo, cuando leí ese relato, le juro que quede pasmado con el culo en la mano. 1997. Espere y verá. Louis, se lo aseguró, espere y verá.

—Y no olvide las coordenadas—disparó Louis.

—Malditas coincidencias, es un puto misterio. Vaya—exclamó el hombre.

Louis, murmuró. Movi6 sus labios en silencio. Con un poco de dificultad, entre la frondosa barba, una barba que Louis ocultaba con su cabellos largos, su identidad. Ley6 aquellos discretos labios el Hombre.

—*Cthulhu*—le dijo a Louis, luego le regal6 una sonrisa.

La tormenta cada vez más violenta, parecía que se tornaba alrededor de ellos y pegaba bofetadas a la nave. El viento bramaba como una bestia, enmudecía a los rotores. *Cthulhu* pensó Louis, lo mismo en perfecta sincronía pensó el Hombre.

Toc, Toc. 1925.

Capítulo 17

*** _ ***

"Un recuerdo". Año: 1925.

Había tomado carrera calle abajo entre jadeante respiración, y una punzada en mi abdomen. Doblé la esquina en apoyo constante a frías paredes, miré hacia el suelo escarchado, los borbotones de sangre me seguían y mi mano se pintaba con ellas cuando se escurrían de mi herida. Una mano presionada, la derecha para ser exacto, en cambio la otra me servía de ayuda, un apoyo contra esas frías murallas. El cielo pintado de gris, con nubarrones de temperas tormentosas. Un vistazo a ese muerto cielo, una madrugada, un amanecer solitario, los postigos de ventanas cerradas, ocultas a la maldad que se respiraba ahí. Aquí a mí alrededor.

Mi respiración era pesada, era dolorosa, y se intensificaba cuando caí en el intento absurdo e inútil de pedir ayuda. La voz era como una conexión flagelante a la herida, y la sangre entre más salía, mi alma se iba en constante fallecimiento. Otra calle más abajo, luego una intersección. Y antes de llegar a una esquina cuyo nombre no recuerdo. Trastabillé, mis pies perdieron esa energía de supervivencia, y la sangre ya hacía estragos a mis ojos nublados, tan nublados como esas nubes que me observaban desde lejos desde las alturas. Una llovizna comenzó a caer. De espaldas observé al ancho espectro del abandono, la muerte y el cielo en un amanecer desalentador, dejo de esperanza cualquiera y pronto auxilio. Tendría que morir. Para..., renacer de nuevo.

Parecía que todo volvía a repetirse, como aquel año. Aquel año encontrado moribundo en las viejas y desoladas calles de Londres. He vuelto a morir, me decía en desesperación, mientras contaba los pasos silenciosos de la muerte. Sangre también tenía en frente y ese rojo líquido bajaba a mis cejas, a mis ojos. La llovizna limpiaba mi rostro. Pronto nevaría, "*Feliz Navidad Darrel White*", susurré. No había villancicos, no había fiesta para mí. Todo había terminado, aún más me estremecí al escuchar en la lejanía, algo que venía de todas partes, un violín; "*Caprice 24*". Era todo tal cual como la vez pasada en que, tenía que morir para renacer.

— ¡Vamos, rápido! —gritó Arthur Ford, despeinado y frenético. Los gritos de todos inundaban la gran antesala. — ¡Vamos, rápido! —le volví a escuchar en mi aturdimiento.

La casa crujía por completo.

— ¡Vamos, ayudad! —gritó Ford, mientras con violencia en amplío arco arremetía con las gruesas puertas, un hacha que iba arrancando pedazos, astillas y estruendos con fuerza se conectaban con esa maldita puerta que no se habría. — ¡Vamos, ayudad! —gritaba, y parecía la puerta no ceder.

Las hermanas del corazón de dios, gritaban. Una de ellas la más joven, tenía su brazo izquierdo lacerado. La sangre le pintaba su vestimenta de monja y los gritos desesperados de aquellas dos mujeres helaban mi alma. Dios no se encuentra en este lugar hermanas. A Dios le habían tapado la vista. La casa nos ocultaba. Nos encerraba.

—White, despierte—escuché gritar con desesperación al viejo Pittman, detrás de mí. —Darrell, vamos. Tenemos que detener esta locura—le oí al viejo cada vez más lejano, con unos oídos abombados, compases violentos de una hacha, compases macabros de una casa, que con su crujir parecía respirar, parecía rugir a ratos como un monstruo.

—Detener a quién—dije en un murmullo apagado.

Pronto, la puerta cedió. Ante la atónita mirada de Ford, un loco febril, con su rostro descolocado y sudoroso. Se apartó, bajó el hacha, la puerta tan lento basculó en crepitares y chillidos de bisagras oxidadas. Clavó la mirada en mí. Con el dorso de su mano libre del arma, se refregó el sudor de su frente, pero la locura, el terror de aquellos ojos no pudo borrar. Las mujeres enmudecieron.

—No, no moriré aquí—dijo en voz inexpresiva, un tono bajo y apagado. —Señor White—me gritó, levanté mis ojos y por ese breve momento volví a la realidad de las cosas. —Si quiere vivir, icorra! —Y salió en una carrera demencial, atravesó esa puerta y siguió hasta perderse. Subió al carruaje que yacía abandonado, agitó a los caballos, salió a toda velocidad. Las mujeres corrieron tras de él, tras ese carruaje. Ford, les dejó atrás en breve.

—Por el amor a Dios, deténgase—gritaban las dos hermanas del corazón de Dios. El cielo nublado había tapado los ojos de su salvador.

Un estruendo se escuchó arriba de la casona Logan, un estruendo como un trueno amenazante de tormentas. Las mujeres corrían sin mirar hacia atrás, sin mirar lo dejado atrás. La muerte les seguía sus talones. En cambio Ford ya había desaparecido con el negro carruaje. Me parecía ver a la gran Muerte, La Parca, su imagen tan conocida. Ese espectro con capucha negra, "*Grim Reaper*", le veía como una pesadilla. Venía a por ellas, que gritaban desesperadas, pero ¿había esperanza?; "*Toc*" escuché dentro de las paredes de mi cráneo. Ahí viene; "*El Cegador Severo*", les pisaba sus talones, les rasguñaba como un gato se entretiene con el ratón

en el juego previo al asesinato, les rasguñaba a las dos con su guadaña.

Escuchaba; *"Hola querido Darrell White, he venido a buscar a estas señoritas, he venido en busca de cosechar sus almas en el otro mundo, he venido a por todos vosotros. Señor White. Toc, Toc. ¿Todos morirán? Toc, Toc, Señor White."*

Un silbido como lanza que corta el viento, fueron segundos de sorpresa, un pestañar, una mujer había dejado de gritar, era la más adulta de nombre: Anna. Su voz se apagó, ante una lanza que cortaba el viento, un zumbido maligno. Ese estruendo sobre la Casona Logan, luego el zumbido y una fierro como lanza asesina, *"Grim Reaper"*, había atravesado a la mujer, la había dejado de pie, un poco encorvada con los brazos hacia adelante, bajos. De pie, sostenida por una lanza clavada en la tierra, atravesó su tórax en un último gritó moribundo y final. La sangre bajaba, se escurría por su vestimenta. Creo a ver visto esa escena, creo a ver visto sus ojos abiertos e inertes, fuera el alma de su cuerpo, descarnada. Cosechada fuera de este mundo. Creo a ver visto su boca abierta, en la última suplica, mientras la sangre comenzaba a salir por ella. Toc, Toc escuché.

La más joven de nombre: Sophie. Cayó sentada, miró atrás. Gritó con pánico, presa de la locura en una mueca de terror, gritó el nombre. — ¡Anna! —gritó, movía la cabeza en un No.

Miró la salida, miró presa del miedo, y como yo, también le veía congelado. La reja de salida, la gran reja, el gran portón se cerró de un golpe, aquello también golpeo mi corazón y mi estómago en espasmo. Parecía que estuviera también viendo la reja de cerca.

Observé la cadena moverse, fue como una serpiente se mueve en torno a su presa, se cerró en torno a las puertas, en torno a esas oxidadas rejas.

Observé en completa aversión como el candado selló la última esperanza de Sophie.

La mujer se puso en pie. Retomó carrera, y comenzó a trepar por la reja. Mientras yo miraba, atento a las amenazantes puntas, tan filosa de las rejas en las alturas. La hermana Sophie, estaba por pasar, por cruzar y vivir. *"Toc"*, escuché, y abrí mis ojos cuando sus pies parecieron resbalar, no fue un error de ella, algo la jaló. Algo, lo juró. Tomó sus dos pies y la hizo resbalar. Las puntas hicieron el resto, luego entre gritos agónicos, algo ese algo *"El Cegador Severo"*, parece pensé luego *"Toc, Toc"*, presionó con violencia su cuerpo en las rejas. Parecía escuchar *"Callase hermana, he venido por su alma"*. La hermana Sophie en un último grito mezclado con llanto, dejó este mundo.

— ¡White! —gritó detrás de mí, el viejo Pittman. — ¡Hay que hacer algo..., algo con...!—gritó una vez más. Por fin volví, escuché sus gritos, mientras de lejos veía a las mujeres inertes. Di un paso hacia la puerta, la cual con estrepito se cerró. Empuñe mis manos y vi el hacha que había dejado Ford. Tirada sobre viejos tablones.

—Hacer algo..., con...—escuché a Pittman. Algo con, ¿quién?, me pregunté.

— Emily— susurré.

Toc, Toc. 1895.

Capítulo 18

*** _ ***

"Emily". Año: 1925.

Al final, nos tomamos de las manos. La pequeña médium había cerrado sus ojos, había llamado a las hermanas Fox. Arthur Ford pidió silencio, el profesor Gammel asintió, las hermanas Anna y Sophie hicieron lo mismo habían bajado sus rostros temerosos, el viejo Pittman dejó su pipa de lado y el escritor guardó su libreta por un momento. Yo observé.

—Kate, Maggie, Leah. Las necesito—dijo en voz baja. Una fotografía yacía sobre la mesa, una fotografía de las hermanas.

La mesa comenzó a temblar y polvorientos tablones de un piso derruido también. Sentí una corriente, desde mis pies viajaba hasta llegar a mi cabeza. El miedo.

—Las necesito—susurró la pequeña, su voz me hizo sentir escalofríos. Soltó las manos, y cogió la fotografía. La sostuvo fuerte. —Vengan. Pues, yo no puedo ir al lugar en donde se encuentran ustedes.

—Necesito—dijo una vez más, susurrante. Y una brisa gélida nos rodeó.

— ¿Aquí?—preguntó la pequeña, susurrante.

Dos golpes.

Miramos a nuestro alrededor. El frío se intensificaba en oleadas sigilosas.

— ¿Nos ven?—preguntó la pequeña del vestido rojo.

Un golpe.

—Entonces, les ayudaré a ver—susurró. —Desde mí—terminó con voz pesada, casi inaudible.

Sus ojos se abrieron, y su tono de voz cambió, como en un coro de tres mujeres en sincronía.

Nos cubrió la oscuridad, unas velas extinguidas, sopladas por gélidas brisas, como el respirar de miles de espíritus convergidos en esa gran antesala. Ahora ese extraño frío, nos rodeaba, como suaves cortinas transparentes en un delgado paso, tan palpable en nuestras consciencias a otras dimensiones.

Nuestras manos se entrelazaban, temblorosas y frías también. Nos quedamos con el miedo y el bicho de la curiosidad. Oíamos el respirar lento y pausado de la pequeña niña, un arrastre sigiloso de muebles desde todos los rincones de la casona, oíamos pasos también en el segundo piso, parecían pequeños, y corrían en círculo, como niños abstraídos en un juego eterno. La casona nos mostraba sus recuerdos, sus años de vida, y la oscuridad nos mostraba la tragedia que se cernió en aquel lugar.

Los pasos de los pequeños niños dejaron de describir círculos, y corrieron enérgicos por los pasillos de aquella, hasta entonces inexplorada segunda planta, luego fueron sus sonidos aproximándose a la gran escalera. Bajaron por cada escalón, y se sintió tan vivo el crujir de la añeja madera al compás de aquellas pisadas en la oscuridad tan invisible. Pude identificar a tres pequeños, tres sigilosas pisadas contra viejos tablones, nos rodearon y caminaron en círculos, tres vueltas y luego se aproximaron a la posición en donde se encontraba la pequeña niña de vestido rojo, nuestra médium invitada.

—Toma—se escuchó la voz de un niño, tan pequeño y tan frágil su tono quebradizo al hablar, tan agudo a la vez, que parecía ser más la voz de una niña.

—Gracias.

—De nada. Ahora incéndiela.

El sonido raspante, como un rasguño. La cerilla se encendió e iluminó los delgados y pálidos dedos de la pequeña médium, parte de su rostro pálido, como sumergida en un sueño. Aquella mortecina luz la iluminó. Acercó el fuego a una vela puesta en un único candelabro que, ahora yacía sobre la mesa al lado de la fotografía de las tres Fox, al frente de la pequeña. Miré alrededor, algo de luz había, era débil, pero gracias a eso podía ver un reducido rango. No había niños traviesos, ni pequeñas niñas con vocecitas temerosas, pero si aún las pisadas se movían a ratos en nuestro alrededor, pisadas furtivas, con precaución de ser descubiertas. La llama de la vela tintineaba nerviosa como los latidos de un corazón asustado.

— ¿Los han encontrado? —preguntó la pequeña.

Toc.

Luego seguido un coro de tres voces femeninas salieron de esas cuerdas vocales, aquellas dijeron —No, pero buscamos.

— ¿Dónde?, necesitamos saber..., donde buscar—preguntó esta vez la pequeña.

—Buscamos..., ahora... en todo. Menos en los rincones—pausa con una respiración pesada y carrasposa de la niña. —está prohibido.

— ¿Prohibido? —preguntó, seguido de un sentimiento de dolor dibujado con molestia y temor en su rostro. La niña había cerrado sus ojos.

—Por el hombre. Hay perros ahí. Perros como lobos acechantes y hambrientos. En los rincones inferiores y superiores. Esquinas, oscuros como el hollín, con ojos rojos como la sangre y otros amarillos como el fuego de un sol muerto, no tienen forma parece, la oscuridad los esconde. Los esconde en cada ángulo.

—Qué hombre.

—No, no nos dice su nombre.

—Es el dueño.

—No sabemos. Pero los perros nos miran.

—Quédense con nosotros.

—Nos miran, y tienen hambre.

—No vayan..., entonces no se acerquen a los rincones.

—Tienen hambre. Devoran almas.

—Qué son esos animales—preguntó Arthur Ford.

—Son..., (*silencio*)..., de otro lugar—con voz jadeante en coro, tanto las mujeres, como también la pequeña niña.

—Nos comunicamos con; *Kate, Maggie, Leah*—preguntó el profesor; George Gammel.

Toc, Toc.

Un susurro a mis oídos, y pregunté. —Aquellas bestias oscuras, ¿tienen nombre? —luego guardé silencio. La niña había abierto sus ojos, el color azul con tormentas de miedo, me observó un rato en silencio y con respiración jadeante.

Los pasos en la madera añeja y crujiente seguían redondeándonos.

— ¿Está seguro que no está haciendo esas voces?, ha visto la ventriloquia—interrumpió Pittman. Le miré y tenía el rostro desencajado, con los nervios de punta, así lo noté en la forma de sus labios temblorosos. Tan pronto volví la mirada de nuevo a la pequeña niña. Su rostro temía cosas, a alguien o algo.

Toc. Se escuchó desde algún lugar lejano de la casona. Como un mazo contra el acero. Fuerte y claro. Amenazante y molesto.

—Señor Pittman, le pido que guarde silencio. No es el momento—dijo Arthur Ford, con voz precavida.

—Vamos, es una duda que me ha saltado.

—Estamos en medio de una sesión de espiritismo. Las preguntas de ese tipo, antes o después. No ahora.

—Me ha venido ahora.

—Guárdesela entonces, para el final.

—Disculpe, pero qué hay de los golpes. ¿Habrá más personas vivas escondidas jugándonos una?

Toc.

—Ven, ahora acaban de responderme—dijo Pittman con una sonrisa de nerviosismo a piel.

Ford en cambio le pidió silencio.

—Bien, de acuerdo no gente viva, más que nosotros. Pero en estos momentos no estamos solos ¿verdad?

Toc, Toc.

—Por favor. Señor Pittman. Guarde silencio.

—Vamos Ford. Déjeme preguntar; ¿Y la pequeña es ventrílocua?

¡TOC!

Habían sido interrumpidos, ante el único estruendoso golpe contra un acero, aquello retumbo cavernoso y amenazador en toda la casona Logan. Para nada se escuchó lejos, y los pasos a nuestro alrededor, pequeños cesaron de un momento a otro, dieron cabida a una molesta e inquietante calma, tan apagada como la noche más solitaria y sin luna pudiera existir.

—Qué es esto—pregunté, mientras miraba a la pequeña, y luego escruté a mí alrededor. Algo nos rodeaba y no era para nada el temor de un cobarde ante el inexpresivo rostro de la muerte. Algo nos rodeaba. Algo..., tan ominoso como la maldición Logan. Ominoso y antiguo.

—Qué cosa muchacho—preguntó Pittman.

—Esta calma, no es sólo el frío. Es el silencio—dije, y volví con la pregunta a la pequeña. —Qué son esas cosas ocultas en la oscuridad de los rincones de esta casona.

—No presione señor White, con calma—irrumpió Ford.

El frío rosaba nuestras espaldas, traspasaba por nuestros abrigos y se sentía como alfileres o miles de puntas de fino y afilado hielo.

La pequeña me seguía con la mirada, aquellos ojos buscaban, parecía que buscaban en el interior. Rasguñaban con desesperación una pared, aquella que ocultaba mis recuerdos.

— ¿Estas presencias tienen que ver con la maldición? —preguntó Ford, impertérrito, seleccionaba cada una de las palabras en una pausada voz monocorde, mientras su hálito dibujaba **aquel frío incisivo**. — ¿La maldición..., Logan? —insistió.

La quietud volvió cuando Ford terminó de preguntar y ese frío ya era niebla formada a ras del suelo, aquellos viejos y polvorientos tablonos fueron cubiertos por la gris neblina helada.

Ante la pregunta de Arthur Ford, no hubo respuesta alguna.

—Qué son las criaturas—susurré a la pequeña niña, había vuelto con esa pregunta.

—No hay respuesta esta vez señor Ford, parece que los espíritus son algo tímidos—dijo Pittman, luego de alzar su petaca de Whisky. Se inclinó en el

respaldo de la silla.

—Basta, no juegue.

—No juego, tan solo una pregunta.

Los tonos subían por parte de Ford, y el viejo aquel sonreía. La niña no quitaba la vista a mis ojos inquietos de dudas, dudas con algo de fascinación temerosa.

La discusión entre ellos subió algo de tono, cada vez más en incremento.

Nerviosa ella, pareciese temblar de temores con su voz susurrante parecía sólo yo escuchar en el interior de mi cabeza, casi tocaba mi corazón agitado. —Ángulos. Están ahí Sr. White.

—Ford, usted ha llegado primero, puede haber preparado todo esto.

—Todo qué—Ford, movió su silla atrás.

—Este circo.

—Me ofende, y no es un circo. Le sugiero que guarde silencio y aleje el whisky de sus palabras con falta de todo respeto.

—A qué.

—A los que ya no están aquí.

—Vaya. ¿Los muertos?, vaya Ford. Los muertos, muertos están. Salud.

No estoy seguro, pero esas alturas de la discusión, no sé si fueron culpables ellos. La mesa comenzó con un leve temblor, una vibración imperceptible ante la discusión llevada a cabo.

—Y que yo sepa a las hermanas Fox, se les acusa de fraude. Hasta una de ellas confeso.

La molestia de Ford, se le notaba en el color de su rostro. Las hermanas del sagrado corazón de Dios susurraban rezos con la mirada baja.

La vibración de la mesa, ya era notoria para el resto de los integrantes de la sesión. Menos aquellos dos, su discusión no les dejaba ver, y no les dejaba oír lo que venía. Tragedia le llamé.

—Por favor, pequeña. Deben tener nombre—insistí, algo me decía que

debía hacerlo.

—Usted es un estúpido Pittman, ¿lo sabía?

—Ahora me va a golpear. Adelante, ¿golpeará a un viejo decrepito?
—entre preguntas.

La pequeña, irrumpió en mi cabeza. —La casa les provoca, y quiere eso—susurró.

La mesa siguió con su temblor y aquella figura ciclópea llamada "Chutlhu", comenzó a moverse en dirección a la pequeña del vestido rojo carmesí.

Sus labios finos y secos entre temores. —*Tíndalos*—respondió, y su rostro febril fue como un cuchillo a mis terrores.

La discusión cesó de frentón, las mujeres dejaron los rezos y observaron con profunda aversión la figura moverse hasta llegar sobre las fotografías de las hermanas Fox. El escritor en su quietud pasmosa, abrió los ojos de par en par, parecía que sus manos quisieran coger aquella libreta y escribir todo aquello.

La ventriloquía fue desecha al instante. Un instante apabullante, la pequeña profirió un grito desgarrador sin abandonar sus ojos azules de los míos, y unas voces al unísono, miles de ellas surgieron de todas partes, maldiciendo en un bombardeo de improperios a todos los presentes. La mesa parecía querer elevarse. Las hermanas de corazón de Dios abandonaron sus sillas, se alejaron unos cuantos centímetros de la mesa, llevaron sus manos al rostro.

Rostros desencajados, todos. Sin saber, nada. Fríos como tumbas ante los gritos de una pequeña niña, ante las voces cavernosas y amenazantes que venían de todas partes de la casona, ante una mesa que parecía querer despejarse de los viejos tabloncillos polvorientos. Miré hacia el piso, ese manto neblinoso y gris había tapado nuestros pies, el frío venía como olas violentas, mareas amenazantes que sólo nos traían muerte, así lo sentí. Esta vez nos pusimos todos de pie, la pequeña seguía con sus gritos, dejó de mirarme, observó la figura, esta última se elevó, descendió a la mesa con dos golpes violentos, seguidos en perfecta sincronía por dos iguales que venían de un lugar desconocido, golpes contra acero, como un mazo golpea metal incandescente.

Los gritos no cesaban. La mesa se elevó por fin ante la vista atónita de nosotros, ojos aterrorizados y rostros sudorosos, bordeamos la locura insana. Giró en noventa grados en dirección hacia la puerta de salida, que se encontraba cerrada. La pequeña seguía con sus gritos que me partían el alma en pequeños fragmentos, como vidrios puntiagudos que mutilaban el corazón galopante. Sentada ahí, inmóvil ahora con sus manos firmes y

apretadas en los respaldos de una silla de madera agrietada, tan frágil en su estructura de años pasados. La figura ciclópea se elevó por los cielo al igual que, la fotografía de las hermanas Fox, ellas tampoco no mentían me dije a mis adentros, la vela encendida suspendida también había quedado, y su tintinear parecía haberse paralizado, congelado como todos ahí, no movíamos ni un mísero músculo. La mesa pronto fue como estampida contra la puerta, se partió, se hizo añicos, pulverizada con su estruendo, unas patas como proyectiles ante el impacto fueron a parar en los muros de los costados de la antesala. Luego vinieron los pasos, miles de pasos corrían por la segunda planta, corrían alrededor de nosotros acechándonos, "*Tíndalos pensé, perros, bestias de otros mundos, de otras dimensiones*". Silencio abrupto, como un golpe bien dado, llegó de la mano de aquellos objetos suspendidos ante nuestros ojos, sin más fueron al piso, a los tablones, se estrellaron muertos y se perdieron en esa neblina helada. La oscuridad completa nos cubrió.

—Qué mierda fue todo eso, Ford—preguntó el profesor Gammel, un tartamudeo desesperante.

—El señor Pittman se lo puede explicar—escuché en la oscuridad profunda, la voz de Ford, sin altos y bajos. Un tono fuera de la realidad, fuera de este lugar, ausente.

Pittman, no respondió, en cambio oía su respiración jadeante. Podía imaginar su mueca de terror, podía imaginar que veía a la pequeña Emily de pie frente a él, una niña con sardónica sonrisa, con su cabello empapado, y un rostro podrido con las carnes hecha girones, bien muerta con los ojos lechosos, pero de pío al fin y al cabo, sonriente en un caminar tambaleante en dirección al viejo, que había ya meado sus pantalones.

—Aguarden—dijo Ford. Luego se escuchó el trajín de sus bolsillos y con premura el raspaje de una cerilla, una pólvora chispeante en la fricción de una caja de fosforo. Iluminó todo el lugar seguido de una pregunta tan difícil de responder a estas alturas. — ¿Están todos bien? —preguntó. Para nada pensé.

Ante la luz, los rostros atormentados, paralizados. Aquel extraño escritor nos observó como si tomara una fotografía de nuestras caras.

—La pequeña—exclamó unas de las hermanas del sagrado corazón. —No, está.

Me estremecí en ese momento, juro que creí oír su delgada voz invadida por temores ocultos. —*Tíndalos, Cthulhu..., aún la muerte puede morir, Señor White, no olvide.*

La pequeña había desaparecido, y creo haber oído susurrar al viejo

Charles Pittman un nombre y un apellido.

—*Emily Logan*.

Su fantasma. Ha venido a por él.

Capítulo 19

*** _ ***

"Cartas - Pérdidas".

*** V.- ***

Cartas:

731 d. C.

"Lo había escrito con mis ojos cerrados, mi temblorosa mano se movió por si sola en ese papel, un extraño papel de textura rugosa, como si fuese piel. Antiguos demonios era su proceder. Parecía que aquello me miraba, como si tuviera vida propia y por las noches inundadas de estrellas, solía escucharle dentro de mi cabeza, irrumpía mis pensamientos, cuando buscaba paz en mis sueños. Los convertía en pesadillas. Lenguas de serpientes, del árido de desierto de Dahna."

"Fue una noche, caí de espaldas sobre el piso de mi habitación, un lugar frío y lleno de abandonó, desde aquella perdida por un gran desierto en donde vi, mis peores pesadillas. Caí de espaldas, me senté en ese piso sucio, observé con terror, observé con mi alma perdida, y mi corazón que, bordeaba la muerte, ahí sobre la mesa de madera, estaba ese maldito manuscrito escrito por mí, por mi temblorosa mano, mas recuerdos vagos de demonios, que me susurraron la muerte. Luego con asombro observé, rostros horrorosos de criaturas, se formaban grotescos en las paredes, sobre la mesa, sobre ese impío manuscrito. Retrocedí veloz, siempre sentado, siempre con el alma pendida a un fino hilo, filoso y lleno de dolor. Me apoyé a la pared, observé esos relieves, a esos demonios, parecían que sonreían, se burlaban de mí, se burlaban de mi condenada alma. Luego horrorizado salí de aquella habitación. Afuera en un cielo estrellado, en la calma de la noche, cuando todo duerme, los demonios con sus aullidos y chillidos no descansan. Como un rumor de miles de insectos, torturaban mi interior, zumbaban dentro de mi cabeza. Se fundían con mis profundos temores."

"Los días fueron, mis temores en aumento. Temía de todo y todos, miradas furtivas entre la multitud aglomerada por las estrechas calles, ojos amenazantes, no humanos. Huí con el manuscrito atado a mis manos débiles y famélicas, envuelto en mis brazos, entrelazada con mis dados. Fue el pestañeo entre la multitud, una gran sacudida, luego..., me hallaba

en otro lugar, se parecía al maldito desierto, una gran tormenta de arena en la oscuridad de un atardecer iluminado por ese sanguinolento Sol rojo. Entre el vendaval imponente, entre esa enorme esfera roja, una sombra, como un rascacielos, tapado por una cortina semi-transparente, un rascacielos vivo, una figura, en un lento movimiento. Le contemplé, y parecía que fuesen siglos, le contemplé, y parecía también por la eternidad."

"Ph`nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn."

Nota de: Clau Dexter, sobre la carta encontrada: "Fragmento de un mapa al reverso, hacía Ozz; El portal del Conejo, le hemos encontrado".

"Quinto, curioso e enigmático fragmento, encontrado: 43° 58' 45.55" N, 18°10' 45.09" E. – La Colina de Visocica – Bosnia Herzegovina. N. de: Sarajevo".

Capítulo 20

*** _ ***

Año: 2017.

La llamada...

Diciembre 24, 2017. Clave; Louis.

La tormenta enmudecía el sonido de los rotores del **Boeing V-22 Osprey**, la nave se tambaleaba con cada violenta corriente de un viento que, parecía querer barrer con todo a su paso. En las alturas el retumbar de tambores, un ruido monstruoso rasgaba el cielo haciéndole ver las entrañas en cúmulos de rayos, la oscuridad de negras nubes. Parecía haber una gran reunión de monstruosidades en los cielos. En las alturas infinitas, entre los atormentados ojos de Louis, esos ojos castaño claros, rodeados de ojeras y tintes negros de noches de desvelo, culpables pesadillas de un pasado remoto, que a ratos recordaba, los veía como un mero espectador, sentado en una butaca de un cine solitario. Un pasado tan tormentoso como aquel furioso clima. Le arrastraba, le tomaba de sus zapatos. "*Ese no..., aquel no soy yo*", se preguntaba cada vez que, saltaba de la cama, envuelto en sudor. Una escena de alguien, alguien moribundo. "*Quién es*", se preguntaba, "*Quién es, va a morir tirado en la acera*".

—Las cartas, ¿Cuántas han encontrado? —dijo, alzó una tableta y la ponía a la vista del extraño hombre, que le había hecho una invitación obligada, a una cita con alguien o algo.

El hombre no respondió.

— Entre el vendaval imponente, entre esa enorme esfera roja, una sombra, como un rascacielos, tapado por una cortina semi-transparente, un rascacielos vivo, una figura, en un lento movimiento. Le contemplé, y parecía que fuesen siglos, le contemplé, y parecía también por la eternidad—recitó mientras leía con atención un extracto. Luego le mostró aquellas olvidadas escrituras en un idioma desconocido. Eones.

—Sí, Louis. Cartas. Existen. Las he visto—respondió. Los ojos del extraño se debatían en mirar la pantalla de la tableta y los ojos cansados de Louis.

— ¿Dónde? —preguntó en voz alta, interrumpió las palabras del extraño. Los cascos a ratos eran inútiles al retumbar de los tambores en los cielos. Y el miedo punzaba cual aguja siniestra y envenenada, el sacudir como

puños gigantes, el viento contra la nave.

—Las cartas originales, si claro. Existen, están bajo un montón de llaves y cientos de candados. Se les ha estudiado. En su reverso—dijo y dudo seguir, en cambio Louis se pasaba el dorso de su mano por la barbilla, se refregaba su tupida barba. Volvió sus ojos de un loco febril a la pantalla iluminada.

—En su reverso. Louis, creemos que existe un mapa.

Sus ojos se encendieron.

— ¿Aquí? —preguntó.

—Sí, parece ser..., uno de los puntos. Este punto, para ser exacto, se ha traducido como "*La Casa*", pero Louis, aquella traducción está incompleta.

—El hogar—susurró. Levantó la vista. — ¿Y el rumor de los insectos? —preguntó.

— ¿Cómo?

—El rumor...,

—De acuerdo, Louis... ¿se refiere al grimorio?

Louis, asintió. Tan pronto se afirmó a su asiento, una sacudida de las monstruosidades en los cielos tormentosos. —El que todo ha leído—susurró en titubeos.

—"*El árabe loco*"—lo dijo con el gesto entre comillas de sus manos, el extraño hombre.

Los fogonazos no se hicieron esperar, opacaron la luz roja que, giraba con la señal de emergencia dentro del *Boeing V-22 Osprey*, el tronar como cañonazos, parecía que las monstruosidades en la imaginación de Louis, cada vez eran más reales. Ya parecía ver por las ventanillas en las alturas, cientos de criaturas horrorosas y aladas de extrañas formas.

—Parece una batalla librada en los cielos—dijo.

—Louis, quien sabe. A lo mejor es así. Pero no la vemos—dijo, sonrió con la comisura de los labios en un leve temblor. Un sudor frío bajó por su arrugada frente, encallada esa gota por sus gruesas cejas algo colorinas. Sus ojos color castaño, un rostro de edad, una nariz puntiaguda. El hombre extraño le miraba, y temía la verdad, si todo fuera verdad. Si el relato de un escritor fallecido, atormentado, fuese verdad. "*Si la llamada*

de...," fuese verdad. Pensó y a la vez sintió agobió. Las monstruosidades volvían a gruñir por los altos cielos.

"*Estamos por salir de la tormenta..., (interferencias)*", la voz del piloto.

— ¿Cómo está dentro?, quiero decir en el centro de la tormenta.

—Una lluvia, que no deja ver nada alrededor.

Louis, miró por la ventanilla entre tambaleos.

— ¿Despejado?.... no, Dios.

—Para nada, es extraño ¿no?, ahí en el centro no ha parado de llover, imierda!, es increíble. Lo bueno..., no existe viento. Solo una torrencial lluvia. Louis, no coma ansias. Ya lo verá.

*** *El centro...*, ***

Las turbulencias pronto cesaron, dieron paso al compás incesante de torrentes de gotas, en un amasijo de intensa lluvia. Rebotaban ensordecedoras sobre el fuselaje del pájaro alado de metal. Louis en vano intentaba mirar por todas las ventanillas de la nave, la lluvia lo cubría todo. Por más que, agudizó la vista, sus ojos no pudieron divisar nada alrededor. Hasta el momento.

—Pronto llegaremos, ya quedan alrededor de 30 minutos.

— ¿Medía hora? —preguntó en exclamaciones. Mientras las alarmas dejaron de palpar.

—El rango es extenso.

—De acuerdo, qué tanto.

—Para dar cabida a unos tres porta aviones de la marina. Dos en un rodeo por la zona "*CVA porta aviones de ataque*", y al que vamos nosotros, situado al centro de las coordenadas "*CVB gran porta aviones*".

—Sabe, la señal bloop, tiene otras coordenadas específicas, cerca de lo descrito en "*La llamada de Cthulhu*", pero otras al fin y al cabo—dijo, seguido de refregarse la frente sudorosa con una de sus manos.

—Para despistar, el único fin de esa mierda. Louis, para despistar. Las coordenadas, Dios. Son las mismas, exactas a ese relato, que ahora

guarda en su bolsillo.

Louis miró aquel lugar, luego alzó sus ojos de un demente. —Quién es. Dígamelo.

—Quién.

—Él..., ese sujeto, que me ha hecho traer hasta aquí.

El extraño hombre se encogió de hombros. —No lo sabemos con exactitud, pero...,

—Claro siempre hay un..., "*pero*". En todo esto, ¿verdad?, vamos. Es increíble lo que me dijo en ese instante que, me localizó. Es igual a 1997.

—No envejece. Es uno de los, "*peros*".

—Cuantos más.

—Le conoce muy bien, Louis. Y su mirada sí que, pone la piel de una maldita gallina—dijo, el hombre guardó silencio.

—25 minutos....,

— ¿Perdón?

—Los minutos que, deben quedar ahora, 25 y contando.

El extraño hombre sonrió.

En realidad, ahí afuera la lluvia no dejaba entrever nada, y el mar lucía agitado, un sin número de olas espumosas se elevaban a ratos con rapidez, se movían con violencia como si algo también se moviese en las profundidades, en los fondos abisales. Monstruosidades tal vez.

Capítulo 21

*** _ ***

Año: 2017.

La llamada...

Diciembre 24, 2017. Clave; Louis. – A las orillas...

¿Cuál será la verdad?, Si la verdad nos hace libres, ¿por qué seguimos encadenados...? Los grilletes regalan llagas, y la verdad es que seguimos atados.

Clave; Iloca.

Los viejos sentados, frente la costa. Hundidos en la arena, en un morro. Veían... un clima enrarecido, sentían en sus arrugados rostros el viento silbar. Tan helado, la humedad fría, con unas discretas gotas de una tímida llovizna. Rondaban los 60 a 63 años, miraban con atención, uno más distraído que el otro. Se preparaba su querida medicina, su llamada medicina, que le pateaba el culo al cáncer *–así solía decirlo con rabia, cada vez que, alguien le gritaba viejo adicto...*

—He, viejo idiota..., deja la hierba de lado. Y vamos, están...

—Es un último..., (*cof, cof, cof*).

— ¿Pitillo?

—El frío de mierda, no siento mis manos.

—Un hermoso verano, ¿ha?

El viejo llevaba razón era verano, sin embargo la playa lucía con un tono gris, cubierta en nubes. La costa de una aldea costera. Iloca su nombre, ubicada en la comuna de Licantén, Provincia de Curicó. Las aves huían despavoridas de la zona, en bandadas enormes, cubrían los vastos cielos nubosos y grises, mientras el viento se alzaba imponente. La patrulla costera, llamaba a la precaución, y en definitiva abandonar la costa, mantenerse alejado de la zona, ante el alzamiento de marejadas. A lo

lejos también una nave militar sobrevolaba la playa.

—Parece, no habrá pesca... hoy.

—Y, a quién diablos le importa (*cof, cof*) la pesa ahora.

—Dame los binoculares...

— ¿Cuáles?

—Los que, llevas puesto de collar. Venga ya anciano, no será mucho. Deja hierba, para ma' rato. La noche será helada.

—Tres años menor, y te crees joven. A la mierda.

En la distancia, en donde el cielo corta con el mar, grandes olas, subían amenazadoras, en un ir y venir vertiginoso. Ese día fue extraño, para los habitantes de la aldea de Iloca. Hace años, que no se presentaba un evento así. Una playa llena de cadáveres; peces, criaturas marinas aparecieron de madrugada. Sin vida esparcidos a todo lo largo de la zona costera, alguno que otro agonizante a segundos de fenecer.

—De acuerdo, Carlos. Ahí... ten, y dime qué vez a parte de los marineritos corriendo a todos de la playa—el viejo dejó el pitillo ya preparado a un lado, y pasó los binoculares a Carlos, el más joven y no menos viejo. Luego tan pronto tapó su blanca y escasa cabellera, con un grueso gorro de lana. El otro joven viejo hizo lo mismo, enseguida comenzó a observar de pie y con los artefactos en dirección al borde costero.

—Y qué vez, Carlos—dijo mientras encendía el pitillo. — ¿Algo en especial?

—Nada aún, pero lo especial sería lo extraño.

El viejo le miró con una mueca de no entender nada, bajó la mirada y se dispuso a lo suyo..., (*cof, cof, cof*) tocio después de haber aspirado profundo.

—Especial, es lo que estoy fumando.... Viejo estúpido—movía su trompa mientras aspiraba, sus blancos bigotes hacían el mismo movimiento. Sus ojos hundidos, se ocultaban aún más, entre las cuencas de un rostro delgado.

Carlos giró, miró al viejo que, mitigaba su cáncer, le pateaba el culo según él. Buscó su abrigo, que estaba tendido en la arena.

—Hace frío viejo. Elías, estas más viejo, que yo lo recuerdas.

—Sí, claro, pero no más estúpido.

Carlos sonrió.

—A ese paso, con tanto pitillo, lo olvidarás pronto..., hasta tu nombre—dijo y volvió a observar con sus binoculares.

—No importa, hay cosas, que algunos deseamos olvidar. Carlos, lo sabes—dijo entre la toz, observó el humo, una delgada silueta que se escapaba, se consumía tan lento el pitillo, se desvanecía poco a poco; "como él" pensó. A lo mejor se consumía sus recuerdos, "qué más da, así es mejor", pensó.

—Magdalena, lo sé viejo. Lo lamento, ella ya no está entre nosotros—dijo, a la vez bajó los binoculares. Una lágrima corrió sobre su mejilla. —Elías, viejo estúpido... (*Sonrió con algo de pena*), dame un poco de ese "patea culos de canceres malditos".

Elías, escupió un poco de hierba al costado en donde se encontraba sentado. Pasó el pitillo a las manos de su amigo. —Sabes, odio el frío. Como lo odio. Con todo mi corazón. Odio el frío, es un hijo de perra.

—Lo sé Elías. Ese último invierno..., Magdalena, tu esposa.

—Sí, su último invierno—no lo olvidó.

— ¿Quieres olvidar? —preguntó, Carlos. Le mostró el pitillo aspiró y volvió a mostrárselo. —A parte de patearle el culo al cáncer, pretendes usarlo, para olvidar.

—El frío es mortal, Carlos. Es mortal ese condenado hijo...

—Más aún, si vives en la calle.

Los viejos bajaron la mirada, como en un minuto de silencio. A lo lejos se escuchaba a la marina; "*Favor abandonen el área..., alerta de marejadas*".

Un zumbido por los cielos, lo más alto. Carlos dirigió la vista al punto, cogió los binoculares sin antes pasarle el pitillo, el mal llamado; "*olvida recuerdos desagradables y pateador de culos cancerígenos*" a Elías. Este último masculló un "*muérete invierno...*", el invierno no muere, pero mata gente, más aún a aquellos sin hogares, mata Magdalenas en las frías aceras de noches congeladas, escarchadas. Se lleva a todos, se los lleva en los sueños, en las calles, sobre esas frías aceras, que ni una cama de cartón puede contra eso. La bendita muerte tiene mucho trabajo, por las

noches de invierno.

—Mierda, esa aeronave no es nuestra.

— ¿Y cómo estas tan seguro?

—Lo sé, el Loco Richard, ese loco que algún día voló. No como lo haces tú viejo. Pero voló.

—Sí—dijo, luego se hundió en sus pensamientos. Otra fumada.

Carlos, observó el vuelo con los binoculares. Apuntó. —Elías, convídame otra fumada—dijo, su rostro lo tapaba los enormes binoculares. Solo su barba gris se veía.

—Estoy pensando...

—He, deja los pensamientos un rato de lado. Este tiene pinta de ser una aeronave gringa. Será mejor que nos vayamos de aquí, Elías. ¿Elías?

No hubo respuesta del viejo.

— ¡He!, viejo estúpido, ¿para dónde vas con tanta prisa?

El viejo, se había puesto su vieja, apolillada chaqueta, y caminó a paso raudo hacia la costa, se adentró en la arena que, le hundía sus pisadas. Miró sobre su espalda, le dirigió sus ojos traviosos, ya puestos por la hierba. Había comprado el ticket a un tren volador, puesto y listo.

—Esto no es nuevo, Carlos. ¿Te acuerdas?, no es nuevo—dijo y sonrió.

—Viejo detente, nos correrán a patadas de aquí si nos pillan.

—Vamos, por lo menos digamos gracias a ese loco. Richard, gracias por tu regalo—miró al cielo. —Buenos binoculares ¿no?, Tú eres más estúpido que yo, y parece que has olvidado.

Carlos lo siguió y lo agarró del brazo.

—Qué, viejo estas desvariando.

—No, para nada..., para nada—sollozó, su rostro era la imagen adolorida de un corazón compungido. —A Magdalena no la he olvidado, jamás la olvidaría. Mi viejita, está su rostro grabado en mi corazón—corrió una lágrima.

—Dime viejo, qué es lo que recuerdas.

El zumbido de un helicóptero de la marina, enmudeció por unos segundos a los viejos. Mientras el bullicio de los jóvenes, pifiaban la corrida de la marina.

—Fue en el año mil..., —espera.

—Vamos sácalo ya. Escupe el año.

El viejo fumo profundo, como si eso le ayudará.

— ¡He, que no era la hierba, para olvidar!

—Depende de cómo se miré—el viejo Elías sonrió. —Mil novecientos...,—frunció el ceño en un gran esfuerzo, buscaba. Retrocedía como en quien busca en un reproductor de video, pero para el viejo Elías; sería una cinta magnética o tal vez un viejo vinilo. Su cerebro se encontraba digamos ya "*algo drogado*".

Sonrió. —Mil novecientos noventa..., (*una pausa, fumó seguido de; cof, cof, cof*) y siete. ¿Lo pillas?

1997, sí. Ese era... Ese era el año, y a Carlos se le iluminó su rostro, le quitó de las manos el pitillo de marihuana al viejo Elías.

Aspiró profundo, sin quitar la vista al viejo loco. —Estamos viejos, y las neuronas acabadas, pero no olvido. No olvidaría, nos trataron de locos, alcohólicos.

—Putos hippies—el viejo Elías rió a todo pulmón entre la toz. —O algo así por... vamos me gusta; *Led Zeppelin*. Y nos trataron de putos hippies volados. Sé lo que vi, Carlos—repetía con su rostro rejuvenecido, añoraba aventuras, añoraba también a Magdalena, el viejo ya estaba puesto con su medicina. Sentía que, le estaba dando de patadas en el culo al cáncer, pero no lo olvidaba, eso era más difícil, mucho..., imposible pensó.
—Magdalena—suspiró.

—Lo vimos, viejo. Sabemos.

—Entonces, ¿qué piensas hacer ahora?, parece que se repite.

—Irnos, lo más rápido de este lugar.

Carlos giró, caminó lejos de la costa, tomó su mochila.

Elías le gritaba. — ¡Cobarde!

—No es eso...

—Sí, qué más puede ser.

— ¡Somos unos volados!, no lo recuerdas—respondió en un gesto de negación con su mano derecha. —No, no, no..., nada de esto los crearán, nada de esto. Elías, será como aquella vez.

— ¿Y?, recuerda ya estamos acabados. Además tenemos linternas, y una vieja buena cámara fotográfica del viejo estúpido de Richard. Que Dios lo guardé en su Santo Reino—dijo y se persignó. —Buen regalo, ¿he?... nos hizo ese viejo aviador.

—Elías..., que no fue un regalo.

—El viejo ya estaba congelado..., muerto por el puto invierno.

—Sí, pero eso fue más un robo.

—Siempre quiso regalárnoslo, todos sus artilugios. Era la oportunidad..., es más debe estar contento en el cielo. Sabe que, haremos bien en usarlos.

Carlos se encogió de hombros.

Caminó de nuevo a la costa, caminó hacia su amigo Elías, le observó sus ojos dilatados, observó sus incontables arrugas. Eran un poco más, que las que tenía él, dibujadas en su rostro.

—A la mierda la guardia costera. Ya estamos acabados—dijo y luego sonrió.

De ambos largos abrigos, cada uno sacó su petaca. Un regalo de su gran amigo, ese viejo loco; Richard, muerto, congelado por el invierno.

—Salud—dijeron, y brindaron.

—Por Richard—dijo, Carlos.

Silencio del viejo Elías.

—Por Magdalena—con voz dolida.

—Sí, viejo estúpido. Por Ella.

Bebieron entre ráfagas de viento, en una atardecer extraño. Como aquella vez, como aquel año. El bullicio de la guarda costera, helicópteros sobrevolando el área a los lejos, y una cielo gris de tormentas fuera de estación. Y además...

Carlos, cogió los binoculares, observó la costa, observó aquellas olas. Se percató, que como aquel año, la niebla tan densa y gris volvía como un muro siniestro, se veía a kilómetros de distancia. Y entre ellas, con dudas, temores, observó. Algo se movía, muchas formas extrañas. Entre la densa niebla, se encontraba aún en lo profundo del océano. Los binoculares eran excelentes. Observó con detenimiento, ese muro de neblina, cubría todo el ancho espectro del mar, toda la costa como un manto se cierne discreto y con lentitud. Se llevó el pitillo de hierba, y la sorpresa le hizo toser un poco, algo, sí. Estaba seguro de algo, las monstruosidades, cientos de ellas parecían moverse, escondidas entre la niebla, avanzaban tan lento, furtivas al borde costero, todo ese gran borde. Se movían oscuras, sigilosas. Alcanzó a divisar una forma, parecía un tentáculo.

La niebla seguía su curso, entre ráfagas de viento, una llovizna y las alertas de la marina de abandonar la zona. Los viejos no lo harían, se quedarían ahí, para ellos, para el resto de la aldea de Iloca, ya estaban acabados. Lo harían por eso, lo harían como su último deseo, como el último de deseo del avejentado loco de nombre; Richard. Lo harían, y con la ayuda de su fascinante herencia, toda para ellos. Y por Magdalena, el viejo Elías la quería ver. Tal vez la vería pronto. Tal vez sería el día, la hora, la noche, tenía ese cosquilleo, quería verla tenía su oportunidad. De seguro.

Carlos bajó los binoculares, quedó con la imagen de las monstruosidades tentaculares, que se movían siniestras y furtivas. Escondidas en la densa neblina.

—He viejo estúpido, ¿Qué has visto?, ¿al diablo? —preguntó entre risas de un alucinado, por la bendita hierba. Elías comenzó a prepararse otro pitillo. También quería ese ticket por un rato en el tren que vuela alto.

El no tan viejo; Carlos, se encogió de hombros. El viejo arrugado en cambio pasó su lengua por el papelillo.

—Nada, no he visto nada—respondió, pensó que tal vez fuese el efecto de la hierba. Pero no lo creía.

—Recuerda, ya estamos acabados.

Ya lo estamos pensó, Carlos. Las monstruosidades entre la niebla, también lo saben. Sus tentáculos nos quieren.

Toc, Toc.

Capítulo 22

*** _ ***

Año: 2017.

La llamada...

Diciembre 24, 2017. Clave; Louis.

Por fin habían cesado las turbulencias. Sin embargo el corazón agitado de Louis, parecía no poder volver a un estado normal. El tiempo había transcurrido lento, pero ahora a pesar de la tupida lluvia, podía ver a donde era su destino, a lo lejos un gran porta aviones le esperaba y las aguas turbulentas, que a pesar del gran armatoste flotante, se mecía de un lado para otro. Le aguardaba en una espera agobiante a punto de llegar a su fin. Sin poder entender el por qué, quien le quería ahí, "*¿era tan importante?*" pensó, que fueron a buscarlo en todos los rincones del planeta. Ocultarse ya no servía. Luego observó el rostro de preocupación del hombre extraño, le transmitía ese temor punzante. Parecía un rostro de – "*Cielos, la hemos cagado..., desde luego campeón y de forma olímpica*". Dejado sus pensamientos de lado, Louis volvió a observar a su destino.

— ¿No es por las filtraciones de videos acerca de la señal *Bloop* y platos voladores? —preguntó, mientras miraba absorto por la ventanilla. Miraba la fuerte lluvia y el imponente porta aviones.

—Descuide, qué ha dicho.

— ¿No es por los videos filtrados de *bloop* y ovnis?, verdad, que no es por eso.

—Bueno, como buen ex funcionario de la *NOAA*. Nos cabreo bastante, las filtraciones de lo que..., hacíamos en el polo sur. Usted bien sabe.

—No. Lo siento, pero no lo sé. Qué les cabreo más.

El hombre no respondió.

"*Estamos a menos de 5 minutos de aterrizar*" – Recitó el piloto, aparte de abrocharse el cinturón, y que los pasajeros tomaran las debidas precauciones.

Louis, bajó la mirada. —Quién es este sujeto—preguntó.

—No lo sabemos con certeza, pero tenemos pruebas.

—No envejece, esa es una de ellas. Increíble, ¿No?

—Créame, son muchas más..., "*las increíbles*" (cerró comillas con sus dedos). La historia de este sujeto no queda en una simple... tal vez, digamos excesiva longevidad.

— ¿Inmortalidad?

El hombre sonrió. Tan leve, pero lo hizo.

—Dominick Bennigton, Profesor de Física—dijo, y luego le tendió la mano.

Louis la estrechó.

El profesor Dominick, llamó por medio del casco al piloto del *Boeing V-22 Osprey*, después de apretar unos botones. Solicitó 15 minutos de detención, debía aclarar ciertas cosas con el invitado. La respuesta fue inmediata. —Afirmativo, Profesor.

Respiró hondo..., luego suspiró y sacó de su bolsillo un chicle de menta. Sin antes ofrecerle uno a Louis, este último se negó. Los nervios del profesor Bennigton, eran delatados por ese leve temblor en su ojo izquierdo.

—Atiéndame bien, Louis. No lo repetiré una segunda vez.

—Escucho.

"1997, de la nada se disparó por un tiempo seguido la señal denominada..., bueno usted ya sabe. Bueno, que saltaron las alertas y todas las miles de conjeturas, que vinieron... enseguida, y otras con el pasar de los años. Lo importante, Louis..., fue lo que vimos".

Al profesor Dominick, su rostro cambio. Pétreo, unos ojos ausentes, escudriñaba en ese pasado. Parecía más viejo de lo que se veía. Parecía como si lo años le cogieran, le dieran a palos en su cuerpo.

"Como hoy, nos movimos, todos a este punto. La tormenta aquella, fuerte y enrarecida, era igual. Como si de un insidioso deja vu se tratase, daba mala espina en ese momento, una oscura corazonada, Louis. Vaya que lo era".

— ¿Una corazonada como ahora profesor, Dominick?

El profesor no respondió. Pero, aquel silencio daba una impresión de algo. Aún peor.

“Clau Dexter, no paraba en ese entonces de reproducir ese sonido con sus audífonos, recuerdo que, él..., le nombró; *“La Llamada”*. Esa vez nos movimos en barcos, grandes barcos y un despliegue muy *“Clasificado”*. Lo curioso de todo eso, Louis. Es que..., (*Guardó silencio, escarbaba en sus recuerdos y el temor a floraba en cada mínimo gesto que hacía*). La tormenta, parecía estar suspendida, algo raro ¿no?, ¿me explico de buena forma?”.

Louis, asintió.

“Con el Profesor Clau Dexter, observamos atentos, que a pesar de ese mar agitado. La tormenta se movía vertiginosa sobre nuestras cabezas. Era imposible, que una aeronave alzara un vuelo con eso. Sacábamos conclusiones apresuradas, y a la vez increíbles de creer, para el personal militar era aún peor. Makensy y Kincaid ahora ya viejos testarudos no creían aquellas fantásticas elucubraciones de unas mentes llenas de conjeturas, divagábamos en lo increíble. Nuestros jóvenes ojos contemplaban con tanto asombro”.

“Clau, luego de explicar, que todo eso parecía un maldito portal. En donde el origen era desde los cielos, como un tubo abriendo las entrañas de los mares abisales. Ese loco de ciencias y físicas. Luego de soltar toda esa verborrea febril, volvía a tomar sus audífonos gigantes, que parecían taparle toda la cabeza. Se arrojaba tan enfermizo a reproducir casi como una obsesión; *“La Llamada”*. Mientras en todo el lugar las luces de emergencia estaban ya encendidas”.

— ¿La Llamada..., Cómo el título del relato, que ahora guardo en mi bolsillo?

Dominick Bennigton, esbozó una sonrisa. Como si retrocediera en el tiempo.

“Para Clau Dexter, que además de ser un físico deschavetado. Sabía muy bien de idiomas..., antiquísimos idiomas, tan perdidos. Lenguas muertas, así las llamaba él. Muertas, que...”

—Que parecían vivas—acotó, Louis.

Un tirón de la nave, y las luces rojas por momentos querían volver. Así les pareció. Louis y El Profesor Dominick, alzaron con temores la vista.

“Sí, parecían más vivas que nunca. Aquella señal más conocida como; *Bloop*. Para Clau, era más bien un lenguaje. Un lenguaje tal vez decodificado. Una voz, un mensaje en esa desconocida lengua muerta”.

—Una llamada.

“De algo...,”

—O de alguien.

“Imposible de reproducir con nuestras básicas o primitivas cuerdas vocales. Clau Dexter así lo creía. Como si esa lengua perdida en los evos. Pudiera abrir puertas a otros mundos”.

—Otras dimensiones.

“Yo no lo creía. Pero Clau..., estaba obsesionado con la idea. Ese loco, creo..., que llevaba tatuado en el pecho o en el culo (*Dominick volvió con una sonrisa tímida, nerviosa*), ese nombre; *H. P. Lovecraft*. Decía, que ese escritor sabía cosas, que el transcurrir de los años; la ciencia y descubrimientos revelarían. Daría razón a ello”.

—Pero, ¿Qué cree usted, Profesor?

“He dicho; Yo no lo creía. Hasta que llegamos al punto cero. Ese lugar. El origen, el conocido; *The Bloop*. El origen de...,”

—“*La Llamada*” —terminó la frase Louis, con un tono de voz monocorde. Podía leer los pensamientos del Profesor. Parecía que lo hacía. —Qué vieron ahí, Profesor Bennigton. Sus manos temblorosas lo delatan.

“El hombre frío de mente, puede soportar cosas. Horribles cosas. Ese lugar era una carnicería. Todo animal marino, toda especie acuática estaba reunida en torno a ese lugar. Muertos, cadáveres formaban un inmenso manto, miles..., incontables entre la sangre. El vasto mar teñido de rojo, en una espesa y horrible mezcla, que ni la fuerte lluvia podía limpiar. Aquello tan dantesco, superaba el límite de frialdad. La muerte estaba ahí en todo su esplendor, un macabro cuadro, como una pintura del infierno”.

—Pero, ahí no había sólo cadáveres regados. ¿Verdad?

El viejo Dominick, bajó la mirada.

“*Louis. Entonces..., le encontramos..., a Él*” —su voz tembló con la última palabra. Al Profesor, en su rostro formó una mueca de miedo. Su alma desfallecía ante tales recuerdos. Como una planta se seca en fases

aceleradas, hasta fenecer tan café, tan oscura. Muerta al fin y al cabo.

“Estaba ese hombre ahí, de pie. Nos miraba.”

“Kincaid, nos avisó por radio. Cogimos nuestros binoculares, salimos al exterior. Afuera era increíble, en segundos quedamos empapados por la lluvia”.

—Es..., impo.

“Imposible, Louis. Claro que lo es. Lo era. Pero deberías haberlo visto. Dirigí la vista al punto indicado por ese militar de Kincaid. Entre cientos de ballenas, y orcas muertas, bañadas en sangre. Un hombre, sin atisbo de expresión en su rostro, como una piedra. Nos miró. Sin sonrisa aún, con los ojos hundidos y ojerosos, pero con tanta maldad. Estaba de pie. Louis, era increíble. Ese tipo estaba de pie, arriba del cadáver de una ballena blanca, con ese contraste sanguinolento, rodeado de incontables especies marinas muertas, en un océano rojo. Su rostro manchado en sangre. Nos sonrió y parecía ser un maldito demonio..., ese hijo de perra. Fue una sonrisa, ¿sabes?, diferente. Lo vez, y tu alma quiere arrancar, estar lo más lejos posible del lugar. Un rostro pintado en sangre, con una sonrisa a dientes destellantes, una figura rara. Aquello no era un ser humano, Louis. Lo juro, cuando sonrió, aquello era algo más. Algo, que a pesar de parecer un hombre, no lo era. Demasiada oscuridad en tan sólo una simple sonrisa”.

—Qué pasó, después de esa presentación. Profesor.

“Respiró profundo con los ojos cerrados, levantó el rostro al cielo. Dejó que la lluvia le limpiara la sangre, un rostro pálido se empezó a divisar, blanco y frío. Tenía el cabello largo, como usted. Pero no tan desaliñado. Y vestía ropas fuera de este tiempo, un pasado...”.

Louis, intento sonreír. No pudo.

“Clau Dexter, recuerdo que..., me preguntó. —He, Dominick. Parece salido de un relato de Lovecraft. Qué año le das con esa vestimenta, he..., 1800 y algo—me preguntó, entre tartamudeos. Yo guardé silencio. Parecía, que aquello se podía meter en tu cabeza, y hablar desde ahí dentro. Repetía algo, un nombre..., (*silencio*). Un nombre y luego difícil de entender... un; No está.... Luego un ruido molesto, como un rumor de insectos”.

—El árabe loco. Profesor. Dígame. Qué nombre.

El Profesor guardó su voz por unos segundos, el viento jugaba a ratos con la aeronave.

“No. Louis. Sería, vamos ya demasiado. No, imposible. Pero ese rumor molestaba dentro de mi cabeza. Es más al loco de Clau Dexter, también lo sintió. Exclamo entre cabreo —Qué es esa mierda de ruido”.

“Clau, había terminado de quejarse. Y escuché de ese..., algo, que no era un hombre. Pero lo parecía. —Con vosotros—luego, comenzó el andar, erguido. Caminó sin entorpecer sus pasos. Ese tipo, Louis. Caminaba sobre las pilas de cadáveres que alfombraban el océano. Su ropa empapada, y su rostro ya limpio de la sangre. No me creerás, pero la gran mayoría de la tripulación entre ellos más de un sesenta por ciento militares, quien sabe a lo mejor sobre el ochenta, estaban apostados en los bordes del navío. Observaban con binoculares, catalejos. Comenzaron a tontear, con temor en sus movimientos y sus rostros a retroceder. Tan lento, como aquel demonio de forma humana se movía. Huyeron con terror de los bordes. Buscaron resguardo lejos, como si huyeran de una gran ola, de una gran boca, que estaba a punto de engullirlos”.

... Una turbulencia en el vuelo.

“Entonces. Louis, aquella cosa no-humana subió al barco, trepó como una asquerosa araña con movimientos tan ágiles e irregulares, como un criatura, como algo que me produjo terror. Se movía de forma grotesca, su humanidad no existía, Louis. Miré de soslayo a Clau Dexter, ese loco retrocedió un tanto a mis espaldas. Le podía ver, había bajado su binocular al igual que yo. —Mojé mis pantalones, los he mojado Dom. Estoy que me cago de miedo—se llevó las manos temblorosas al rostro. Y con esa mueca ya tan desfigurada, repetía una y otra vez. —Es la llamada. Es la llamada. Dominick, es la llamada”.

— ¿Alguien, abrió fuego?

“No, y el motivo. *TERROR*”.

— ¿Hasta..., dónde llegó?

“A metros de donde estábamos nosotros, nos miró..., estaba de pie en ese inmenso navío. El terreno era amplio y todo mojado. La lluvia barría con todo. Nos miró sin expresión. Su maldita y molesta sonrisa volvió de nuevo a dibujar. Louis, en este punto no sabía qué hacer, mi mente parecía fracturada. Dolía hasta respirar. Y ese rumor parecía..., que me iba a volver loco. Movié sus labios, pero le escuchaba en el interior de mi cabeza, era como ver una pantalla en mute, y con audífonos puestos, clavados en cada oído. Dijo por segunda vez un nombre...”

— ¿Nombre?, ¿Qué nombre Profesor?

“..., fue imposible escucharlo, pero mi mente me decía que, era un nombre el que pronunció. ¿Me entiendes?, lo sabes aunque no lo hayas

escuchado..., luego el ruido del metal retorciéndose. Un oleaje violento, un océano embravecido. Levantó el navío y nos hizo caer. Clau y yo, nos estrellamos contra el piso mojado, las olas nos sacudieron. Pero a Él o *ESO...*, no. Era inmutable, inamovible. Nos miró, sonrió y borró toda sonrisa, borró expresión alguna. De pie, parecía mirar con desprecio, mientras intentábamos sin existir alguno ponernos de pie. Las alertas se dispararon, y luego volvió a hablar. Esta vez, parecía que le costaba. Se notaba agotado, se notaba a la vez molestó. Nos despreciaba, Louis. Era claro, despreciaba a toda la humanidad, así lo creí, así lo entendía en mi mente. Era más que una simple corazonada. Nos despreciaba. Con ese tono de voz dijo...,”

—Profesor, hable.

Silencio.

—Vuelva aquí. Profesor.

“Dijo —**Logan**— Y..., luego la lluvia, la oscuridad y la tormenta lo hizo desaparecer”.

— ¿Y, qué tengo que ver en toda esta mierda?, además de filtrar videos... “*Clasificados*”.

—No..., lo sé. Louis. Pero le quiere a Usted—balbuceó.

—Y no..., es nada bueno.

—No lo sabemos todo. Louis. Pero...,

—Siempre un pero. Vamos, por qué..., tanto temor. ¡Una puta bomba nuclear y acaban con *ESO!*

—No están simple. Louis. Hemos visto lo que pasará. Y tan sólo quiere dialogar. Dice que, necesita dejar.... Es como un simple trato.

— ¿Mensaje?

—Está lejos de nuestra comprensión. Pero hemos accedido. Debido... de lo contrario.

— ¿Qué?

—Louis, como ese año; 1997. Cuando parecía que, hablaba dentro de nuestras mentes. Esta vez fue más allá. En conjunto, hemos visto una imagen del futuro.

—Dígame, Dominick. Qué han visto.

—La nada..., El vacío.

Capítulo 23

*** _ ***

Año: 2017.

Louis

—No hay modo de escapar de eso. ¿Verdad, Profesor?

El viejo Dominick Bennington, movió su cabeza en un lento "NO". Una fría negación.

Louis, comenzó a oír bajos susurros. Como leves rumores de algo. Para él estaba claro, no había vuelta atrás. No existía modo de escapar. Es "*La Llamada*", lo pensó..., y aquel pensamiento parecía no venir de su mente. Alguien más se lo decía, no era el recuerdo de la voz de un Clau Dexter febril y obsesionado. Era algo. Si un algo le susurraba. Ya lo sabía. Y no le importó que, en ese momento tan extraño de susurrantes mandatos, el Profesor Dominick le apuntará con un arma a la altura de su estómago, los dos sentados se miraban, sin expresión. Como en un juego de póker. Estaba claro, Dominick, ese viejo lo había visto. Había visto el futuro, y no le importaba llevar a un animal al matadero. Él, había visto la nada y con eso era suficiente para salvar su culo, su vida y al mundo entero de paso.

—No es necesario, baje el arma señor Bennington. Entiendo..., algo me dice que debo hacerlo.

—Hijo, no es el momento de pensar, que usted me dice la verdad.

Seguido de hablarle a Louis, indicó al piloto aterrizar. La nave hizo un leve movimiento de subida y bajada. Comenzó a moverse.

—Sólo quiero que esto termine, lo más pronto posible. Y luego irme a casa, quedarme al lado de mi esposa. Y olvidar todo. Ya estoy viejo, para esto.

—Lo mismo digo Profesor. Quiero que esto termine rápido. La diferencia mía, es que a lo mejor yo no vuelva a ver este mundo de vuelta. No hay segundas oportunidades. A parte no tengo a nadie que me espera.

El viejo sonrió.

—Lo de los videos filtrados del polo Sur, sí que nos cabreo—dijo con una sonrisa afable.

—Lo sabía. ¿Y, qué me dice profesor? —preguntó, devolviéndole la sonrisa.

— ¡Tekeli-li!, es lo que diría Clau—respondió. Luego bajó el arma y la guardó en la chaqueta.

Capítulo 24

*** _ ***

Año: 2017 - 1925.

Louis

El *Boeing V-22 Osprey*, por fin aterrizó. Parecía pesado. Un gran armatoste, cansado de volar. Louis, también se sentía pesado, cansado. Sus huesos le hundían cada vez más. Era momento de iniciar el descenso. Se levantaron de los incómodos asientos, dejaron los cascos a un lado. La lluvia afuera era un monzón colérico.

—Necesita un paraguas, Louis—dijo, el profesor Bennington. Mientras le ofrecía uno.

—No, no es necesario, no le hagamos perder tiempo a nuestro invitado.

El viejo asintió.

Afuera le esperaba un sin número de militares, entre ellos; Clau Dexter, la mirada de un loco febril destacable de larga barba. Louis, lo reconoció. Sabía a primeras, quien era.

—¿El viejo Clau...?—le preguntó a Dominick, mientras descendían de *V-22 Osprey*.

—Exacto, el viejo Clau.

A Louis, le vasto poner un solo pie en ese piso tan húmedo del porta-aviones, para sentir, que su cuerpo se volvía jalea. Las figuras del entorno se desfiguraron a su alrededor, y las voces parecía oírlas alejarse tan rápido como su cuerpo se precipitó al piso mojado. Antes de caer, sintió un fuerte dolor en el abdomen, como si alguien le hubiese disparado, pero no había herida, no existía sangre que, saliera y manchara sus ropas, que las veía en tan poco tiempo mojadas. Tampoco había existido algún ruido de un arma al percutir un tiro.

Su cuerpo empapado de la intensa lluvia, golpeó como un saco de huesos al piso. Escuchó vocecitas incómodas, se burlaban de él y otras le decían "*Tekeli-li, ya está aquí*", intento mover su ojos, descontrolados, miraban el cielo, tan lento se debatían, en una lucha de no cerrarse, "*Tekeli-li, NO HAY SEGUNDA OPORTUNIDAD*", creyó oír. Luego parecía verse a sí mismo, como en esas innumerables pesadillas en donde veía a un extraño

y desconocido hombre agonizar en una fría acera.

"Observó moribundo el también, a ese hombre. Louis, le observaba desde arriba, de una altura no tan lejana, como si flotara, se sentía tan liviano que, el mismo aire le mantenía suspendido. Había gente alrededor, y una pequeña niña".

Tan llamativa, la acera cubierta de nieve, con borbotones de sangre en una hilera que, delineaba el trayecto del sujeto antes de caer. El gentío en torno al agonizante hombre. Y la pequeña del vestido rojo. Pronto, ella se percató de su presencia y le observó primero por el rabillo del ojo, había dibujado una discreta sonrisa en su joven rostro.

—Si quieres una segunda oportunidad, hay un precio a pagar. Louis—le dijo, la pequeña. Había volteado su blanco y terso rostro hacia arriba, junto con su armonioso cabello negro brillante, le observó con sus intensos ojos azules de tormentas. Louis, por momentos pudo entrar en esos ojos, vio estupefacto aferrándose a la vida, tormentas y conciertos de rayos, rasgaban las entrañas de los cielos de una luz opaca, mortecina de un Sol casi visible, que se colocaba por rejillas de nubes ominosas, el crepúsculo de un atardecer moribundo como él, como también, aquel hombre agónico sobre una helada acera. También, había en el cuadro de movimiento vertiginoso una sombra; el porta aviones destruido y humeante, flotaba aún en un vasto océano de criaturas muertas.

La pequeña, le contempló con atenta fascinación en donde él se sentía flotar, sus delgados labios se movieron, y parecía escucharla dentro de su ya trastocada mente. —Has tardado, demasiado—dijo.

El vestido rojo, parecía brillar en un tono especial, parecía sangre..., fresca y también parecía, que aquella se escurría por los bordes bajos de su vestido. Luego la pequeña, levantó su brazo derecho e indicó con una mano muerta, tiesa, y un dedo índice delgado, recto a un punto, en dirección a la esquina, tan invernal y de blanca nieve. En breve un sonido de violín resurgió de entre los murmullos de las gentes aglomeradas en torno al sujeto moribundo. Louis, observó la dirección de un dedo mortuario, en la esquina; un delgado hombre, alto además, con un largo abrigo negro, tocaba como poseído por el instrumento, observaba también

con sus ojos febriles entre anteojos, tenía el rostro largo, y una mirada ida. Louis lo reconoció y sin poder creer lo que ocurría, reconoció también la demencial melodía, unos dedos que, se movían vertiginosos por todo aquel violín endemoniado; *"Caprice n°24 – Niccolò Paganini, apodado; el violinista del diablo"*, pero aquel hombre no era *Paganini*, era el enigmático escritor.

Sonrisas del escritor, una melodía que le hacía perder los sentidos. Fue arrastrado, lanzado lejos del lugar, lejos de la escena. La melodía cada vez se escuchaba más distante. Hasta perderse en un incómodo silencio.

Louis, se vio de pie, fuera y enfrente de una gran, vieja y derruida casona. El olor a hierba, a pasto húmedo ingresaba por su nariz, a su confundido cerebro, y el frío de una madrugada, con un cielo gris, una leve claridad le envolvía sus sentidos en un bombardeo de sensaciones y sentimientos temerosos.

Se encontró al frente de una gran puerta de entrada, cerrada. Movié sus tímidos pasos hacia la estructura de firme, pero vieja madera. No era un sueño. Más allá de una simple pesadilla.

Parecía todo tan real. Real como la tormenta, real como Dominick Bennignton y su experiencia de una señal en las profundidades abisales de un todavía inexplorado océano. Tan real, como esa señal, parecía oír dentro de su cabeza al viejo ahora Clau Dexter gritarle; *"He. ¿Muchacho lo oyes?, es la llamada de algo fuera de comprensión. Vamos iten! mis audífonos gigantes"*. Unos audífonos fuera de lo normal, enormes. Las manos de Clau ahora viejas, temblaban con chasquidos de huesos, ramas secas, quebradizas. El sonido aquel de la señal, retumbaba en aquellos parlantes acolchados. Clau Dexter tenía razón, aquello era un lenguaje, lejos de nuestra comprensión, imposible para nuestras primitivas cuerdas vocales.

La puerta retumbó al palpo de las yemas de los dedos de Louis. Otro **"iBomb!"**, resonó, y los tímidos pasos, ahora retrocedían.

iBOMB! Por segunda vez, y cada vez más lejos, aquello parecía amenazador, separó las manos del pómulo dorado, en donde veía su reflejo, su forma y su rostro de ermitaño desfigurado.

Un golpe, y la punta de una hacha atravesó la gruesa estructura, aquello dejó escapar unos gritos de incontrolable pánico dentro de la antigua

casona. Mujeres, ahí dentro, gritos desesperados.

Toc, Toc, creyó oír dentro de su cabeza. Golpes cavernosos.

Giró a sus espaldas, y una carroza negra. Dos caballos del color del carbón, brillantes esperaban, solitarios e impacientes.

Pronto se abrió la puerta de par en par, y Louis trastabilló. El temor de ver a un hombre envuelto en sudor, con unos ojos fuera de sí, con magulladuras en su rostro, algo de sangre en la cabeza, y un hacha en una de sus manos.

Los gritos no cesaban, y el hombre exclamó; que no moriría en aquel lugar. Louis, ya se había puesto a correr. Sus pies le pesaban, a su espalda los caballos relinchaban, vueltos locos también. Con asombro, vio con una mirada rápida unas figuras, estatuas de mármol, de pequeños. Parecían muertos, menos uno erigido en las alturas. El viento comenzaba a moverse arremolinado, parecía tener vida y malas intenciones. La carroza huyó a toda prisa, caballos galopantes por su lado derecho. Louis volvió a caer de espaldas por la impresión. Había corrido lo suficiente y ya estaba por salir. La caída, le llevó al silencio, gritos amortiguados. Lejanos.

Después la luz dejó de existir. Estaba la nada. Estaban lo gritos desgarrados, casi inaudibles.

Capítulo 25

*** _ ***

Año: 1925.

Louis, movió un brazo. Su mano borrosa aún, y un golpe palpitante en su nuca. Parecía una resaca de los mil demonios que no le permitía agudizar su vista. Hasta, que los gritos de dos mujeres, le hicieron recordar, que soñaba. Pesadillas, tan reales como el dolor que sentía en esos momentos.

—*He, no hay segunda oportunidad. ¿Me escuchas?, Tekeli-li*—un susurró, y luego la brisa le acarició la cara.

—Mierda, donde estoy...—se preguntó.

—*Sí las hay. Louis. Con un precio a pagar. Nunca seremos los mismos*—parecía esta vez, un gélido murmullo agudo, la voz de una pequeña.

Louis, se reincorporó acompañado del dolor punzante, que le partía la cabeza en dos, dividía su corteza cerebral y parecía que, el dolor era una aguja, que le zurcía con un delgado hilo de nuevo los dos hemisferios, una resaca de los mil demonios se decía, entre maldiciones.

Los gritos, pronto se hicieron más cercanos, más nítidos, mucho más reales dentro de su cabeza. Su largo cabello le cubría el rostro, se debatía aún entre tambaleos, escuchaba y miraba el suelo, el pasto, mezclado con lodo, y nieve, escarchas húmedas de un pronto amanecer. Despejó su sucia cara, lodo y hojas secas.

En las alturas de la casona, una sombra gelatinosa se movía, sigilosa entre ese techo de arquitectura tan irregular, como un manto oscuro, flameante al ritmo de sus movimientos de serpiente, al son de la brisa.

La carrosa, había huido ya del lugar. Y las mujeres, parecían suplicar una inútil oportunidad de opción de escapar en ella.

Aún le daba vuelta el mundo, todo giraba como si tratase de un vertiginoso tiovivo, escuchaba las voces de Clau Dexter, más bien la risa de ese viejo loco, ante el descubrimiento de su; "*Llamada*".

—Hemos visto la nada, Louis. Estamos jodidos—escuchó la voz del Profesor Bennington, parecía ido y sin esperanza. Monocorde voz,

inexpresivas emociones, más la única desesperanza.

Los gritos abruptos cesaron, sin antes oírse un estruendo en las alturas, aquella figura espectral, como un manto flameante a la brisa. Louis, observó sin entender. Una lanza enorme surcaba los cielos, y en breve fue a callar los gritos de una de las mujeres. Quedó detenida, paralizada, —parecía un insecto muerto, atravesado por un alfiler en plumavit—pensó Louis, se esforzaba en hacer correr su mente, pero no podía, era tan solo un fiel espectador ante la muerte inevitable, ante el asesinato cruel, — ¿palomitas?, toma asiento hijo—una voz llegó, como quien mueve el dial en busca de una señal, fastidiado de oír ruido blanco, de ese maldito y antiguo radio transmisor.

Se acercó a ella, sin antes observar con terror, la monstruosidad en las alturas de la casona. La observó, era ese fiel espectador de una escena tan real, inmersa en ella. La mujer levantó por breves un brazo, la mano la extendió como su alma, su expresivo rostro de súplica ante ese último halito de vida, vaporoso de la fría madrugada. La sangre se escurría por donde aquella lanza de hierro había atravesado su cuerpo, la sangre también escurría de sus labios, su boca, con esos ojos vidriosos exhaló su alma. Louis, estaba de frente ante la muerta, ante la mujer en su último aliento de vida.

Despídete de ella, Louis.

El grito de la otra mujer, le hizo voltear a sus espaldas. Miraba la presencia, miraba con terror la monstruosidad en el techo de la casona. Se puso en pie y comenzó a correr. Parecía que, el lodo le jugara bromas, se tambaleaba, se resbala. Louis, comenzó a seguirla entre bamboleos, aún le dolía la cabeza. —Mierda—gemía, las agujas ahí dentro seguían zurciendo su cerebro.

La mujer salto la reja. Louis miró las puntas filosas, temió lo peor, temió lo inevitable. Quiso correr, pero sus zapatos, su pies se hundían en un lodo cada vez más movedizo, parecían manos que lo agarraban, manos de sucio lodo, lo arrastraban hacía abajo. Quiso también gritar, para que esa mujer se bajara. No pudo.

La monstruosidad, jugó al gato y al ratón. Los gritos de ella se apagaron, mientras su cuerpo daba sus últimos espasmos, y la sangre corría por las puntas filosas de la reja, atravesada, muerta al fin.

Las manos lodosas, por fin lo soltaron. Louis, se encontraba de rodillas y la monstruosidad se había esfumado del lugar, se la había llevado esa helada brisa, pronto amanecería. —Para ellas, no hubo segundas oportunidades, Louis—las voces extrañas llegaron insidiosas a sus oídos. —Pero tú. Louis, ¿tendrás una segunda oportunidad?, (*risas*) Tekeli-li

—comenzó a llorar.

Se reincorporó, se había puesto de pie, y el dolor de cabeza, esa resaca de los mil demonios, parecía arreciar ya tenía ganas de vomitar, quería vomitar. Pensaba que, así expulsaría el dolor que..., lo mataba.

Observó la casa, —Hay un precio..., que pagar—la voz llegó de lejos, con terror observó, a la pequeña del vestido rojo. Arriba y al borde de ese techo irregular y amenazador, una casona que, parecía un monstruo enorme, una horrible criatura viva.

Corrió con todas sus fuerzas, olvidó el dolor, ya las manos de lodo no lo detenían, aunque por momentos sintió, que rozaban sus talones. Observó las figuras, aquellas estatuas de mármol blanco, ahora su tonalidad era grisácea. De esos ojos tan blancos, y lechosos parecían escurrir sangre. Hilos de un fino líquido rojo, encendido, fosforescente carmesí.

"*Qué vas hacer, ¿salvarla acaso?*" —Escuchó el sarcasmo en sus atormentados oídos.

"*¿Crees..., que tiene alguna segunda oportunidad?*" —dijo el señor sarcasmos; con risas de por medio. Louis seguía a toda prisa. Las manos de lodo, querían resurgir del suelo, parecían manos de muertos vivientes, manos que crepitaban como ramas secas, bañadas con la tierra húmeda, mojada. Muertos vivientes; —Louis "*aquellas*", te quieren abajo muy abajo, en el infierno lleno de raíces podridas —pensó.

La pequeña parecía media dormida, y ya sus pies jugueteaban con el borde de la cornisa, jugueteaban con la muerte.

Louis, trastabilló. Parecía que, las manos muertas volvían con más ímpetu —te queremos, Louis. Aquí abajo, te queremos. Abajo es todo pesadillas—creyó escuchar, —manos parlantes—pensó. — ¿Todos flotan? —pensó con molestia, recordaba una película, recordaba un libro, un escritor. Y el bombeo del dolor, como explosiones atómicas, parecía aplastar su cabeza, las agujas seguían ahí.

Una mano le agarró el tobillo. Louis, cayó de bruces. Sangré en su nariz, un hilillo escurridizo. Sintió un dolor intenso, y el frío de un suelo húmedo. Aquello era más que, una pesadilla. Era real. Gritó de dolor, gritó por la desesperación.

La pequeña, le miraba con ojos adormilados en un movimiento de un cuerpo anestesiado, apunto de abrazar a la muerte. Se movía con pasos bamboleantes, de un lado a otro, pero cada vez más cerca de ese borde filoso, observaba con desinterés ese precipicio, la altura, ese peligro tan inminente, no le provocaba alguna sensación, que fuese reflejado en su terso y blanco rostro de porcelana. Sus cabellos se ondulaban al ritmo de

la brisa.

—Va a saltar, Louis. ¿Qué harás?, falta muy poco, para saber si ella tiene una segunda oportunidad..., (*risas*) apuesto que no... ¿verdad? —la voz, el señor sarcasmo, en el interior de su mente, y afuera de ella, era como si estuviera en todos lados a la vez, hasta en la misma brisa, que jugueteaba en los rincones, jugueteaba con la pequeña al borde de la cornisa.

Louis, comenzó a dar de patadas con todas sus fuerzas a las manos de; "*muertos vivientes*", una vez puesto de espaldas. Se arrastraba, pateaba, se sacudía en el lodo, como arenas movedizas, las manos querían engullirlo, llevarlo abajo, a las pesadillas. Entre gritos desesperados, miraba con esos ojos cubiertos en lágrimas, y la nariz hecha ríos de sangre que, pintaba sus labios, manchaba sus dientes de rojo, entre esos gritos de impotencia. La pequeña, parecía desfallecer en las alturas. En el borde.

Logró ponerse de rodillas, gateaba entre cientos de manos. —Te queremos. Ven Louis—gritaban en lamentos.

Observó, estaba de frente a la puerta abierta de par en par, luego giró la vista hacia su derecha. La brisa parecía un cumulo de almas atormentadas, en pena y sollozantes. Sorprendido, en el vano intento de ponerse en pie, sus ojos se abrieron. Las pesadillas atacaban como martillos y su cabeza era el puto clavo, pensaba. Profirió un grito al ver a las dos mujeres, muertas hace poco por culpa de la monstruosidad, le miraban cubiertas en sangre, podridas ya, y con los ojos lechosos. Habían vuelto, pero eran algo más, no eran ellas, sus rostros y risas sardónicas dibujaban la maldad.

Louis, por fin se reincorporó, las manos lodosas y muertas se habían ocultado, "*muy abajo*" —susurros.

Aquellas carnes podridas, esos rostros sin alma, le sonrieron y observaron a las alturas, en dirección a la pequeña niña del vestido rojo.

— ¿Quieres apostar, Louis? —dijeron, las voces en coro de dos mujeres, vacías por dentro, sus almas estaban; "*abajo, muy abajo. Junto con las pesadillas*".

La pequeña, había abandonado la cornisa, se precipitaba al vacío, a la nada. Louis, corrió con los ojos puestos en la niña. Levantó sus manos. El viento sopló lleno de tormentas, y una inmensa corriente de rayos surcó los cielos. Ruidos de tambores creyó oír, en conjunto de risas burlonas, vociferaban palabras insidiosas.

El cielo se desgarraba, las entrañas de negras nubes dejaron caer una gran lluvia. La escena se paralizó en el tiempo. Como una fotografía macabra. Louis, contempló con absoluto asombro.

—Dinos, Louis. Si la dejamos caer. ¿La salvaras? —dijeron al unísono las voces muertas, sin almas, podridas mujeres. Cadáveres descompuestos con esos ojos vacuos. La pequeña suspendida, caía en cámara lenta. El viento rugía y la lluvia parecía verse detenida en las alturas. Louis, miró el completo cuadro de horror. También miró los cadáveres sin vida de aquellas, aún seguían ahí en las mismas macabras posiciones.

El dolor, volvía a él. La puerta principal, comenzó a crujir. Louis volteó con sus manos puestas en la cabeza, como ejerciendo presión, para que no estallara. Ese dolor punzante, esas malditas agujas.

—*Cthulhu fhtagn*—susurros, increíbles e incomprensibles. El fuerte viento los traía. Louis, barreó con su mirada, la mirada de un esquizofrénico cuando se siente acechado. Todo era amenazas. El viento era amenaza.

Los tablones de la escalera de entrada comenzaron a temblar, y voces desde adentro, en la oscuridad de la casona, gritaban un nombre. Louis, siguió con su mirada atormentada el temblor de los tablones, y cayó sentado en el suelo frío. Observó, el viento le cortaba su rostro. Escuchó el rumor.

Por cada lado, las podridas presencias de las mujeres caminaban en dirección a la puerta, se perdieron en la oscuridad interna. Y frente a él, una figura.

La figura ciclópea, esa rara figura de eones.

—*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn*—incomprensible murmullo, parecía oírse algo..., luego la puerta se cerró estruendosa.

—Nuestras primitivas cuerdas no pueden contra eso. —escuchó la voz de un loco Clau Dexter, casi lo podía imaginar con esos gigantes audífonos, gritaba —Eureka, es "*La llamada*", ¿lo pillas?, claro que sí campeón, y la hemos cagado de manera olímpica.

La lluvia ahora cae, Louis. Tiempo de comprobar. —escuchó en el interior, la voz del sarcasmo volvía.

Miró a las alturas, esos cielos enrarecidos. La lluvia se precipitó con violencia, y la sombra de la niña suspendida en las alturas, era opacada por una gran figura, ominosa y oculta en las nubes con racimos de rayos, cientos de racimos de rayos. Y figuras inmensa, tentaculares..., entre un sin número de ominosos rayos.

—*Cthulhu...*, *R'lyeh*—creyó oír, parecía un rugido..., parecía una señal. Parecía "*La llamada*".

Y la pequeña seguía suspendida en las alturas, parecía..., —Vez..., lo has visto. Louis, todos flotan aquí—pensó, o alguien pensaba por él. Parecían frases sacadas de una película, de un libro, de un escritor, de un payaso adimensional, lleno de maldad, Louis algo recordaba y lo repetía incesante. Pero arriba, solo estaba algo colosal oculto entre las nubes y largos racimos de rayos, tempestades. Además de la sombra de la pequeña niña de vestido rojo.

Luego todo oscureció, tan pronto luego negrura. Luego el intenso frío. Luego la nada. Y una voz aguda final; "*Hay una segunda oportunidad, y un precio que pagar*" —la voz de la pequeña.

La nada. Y dos golpes.

Capítulo 26

*** _ ***

Año: 2017.

Los viejos

Ocultos entre los botes varados en la orilla a lo largo de la playa, los focos parecían dos ojos gigantes, barrían toda la costa y se movían cada uno a lo suyo, se sincronizaban a ratos cuando hallaban algo sospechoso, para luego escuchar la voz de un hombre, que invitaba a abandonar el área. Elías, había guardado su petaca, la guardó con mucho cuidado, después de un sorbo rápido, la luz de un foco le había rosado su cabeza, un milímetro de su gorro de lana, algo destejido ya. Por poco.

—Elías, dejo eso ya. Harás que nos corran a patadas.

El viejo Elías, masculló. Una mueca de molestia. Y una sonrisa traviesa. El viejo estaba puesto, se había subido al tren. Un tren, que volaba suave, brincaba de una nube a otra nube de algodones dulces, y de buena hierba. Iba a una muy excelente velocidad, para contemplar las nubes y los múltiples arcoíris que, surcaban un cielo tan amplio, ahí en todo el infinito al fondo o de todos los rincones, se podía escuchar; Led Zeppelin, el viejo escuchaba fuerte y claro, de hecho susurraba con una sonrisa perdida, el nombre de la banda de música. Mientras observaba con asombro el cielo lleno de colores.

—*"We come from the land of the ice and snow"* —balbuceaba, apenas entendible, con precario inglés, pero el viejo estaba puesto y eso era lo importante..., *"o, ¿NO?, pero si es Led Zeppelin, que te den..., vida. Immigrant Song"* —balbuceaba.

En cambio Carlos, parecía que, la adrenalina le había dado un punta pío, arrojándolo fuera de ese acogedor tren de la felicidad. Le había dado una gran patada en el culo, al ver las monstruosidades a kilómetros de distancia con el binocular de un viejo muerto por el frío. Los había visto, sigilosos en una neblina blanca, que se acercaba lenta, lo suficiente, para llegar a oscuras y dar un show de los mil demonios. Eso fue una gran patada en el culo, que le arrojó del tren.

—Las luces se apagaron, Carlos. Es hora de avanzar—dijo seguido de una sonrisa. El viejo puesto en hierba, se levantó y corrió a toda velocidad, antes de llegar al siguiente bote varado, se arrojó a la arena, y comenzó a deslizarse como un soldado, si *"Ahora esquivó las balas, malditos hijos... - ha, ha, iha!"* —Coreaba la introducción de aquel tema. "Immigrant Song",

sonaba muy claro dentro de su cabeza.

Carlos, le siguió sin antes maldecir al cielo con su rostro, entre rabia y temor. Miró por el rabillo del ojo, la neblina aún estaba lejos, pero la oscuridad ya lo estaba por cubrir todo. La arena le tragaba los pies, las zancadas le hacían parecer más bien, como una rana en dos patas.

—Elías, viejo imbécil deja de jugar con la suerte.

—Vamos, la suerte que le den. Recuerda, Carlos, ya estamos acabados—le dijo, le tomó el hombro y le invitó a ocultarse, un foco había pasado como un lento rayo láser por sobre el bote, por sobre sus cabezas.

—Sí, Elías, En eso llevas razón, ya estamos..., acabados—dijo, luego sacó su petaca, ya estaba vacía.

Elías no demoró, le ofreció de la suya. —Ten, salud viejo amigo—dijo. Carlos, la tomó sin antes sonreír.

Bebió un sorbo, lo sintió como el último de su vida. Mientras observaba con ojos temerosos la blanca niebla. —Estamos acabados, que le den—dijo, otro sorbo más y frunció el ceño. Daba lo mismo, para el pueblo eran dos viejos, drogadictos, alcohólicos, que alguna vez tuvieron vida, pero se les acabó un año, un año en particular, 1997. Ahora estaban listos, ¿Para qué?, Carlos, acarició la cámara fotográfica que tenía a buen resguardo en su mochila, la abrió, —Resulte o no, sabrán esto infelices, que no estábamos locos. ¿Verdad, Elías? —dijo, miró el bolso, como algopreciado observó su contenido, con plena atención. Era una cámara; "Nikon F3 High Speed Motor Drive Camera", color maté, oscura igual a la noche; fabricada: "1997", coincidencias de la vida. Luego volvió con la pregunta a su amigo. — ¿Verdad, Elías. No estábamos locos?, nunca le hemos estado.

El viejo Elías, sonrió. "*ha, ha, iha! (coreaba)*". Asintió con la mirada puesta en la espesa niebla.

—Te has dado cuenta también, he. Aún recuerdo muy bien esa maldita niebla. Y lo que guarda consigo, muy adentro. He... —dijo, luego se preparó otro papelillo, aquello, ese miedo le había descendido un tanto la velocidad al tren volador, surcador de nubes de colores, parecía que, "*Led Zeppelin le bajaba el volumen a su amplificador, le había puesto algo de calma a esos decibeles*".

—Lo sé, Elías. Nada bueno trae consigo.

—Nada bueno—dijo, había alargado la frase con una leve sonrisa, un poco de nervios, algo borroso. Todavía flotaba por esas nubes. Recordó el rostro de Magdalena, su difunta esposa, muerta por el invierno, por el frío.

Los dos miraban el mar, recordaban, por qué les llamaban locos. Habían visto la niebla, habían visto monstruosidades tentaculares. Las olas subían y bajaban espumosas, algo violentas.

Ahora daba igual, pues estaban acabados. Pensaron. Pero puestos a enfrentarlo, aunque no estuvieran seguros. ¿Cómo?, esa pregunta les rondó.

Capítulo 27

*** _ ***

Año: 1925.

Darrell White, miró a su alrededor, aprovechó la cerilla encendida, luego buscó a tientas, entre la oscuridad, un candelabro. Lo tomó. Con la débil llama, encendió tres velas y algo de luz aumento a su alrededor.

—La he visto, pero como..., —dijo. El rostro mostraba las dudas en su interior.

—Pero..., sí todo es oscuridad—tartamudeó el viejo Charles Pittman.

—Ha sido desde el interior..., difícil de explicar. Fue algo tan familiar—dijo, Darrell, buscó la escalera, con la mano alzada, el candelabro con tenue luz al frente.

— ¿Familiar? —preguntó Ford.

—Familiar..., —respondió Darrell, confuso. Luego sus ojos se posaron a la gran escalera. Mares de dudas. Océanos infinitos. Había visto la pequeña niña, como una forma diáfana, le he visto ella también, y luego subió por las escaleras. Un rostro temeroso.

No podía creer, todo lo que había visto. Una mesa flotante, y la pequeña con sus ojos, esos ojos azules me vaciaron el alma. Sentí por momentos..., recuerdos, esa fue la palabra, que rondó por minutos, varios minutos mi cabeza. Recuerdos.

Caminé lento, observé cada escalón. Los pasos sonaban con un eco que viajaba por toda la casona.

—Señor White, tenga cuidado—dijo Ford.

Le miré, estaba detrás de mí. Su rostro sudaba gotas de miedo, no era el único que temía. Todos tenían ese miedo estampado en sus rostros,

incluyéndome. Aquello era como si nos rodearan. Un miedo molesto.

—Señor Pittman—dije y le miré, estaba a mi derecha. El viejo levantó la vista, el temblor parecía quedarse con él.

—Dígame, que aún le queda algo de Whisky.

—Por supuesto hijo. Tenga—sonrió y me alcanzo su petaca. Bebí y de inmediato le pregunté. —No es Emily Logan, ¿verdad?, la pequeña está muerta. Años y bien enterrada.

—Hijo no sé qué pensar—luego bajo la mirada.

—Señor Ford—le dije.

—La pequeña contacto a las Hermanas Fox, pero esta casona tiene su maldición. Era el riesgo. Puede que el alma de Emily Logan..., pues este con.

—Con ella, ahora—acoté. Terminé sus palabras, lo sabía o creía saberlo.

Arthur Ford, asintió. Luego observó a las Hermanas del Sagrado Corazón, rezaban en silencio.

El profesor George Gammell, también bebió de la petaca. Creo que al final todos lo hicimos, no era el intenso frío, el miedo puro nos tenía con el alma pegada al techo, como un maldito gato. Menos el escritor, parecía fascinado con lo que veía. Omití preguntas hacia él. Parecía alguien fuera, un mero espectador.

Nuestro breve dialogo, fue interrumpido ya en el noveno o decimo escalón. Pasos se dejaron oír por toda la segunda planta, corrían de un lado a otro, corrían a veces en círculo.

— ¿Cuál es su nombre?, el nombre de la pequeña. Nuestra vidente, médium, espiritita, o como quiera llamarle Ford —pregunté.

Arthur Ford no respondió.

Volví con la pregunta. Estaban ausentes. El ruido de pasos agitados les tenía con el corazón al filo.

— ¿Cuál es su nombre?, Vamos, Ford. Hermanas, por favor—insistí, esta vez giré para mirarles.

— ¿Acaso eso tiene importancia?, Señor White. Ahora ella tal vez

responda al nombre de Emily. *Emily Logan*.

—Claro que importa, algo de la pequeña que vimos llegar, debe estar ahí.

—No tiene nombre—dijo la mujer de más edad. La otra guardó silencio, posó su mano izquierda en el hombro de la mayor.

—Hermana, ¿a qué se refiere con eso?

—Anna, mi nombre es Anna—contestó. —La muchacha es huérfana, su nombre no lo sabemos. Alguna vez le preguntamos, jamás nos lo ha dicho. Le llamamos, Lily, era el nombre que tenía escrito en su pañuelo..., cuando era una..., muy pequeña niña. Señor White, entienda la pequeña ha sufrido mucho, y...—bajo la vista. —fue encontrada en la calle, no sabemos quiénes son o fueron sus.

—El mundo es muy cruel—respondió Pittman. Él sabía lo que hablaba, casi perdió la vida en la gran guerra. Lo que habrá visto aún le tenía con horribles pesadillas.

—Estamos en tiempos oscuros, Señor White. Es mejor...

—No escarbar más en el fondo—interrumpí.

Nos quedamos en silencio, el ruido de las pisadas había cesado por fin, pero dio paso a un sigiloso crujido molesto y seguido en toda la casa.

Emily..., Sí..., —una voz quejumbrosa, sibilante se escuchó desde la segunda planta. —*Logan..., Sí.* —parecía más una serpiente, una víbora. Una voz que me heló. —*Lily..., no está aquí. No más...,* —la voz sibilante se fue opacando, luego las pisadas volvieron. "*Estamos en tiempos oscuros, Señor White*"—pensé, aquella frase me daba vueltas en mi cabeza, eran tiempos muy oscuros. Y Emily Logan parecía haber vuelto, pero no como lo recordaba Charles Pittman, respondía al nombre de la pequeña niña muerta, había vuelto algo más. Algo de grandes colmillos, algo nada bueno.

Lo que pasó luego, es confuso...

Los golpes y enseguida vinieron los gritos. Todo al instante poner un pie en la segunda planta.

Capítulo 28

*** _ ***

Año: 1806.

El muchacho

El pequeño muchacho gritaba a todo pulmón las noticias del diario de Londres "*Times*", a primeras horas de la mañana, corría invierno, tal vez el más helado de años anteriores, aunque siempre era así, para el común de la gente, siempre el más helado de años anteriores. Para todo el mundo es así, no cabía duda.

Se acercaba navidad, esperaba tener el regalo de Santa, le había escrito una carta con su petición, pero temía que como siempre se extraviara en la oficina postal, aquello ocurría todos los años desde que tenía un uso vivaz de memoria.

Levantaba el delgado brazo, alzaba el periódico con la portada, "*iOsler! Doctor, revive a los muertos*".

Corrió a una esquina, a esa que todas las mañanas debía ganarla, para tal proeza debía llegar primero, no importaba que fuese de madrugada, y la helada le calara los huesos. Bajó su bolso con dificultad, tenía el brazo izquierdo entablillado con su cabestrillo azul marino, una caída fea dentro de la casa; "*accidental dijo su querido padre. Su madre enmudecida, apenas profirió un Sí a Scotland Yard*".

El muchacho gritaba; "*Arrestado el Doctor Thomas Osler, acusado de caso de herejía, contra la moral, la iglesia, etcétera, etcétera y etcétera. Lea el Doctor que revive a los muertos*". Gritó entre la gente que caminaba en un letargo amargo, como si buscaran en sus pensamientos algo de memoria de un cielo despejado. Traía también una caja de madera laceada con una cuerda, al costado derecho de su hombro. Recordó el detalle, y la bajó, se subió a ella mientras gritaba la noticia de la portada. Dejó entre ver sus dientes algo amarillentos. Pálido, con el pelo ondulado castaño claro, se escurría rebelde por debajo de la gruesa boina que, llevaba puesta algo irregular inclinada como una torre pizza al borde del derrumbe. Los ojos hundidos en cuencas ojerosas, con el estómago hambriento, ese delgado rostro de una piel adolorida de frío hielo.

—Arrestado el Doctor, que revive a los muertos—gritaba, se arremangó la gruesa chaqueta, le pesaba cuando levantaba el brazo derecho, para alzar el periódico. Aquel abrigo lleno de parches le llegaba más debajo de las rodillas, su desteñido pantalón, lo llevaba amarrado a la cintura con una llamativa cuerda. Pantalones de tela, parchados en las rodillas y bolsillos.

Su querido padre, le ordenó a su mujer, coser los bolsillos; *"No quiero que el pequeño granuja se guarde algo escondidas, no hay paga con eso. ¡Mary a coser!"*.

El pequeño, cayó de espaldas del susto al ver una sombra acercarse de entre la multitud, aquel gentío perdido en el tiempo y sueños de algo más. Sentado en la acera, se protegió con el periódico, luego alzó la vista sobre el mismo.

—He, muchacho, calma. Dame uno—dijo un hombre de gran estatura. Extendió la mano, con unas cuantas monedas.

El pequeño sonrió con esos dientes algo amarillos, una mirada nerviosa con ese mentón tan tembloroso. Pequeño y enclenque como un ratoncito.

—Gracias..., gracias señor.

— ¿Cómo te llamas pequeño? —preguntó aquel hombre. Delgado y de largo rostro. Con anteojos puestos, ojos escrutadores y una rara sonrisa torcida, sus dientes blancos como su piel, puesto un alto gorro de copa, guantes de cuero negro, un abrigo que le hacía juego a esos guantes.

—William—dijo titubeante. El hombre cogió con amabilidad y suavidad el periódico que, el muchacho llevaba en su mano. Los anteojos reflejaban como espejos el rostro del pequeño William.

— ¡Se desangra!, un hombre aquí. ¡Va a morir! —se oyó el grito de una mujer. Luego más gente pedía la ayuda al hombre herido.

El muchachito se puso en pie, miró la acera escarchada, sus zapatos con agujeros, luego giró a su espalda, observó con sus ojos de ratón, la procedencia del ruido.

—Esa señora—dijo.

— ¿La vez? —murmuro el hombre.

—Señor. Son 2 libras, señor es Sábado—dijo, a su vez giró la vista. El hombre no estaba, se lo había llevado la brisa de madrugada, ese amanecer neblinoso de Londres. Pero no había olvidado dejar las monedas al pequeño. El doble o triple de lo que costaba el periódico un día; Sábado. Monedas que, brillaban sobre la caja de madera.

— ¡Cielos!..., tendré que botar dos de estos, para que parezca haberlos vendido—rezongó. Miró sus bolsillos bien cosidos, cerrados e inexistentes.

Esquina arriba seguían los gritos de socorro, y pareció el pequeño oír una

débil melodía de violín. Se sacudió la cabeza, por poco se sintió hechizado.

Capítulo 29

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

*** _ ***

Cap. II

William...

"Es el manto oscuro, sigiloso y frío como la muerte, el invierno blanco, que por las noches en los sueños profundos, te toma la mano...aún viaje sin retorno".

"Dulces sueños..., nadie en casa. ¿Pero?...esa voz"

"Señor; Darrell White, ¿sigue perdido en la abandonada casona..., recuerdos susurrante?".

"Louis, dormido..., la tormenta parecía también estar en el interior de su cabeza, rayos surcaban su mente".

"William, el pequeño oculto..., como Emily Logan, y como la pequeña vestida de rojo. Sin nombre".

"¿El escritor?, un espectador. El lector fiel testigo; esos nudos de rojos hilos".

"Y los viejos, la neblina, la costa y monstruosidades. ¡¿A quién les importa, sí ya están acabados?!"

Capítulo 30

*** _ ***

Año: 2017.

Y los viejos...

La música se había callado en su cabeza, era el momento de actuar en silencio, poner atención a lo que se movía alrededor. Después de esperar más de un cuarto de hora escondidos, apegados en un bote encallado. Las luces como ojos de un gigante habían dejado de buscar, se habían apagado los focos, el gigante se había mandado a dormir. Y el tren, claro que sí. Estaba detenido, y los pasajeros debían bajarse ya. *"Estación: Escalera al cielo", "Los guías te esperan en la niebla, y vete a saber tú como son. Te diré que no son nada amistosos"*. Más de un cuarto de hora, para Elías la espera había durado 20 largos e interminables años.

—... ¿Qué tal la niebla? —preguntó.

—Cerca.

— ¿Qué tan cerca?

—Dale treinta minutos, y la guardia costera no será nuestra preocupación principal.

—La guardia costera, que le den. Dales unos minutos más y saldrán como gatos huyendo del agua de aquí. Ellos saben.

El viejo le guiñó un ojo. Carlos le miró, suspiró hondo. —Razón tienes Elías, viejo estúpido. —dibujó una débil sonrisa, medio confiada, medio temerosa.

—Entonces debemos movernos—acotó el viejo, ya se había bajado del tren. Estaba lucido, el frío le calaba los huesos. La marea había subido, las olas las tenían en la punta de los zapatos, ya casi les mojaban el culo. La niebla, estaba cerca y no era necesario usar los binoculares, para verle en todo su ancho. Parecía un manto enorme, cubría lo largo de la costa, hasta perderse en la vista del ojo humano, - *"No tiene ni principio, ni final"*, pensó Carlos al ver como también se alzaba a los cielos, como un hocico gigante de un monstruo hambriento, y los dientes eran aquellas monstruosidades.

—Todavía no.

—He, ¿cuál es el problema ahora aparte de eso?— apuntó hacia la profunda mar, al oleaje cada vez más agitado, y cada vez más cerca de la costa como la neblina.

—Queda alguno que otro guardia costero, mierda. Calma—dijo.

Elías guardó silencio. Buscó en su mochila, la noche parecía que iba para largo, le apeteció algo para el estómago, había guardado un emparedado.

—Qué buscas.

—Tranquilo, Carlos. Alcohol. NO. —recalcó la última palabra con unos ojos abiertos como platos. —Algo para comer, saqué unos cuantos panes con jamón y queso del hogar de cristo, en la cena—le guiñó un ojo ya parecía un tic de muchacho travieso en él. Cogió uno de los emparedados lo partió por la mitad. —Ven, ten la mitad.

Carlos, quedó por unos momentos en blanco. Tan pronto salió del breve trance aceptó.

—Qué va. En qué piensas—preguntó. Profirió una mascada.

—En nada, Elías. En la nada.

—Le puse Kétchup.

—Qué...

—Kétchup, le puse—insistió.

Carlos, estaba por breves instantes, mientras masticaba la mitad de su pan, puesto con atención a la mar. Miraba la niebla. Al parecer no se movía nada dentro de ella. Al parecer. Así fue como en 1997, se habían quedado dormidos los dos amigos, después de un día de trabajo. Sí, trabajaban en la feria de artesanía, y la pesca. Solían participar en competencias de pesca por el Hospital Padre Hurtado, no siempre fueron unos vagos lanzados al alcohol y la hierba patea cáncer según Elías. Después de lo visto esa noche tirados en la playa alrededor de una fogata. Cuando despertaron ya estaban inmersos en ella, una densa y blanquecina neblina. Vieron lo que se oculta, y nunca volvieron a ser los mismos. Horribles pesadillas por años, y el alcohol un sedante. Convertido en fiel amigo. Y no olvidemos el ticket, para el tren surcador de nubes.

—Kétchup, vamos viejo—repitió.

Elías, Le movió el hombro.

—Qué..., viejo te oigo

—Estabas en otra parte. Que le puse Kétchup.

—A vale..., estaba en...—volvió a mirar aquellas olas.

— ¿Dónde? —preguntó el viejo. El Kétchup se escurría por los bordes.

—Donde y cuando—murmuró. —Aquí, años atrás.

Un haz de luz bordeó la superficie del bote encallado, luego los costados. Parecía un rayo, un ojo tuerto de una criatura más pequeña. Se oyeron pasos amortiguados en la húmeda arena, y una joven voz.

—Les he escuchado, vamos de pie. Deben salir del área ahora.

Sonó una radio Handy de Motorola. Una voz con interferencias de por medio, preguntaba si había hallado algún intruso. Ya la neblina estaba más cerca. La voz no respondió, los pasos avanzaron y bordearon el bote.

— ¿Ustedes? —preguntó con el haz de luz en los rostros de los viejos.

Elías sacó de inmediato un emparedado de jamón con queso y ¡Kétchup!, luego alzó la mano. —Está bueno, tiene kétchup.

—Hijo, no nos iremos de este lugar. Es más tu deberías salir de aquí—dijo Carlos.

—Es una broma, vamos de pie—espetó.

—No es broma, y aquello tampoco bromea—apuntó con el dedo índice la mar, la niebla en definitiva. El joven volteó, observó de soslayo.

—Es niebla, nada más.

— ¡Mentira, una mierda!, la orden es que a cierta hora, "*todos abandonen el área*" —abrió comillas el viejo, con un pan en cada mano. — ¿o me equivoco?, no quieren problemas mayores.

La Handy Motorola, volvió a sonar con interferencias y una voz metálica apenas perceptible. —Diez minutos y salimos volando de aquí.

—He, y cuando me refiero a problemas mayores. Eso es un problema mayor. Algo se oculta ahí. Y tus jefes lo saben... ¿no? —dijo el viejo

Carlos. Elías asintió. Y el muchacho guardó silencio.

La radio sonaba molesta, un único ruido blanco y una voz cada vez más lejana.

Capítulo 31

*** _ ***

Año: 1806.

William, cerró sus ojos con fuerza, tanto que frunció el ceño como si saboreara un limón ácido. Ejerció presión con sus dientes contra sus labios, escurrió un hilo de sangre, eso le dolió. Su rostro palideció, había hecho la prueba de si se encontraba en un mal sueño, y todo lo antes había sido producto de ello. Era la realidad, y ahora de verdad temía, pues tenía dolor, frío y una voz tétrica, que parecía un cuchillo acechante a su pescuezo. El pequeño se caló aún más entre las ramas y los troncos que le ocultaban, se hundió entre la tierra húmeda y las hojas invernales mezcladas con un poco de nieve. –*William....*”-escuchó la voz fantasmal, tétrica como de un muerto viviente, recordó la portada del periódico; *“Doctor Thomas Osler, revive a los muertos”*. Con ese recuerdo retrocedió aún más, primero; La casa, es ahí en donde había dejado el bolso con los periódicos tirados en el piso. Segundo; Aquella esquina en donde los vendía, después el hombre moribundo y aquel extraño sujeto, que le compró el periódico; *“Osler revive a los muertos, etcétera, etcétera y etcétera”*.

Pero cómo llegó aquí; a este momento, a este bosque. Si él se encontraba en la Ciudad, y esto no parecía Londres. Estaba la niebla claro que sí, pero no era en definitivas su ciudad. –*William, te puedo oler”*-la voz tétrica y de respiración sibilante. Parecía tenerla ya encima de él.

Cerró aún más sus ojos, y frunció el ceño. No quería escuchar aquella voz. Comenzó a retroceder sus pasos. La memoria y la imaginación, rebobinó sus recuerdos. Cuando se acercó, y atravesó a la multitud reunida entorno al hombre tirado en la vereda escarchada, su rostro de magulladuras, se centró en leer las silenciosas palabras. Leyó los labios del moribundo. Solicitó ayuda, parecía oírle dentro su cabeza. William corrió entonces en esa fría mañana, la dirección parecía tenerla pegada en la cabeza, al llegar la puerta estaba abierta. Entró a puntillas. Luego en el interior, la impresión hizo, que se les resbalara de sus manos y de su hombro el bolso con los periódicos de un día Sábado, le molestó no haber podido evitarlo, le molestaba su mano entablillada y el cabestrillo; recordó a su querido padre mintiendo a *“Scotland Yard”*, y su madre asintiendo en silencio. Escuchó la brisa como mecía las ramas secas de árboles medio desnudos. Escuchó también –*William....*”-aquella voz sonaba de ultratumba, quejumbrosa, pero con tonalidad ominosa, esa respiración sibilante parecía provenir de todas partes, venir de la inmensidad de ese bosque desconocido, parecía ser parte de la brisa y con el crepitar de las

ramas. No le dejaba concentrar, aquello era una corriente fría que subía por su columna vertebral, y le pinchaba con alfileres la nuca, a la vez que le erizaba el vello. Recordó retroceder con torpeza, sin antes coger lo que le había pedido el moribundo, y salir por la misma puerta. Afuera era todo distinto, ya estaba en ese bosque, comenzó a correr, había escuchado esa maldita voz. Su subconsciente le gritó "*¡corre!*", fue la pequeña ayuda a despabilar. Corrió.

—El libro—susurró con la voz entrecortada, aún corría ese hilillo de sangre. Lo tenía sobre él, presionado con su pequeña mano, le incomodaba ese maldito cabestrillo. —"*William....*"—parecía ya tenerla en su oído derecho, parecía en completa aversión sentir una lánguida y fría lengua rozarle también su oreja. Abrió un ojo, y levantó con cuidado de no hacer ruido, aquel libro. Era encuadernado de cuero, parecía no tener título; ¡Sí!, lo tenía. Pero no pudo leerlo, o estaba muy mal escrito o era algo que no entendía. Intentó abrirlo, afuera las ramas crepitaban, y el ruido de las aves le parecía inclusive mucho más molesto que la tétrica voz de la muerte. Había un sello, y no encontraba la forma de abrirlo. Desistió, había escuchado pasos, estaban mucho más cerca de él. Contuvo la respiración, y volvió a cerrar los ojos. Frunció el ceño. Ya odiaba su nombre.

Capítulo 32

*** _ ***

Año: 1806.

Según el muchacho de aspecto delgado y rostro de parecer siempre al filo de hambre, estaba seguro que conocía la forma, el lugar. Sabía llegar hasta allí. Pero si se hacía la pregunta, ¿cómo?, no existía forma de explicarlo. De esa misma manera, tan a ciegas halló esa calle, la intersección. La respiración agitada le obligaba a detenerse de vez en cuando, el frío y la humedad en el ambiente eran las culpables, algo de temor también. Corrió –*“tres casas hacia arriba ahí es”*– pensó y lo hizo, no hubo cuestionamiento alguno, parecía hipnotizado, poseído por las ansias. Además que, tenía grabado el rostro del sujeto moribundo, ese rostro con magulladuras. Y la lectura de las palabras que guardó para él, en silencio se hizo a un lado y salió corriendo a toda prisa del tumulto de gentes, del lugar. Salió de la conmoción, y los gritos de ayuda de esa mujer, que no paraba de gritar. Gritaba desesperada cerca del moribundo, al medio de la calle, pedía ayuda, auxilio. William la recordaba, largos cabellos rubios y ojos azules, lágrimas en los ojos llevada por la impresión, ver a un hombre a punto de exhalar su último aliento de vida, sobre un charco de sangre. La mujer por momentos le miró. Pozo sus ojos azules en los ojos de color castaño claro del muchacho, un mar de lágrimas se imaginó. William se quedó con esa imagen grabada, fueron segundos en silencio, aquella mujer de largos cabellos rubios, rostro pálido como la nieve, como el frío invierno de un Londres muerto por las madrugadas. Le observó fijo, contó cada gota cristalina, se parecían a las de su madre cuando su querido padre solía llegar ebrio. Su madre también se había caído por accidente en la casa, el muchacho ya tenía la cuenta perdida de las veces. Al igual que él. Esto último, al muchacho le recordó su brazo entablillado con ese molesto cabestrillo. La mujer también había quedado en silencio –*“se muere”*, creyó oír la voz de aquella mujer en el interior de su cabeza. William giró la vista, y ella volvió a gritar, había vuelto a pedir ayuda, para el moribundo que se desangraba en la vereda blanquecina con ese contraste de color rojo, al borde la berma fría y escarchada, la nieve rodeaba el contorno.

Ya faltaba poco se dijo, mientras corría calle arriba, escuchaba como si sonora de muy lejos una melodía, una curiosa melodía en violín. Por extraño que fuese aquello le recordó al hombre alto. Sacudió su cabeza, para remover aquellos pensamientos, y siguió cada vez más cerca del lugar que tenía indicado.

El número era exacto, la puerta se encontraba entre abierta. Sintió una brisa, que salía enrarecida desde el interior de la casa hacia el exterior. William entró a pasos cuidadosos, tanteaba el terreno a pies puntillas. La puerta basculaba en un lento ir y venir. Al final se cerró en un leve chasquido. Miró a sus espaldas –"el cerrojo", pensó.

*** _ ***

"En otras épocas, un sujeto llamado Louis parecía dormir de forma placida sobre un gran porta aviones en medio del Océano. Mientras dos viejos acabados por la vida se encontraban en un dialogo con un guarda costero –la niebla se acerca-exclamaba el más viejo. Y Darrell White esperaba impaciente en un rustico hotel de Providence, para iniciar una sesión de espiritismo, quería saber si existía el más allá".

Y el pequeño muchachito observaba una casa que le rodeaba, un silencio muerto, calma absoluta. El único ruido era su respiración jadeante, una respiración entre cortada, que de a poco recuperaba el ritmo normal.

Todos los muebles en su sitio, eso fue lo que observó a primeras. Aún estaba parado sin mover ni un solo pie, su espalda a quince centímetros de la puerta principal, aquella que se había cerrado ¿por la brisa?, sí, por la extraña brisa se dijo. Levantó la vista y vio la escalera de frente. La casa era pequeña, pero tenía segundo piso; *"hermosos muebles y muro de ladrillo piedra. Elegante"*, pensó, nada parecido a su casa que parecía una choza en comparación. Ahí arriba seguro estaban las habitaciones, se dijo en silencio el muchacho o alguien más le dijo dentro de su cabeza, el efecto era molesto y parecía el ruido de una concha puesta en sus oídos para oír la mar. Tenía cada vez el rango de observación más reducido, sintió un poco de miedo.

—*Coge el libro*—escuchó una voz venir de la nada y la vez venir de todo, no supo cómo explicarse.

—Segundo piso—murmuró.

Por fin movió sus pies. Caminó hacia la escalera, subió tan lento como el crujir molesto de esos escalenos de madera se lo permitían. Iba a por ese libro, y también sin saber cómo. William, estaba claro como el agua en donde podía hallarlo. Y lo otro..., debía apresurarse.

Capítulo 33

*** _ ***

Año: 2017.

Louis

—Aún no despierta...

—Mierda, no queda mucho tiempo..., se nos agota Clau.

Louis escuchó las voces, tan amortiguadas como viniesen de una habitación del silencio, una habitación aislante de ruido, como solía hacer de adolescente, una guitarra amplificadora y bandejas de huevo pegadas en las cuatro paredes de su habitación, en ese departamento de sus años de estudio. No quería recordar, claro que sí. Su pasado era algo confuso.

—Pero mira el lado positivo, Dominick.

— ¿Cuál...?

—Sigue vivo.

Él en cambio aún no hallaba el lado positivo. Para Louis, parecía en su totalidad tener números negativos apuntándole en todo momento. No había lado positivo, o tal vez lo había, pero era difícil verlo. Encontrarlo casi imposible, por qué imposible, le quedaba el intento.

—Nos queda esperar..., a que salga del coma.

Ahora caminaba por un pasillo, eso parecía. Las paredes expelían esa frialdad, le entumecían los brazos y las piernas. Le rodeaba la oscuridad, y sólo al frente de él, aún a una distancia considerable una mortecina luz al final. Las pisadas sonaban a charcos de agua. El piso estaba húmedo, mojado. Y sentía un leve vaivén del entorno.

Sintió un fuerte crujir de fierros, tuberías sonoras cavernosas se retorcían con estruendos horrorosos. Aquello le hizo saltar el corazón.

—He, mira ha tenido un salto en sus pulsaciones cardiacas.

El electrocardiograma había saltado, una breve agitación que duró tan sólo unos segundos.

—Además, si miras su parpados. Este tipo está soñando—acercó su mano, una linterna pequeña y observó con atención aquellos parpados. Clau

Dexter antes había exclamado en un grito ahogado, cuando la maquina había saltado con unos "pip..., pip" más intensos.

Louis, fue breve e hizo una mueca de dolor. Clau había puesto los ojos clavados a la vigilancia del electrocardiógrafo que había vuelto a normalidad, a una tranquilidad, luego de unos cuantos "pip" acelerados.

Dominick en cambio observaba con rostro sudoroso el reloj colgado en la pared de la sala de enfermería. Su ojo izquierdo saltaba por cada minuto que transcurría, como ese fino grano de arena de un reloj ya algo trizado en su cristal, fracturado por el tiempo. Louis seguía en profundo sueño. Pesadillas. "*iHa caído por la madriguera del conejo de Ozz!*", exclamó Clau Dexter. Eso lo escuchó Louis, pero estaba la duda si en realidad fue el viejo Clau, se oía diferente. Tal vez era su imaginación tan viva, atrapado en ese sueño o la pesadilla. Como saber si era la voz del viejo Clau Dexter, la voz de Dominick podía identificarla, pero..., el viejo Clau. "*iPip!*" , se volvió a disparar el electrocardiógrafo.

Capítulo 34

*** _ ***

Año: 2017.

Los viejos

La marea había subido a más de la mitad de la costa. Y la noche con sus sombras dibujadas por el alumbrado estaban para quedarse. El lugar lucía solitario, la guardia costera se encontraban ya lejos. Observaban a esa distancia de metros. Ya habían acordonado el área, y sobrevolaban los últimos helicópteros con sus focos en dirección a los locales más cercanos de la costa. Locales de comida, locales de tiendas, locales pequeños de venta de helados y golosinas. Todo alrededor estaba hecho, más que puras sombras en un ambiente solitario. Faltaba un guardia costero, de inmediato comenzaron a llamar por radio. En respuesta lo único que retornaba era ruido blanco.

—En menos de cinco minutos salimos... cambio.

(Ruido blanco, y alguna que otra interferencia).

Parecían voces, pero nada claro..., era como si fuesen de algún programa de radio AM o un dial espectral, la interferencia cada vez era más evidente.

*** _ ***

—Parece que te han abandonado. Hijo estás solo, o bueno..., corrección con dos viejos idos de la cabeza, bien locos y tocados—había dicho Elías, mientras se terminaba el sándwich de jamón, queso y sobretodo aderezado con ketchup. Miró a Carlos, le hizo una seña en dirección a la costa, al oleaje violento y espumoso, sobre todo a esa maldita niebla que ya les pisaba los talones.

Carlos observó y tragó saliva. Aquello último fue un reflejo involuntario, sintió la piel de gallina. El miedo le enfrió la cara, por momentos viajó al pasado a su primer contacto con esas monstruosidades ocultas. Pensó con la mente un tanto aturdida —*"Mierda soy una puta gallina. Lo único que me falta es que ponga un huevo, y plumas. Sí, que me salgan plumas..., y*

la termino de arruinar corriendo en círculos con los brazos al cielo”.

—Está bien de acuerdo, vamos contigo. Pero quede claro, no es porque hemos desistido, lo hacemos para salvarte el culo. Atrás... a tus espaldas hijo, en esa maldita neblina hay cosas que no desearas toparte.

— ¡He! —rezongó Elías. Hizo una mueca de desacuerdo.

Ambos se pusieron de pie y avanzaron por la húmeda arena. Los dos viejos avanzaron unos dos metros adelante.

— ¿Ves ese negocio Elías? —preguntó en murmullos.

—Sí. El de la señora Esther. Siempre deja una ventana la de costado izquierdo, la deja sin seguro.

—Exacto, costado izquierdo, eso sí. Es mirando a la costa.

—Pero estamos viejos, nos alcanzará—dijo. El tono de voz llevaba dudas. Elías miró a Carlos. —Viejos y acabado—esta vez soltó una leve sonrisa.

—No perdemos nada, viejo testarudo—Carlos guiño un ojo. —atento a la cuenta de tres.

— ¡TRES! —gritó.

— ¡Viejo de mierda!—exclamó Elías, mientras comenzaba la carrera lo más rápido posible, dentro de sus posibilidades. Atrás el guardia costero reaccionó unos segundos tarde, estaba distraído en el vano intento de dar con la frecuencia de la radio *Handy Motorola Apx 1000, Modelo: 1.5*.

—Pero, alto. Para donde van viejos...—farfulló. Guardó de manera torpe, que parecía casi imposible la radio *Handy*. — ¡¿Qué hacen?! Alto.

—Huir de ti, idiota—gritaba a todo pulmón y con risas de por medio. El viejo Elías, tenía toda la apariencia de haber subido al tren de nuevo, pero estaba bien, el efecto lo había aplacado el frío y el miedo. Corría como pato fuera del agua. Carlos ya estaba a un metro de llegar.

Antes de iniciar carrera, el guardia de costa se detuvo, miró el oleaje espumoso, el ruido de la mar parecía extraño. Por momentos creyó lo que decían los viejos. Por breves les dio la razón, algo escuchó. Aquel ruido fue como un sonido del llanto de las ballenas, pero esto era diferente pensó. Algo más. Volvió lo vista y observó que los viejos se le escapaban.

—La ventana no se abre Elías.

—Da igual, abre la maldita ventana. Idiota—espetó. Subió los tres escalones, el local estaba construido en su totalidad de madera, se situaba en la costa. Rodeado de arena, y alguna que otra silla playera. En estación de verano, aquello se llenaba de gente de todas las edades a su alrededor. Esther vendía helados, churros, palmeras, pan de nata y gaseosas...., un sinfín de cosas para que las familias pasaran una tarde agradable. Pero ahora serviría de escapatoria de bunker o fortaleza, había que protegerse de la niebla costera y las monstruosidades.

—Viejo imbécil, (*risa*). Aja ya está...—se escuchó el estruendo de un vidrio. Carlos pasó el brazo por el hueco hecho. Levantó el seguro y abrió.
—Vamos viejo mueve ese culo.

—Deténgase los dos—gritó mientras corría, había dado otro vistazo a la mar y a esa niebla, ya estaba comenzando a creer cada vez más. De verdad algo parecía moverse dentro de ella. Error, pensó. Aquello, no era una única cosa, tenía ese presentimiento. —“*me estoy volviendo loco*” —se dijo a sus adentros.

—Háblale a mi dedo—entre risas con el gesto del dedo corazón, ya estaba al lado de la ventana, Elías.

El viejo reía a todo pulmón opacado a ratos por una tos, parecía Santa Claus con la barba blanca y sus risotadas, no entraba por una chimenea, lo hacía por una ventana, allanamiento de morada dirían, los niños espantados; “*Santa es un ladrón*”. Enseguida fue tomado del hombro por Carlos, le empujó hacia dentro por la ventana. Lo último que se le vio fueron los pies levantados, al aire.

—Mierda, Carlos. No necesito ayuda.

—Calla, te quedaste haciendo la del payaso.

—Ese mueble ahora. Nos servirá para bloquear la ventana.

Carlos asintió. Era un mueble de revistas y folletos turísticos, comenzaron a moverlo. —pero como pesa esta mierda.

—Es de madera gruesa, y nuestros huesos parecen astillados. —sonrió Elías.

El guardia costero ya estaba en la ventana, tenía el rostro pálido. Cogió su linterna y apuntó a la negrura de la noche sin luna, apuntó a la mar, a la densa niebla. Parecía que, aparte de oír ese extraño ruido lejano, ahora cada vez más próximo a la costa, que el cuerpo se le helaba del miedo, como cientos de arañas subían por su columna vertebral, arañas heladas y con patas de alfiler. El haz de luz era potente, parecía atravesar esa espesura. Algo creyó ver, algo se movió y luego se ocultó tan rápido al ser

descubierto por el haz. Para el joven fue como un pestañar, tentáculos viscosos pensó. Sintió una leve vibración en el suelo, eran sus pies temblorosos, el miedo lo había agarrado por sorpresa y el cabrón tenía grandes zarpas.

—Vamos, otro empujón ya casi estamos—el rostro ya lo tenía morado, parecía un abuelo a punto de pedir el tanque de oxígeno.

El mueble estaba lleno de suvenires, libros turísticos de la zona y folletos, estos últimos cayeron esparramados al piso.

—Después buscamos donde encender las luces, viejo.

—Ni de broma, ¿quieres avisarles de nuestra presencia a esas cosas?

Carlos no dijo nada.

Ya estaban prontos a bloquear la ventana. El oficial aún no volvía del miedo, le tenía atrapado. —he, y por qué ese idiota todavía no entra. Ya nos hubiera agarrado.

—Me da igual, sigamos—refunfuño Elías.

El guardia pronto volvió al planeta tierra, a la playa para ser exacto. Pasó la mano por la ventana, entre el vidrio quebrado. Levantó el pestillo y gritó de dolor. El mueble lo tenía cerca, le doblaba el antebrazo derecho.

—Atrás con el mueble, viejos. Les creo, les creo—gritos que, sonaban a suplicas y dolor.

—Mientes, maldita sea. No, nos iremos—Elías seguía empujando.

—He visto algo...

—Vamos que forma tiene, dilo—preguntó Carlos. —dilo ya..., los segundos corren de prisa hijo.

—Tentáculos de mierda, en la niebla se mueven. Y un puto ruido de ballenas, como un llanto o algo más, parecía, pero juro que era algo más.

Los viejos se quedaron en silencio, dejaron el mueble a un lado. El guardia costero levantó la ventana e ingresó con los pies temblorosos y con el brazo adolorido.

—Les creo, de acuerdo. Calma.

Elías había cogido una silla. Carlos lo miró atento.

— ¡He!, Carlos, es por precaución—respondió el viejo.

La *Handy Motorola Apx 1000, Modelo: 1.5*, emitió el ruido blanco de costumbre..., una voz desde el otro lado. Movi6 la mano hacia la radio, la tom6 y empez6 el jugueteo con los dedos, intentaba sintonizarla sin 6xito alguno.

—Carlos, aquellas... cosas interrumpen tambi6n las se6ales.

—La c6mara fotogr6fica no fallar6, viejo. No fallar6.

Había encontrado algo de se6al clara, y lo 6nico que alcanz6 a oír luego de un ruido molesto y muerto. —Nos vamos, ahora. Es una orden... (*Corte de se6al*) el 6rea queda cercada. (*Ruido blanco, la nada*).

—Nos han dejado—solt6 el guardia costero. Había sudor frío por la frente, una frente amplia, pronta a una calvicie prematura, que disimulaba con el pelo corto a ras.

—Correcci6n hijo, te han dejado. Ellos saben muy bien. Pero se lo guardan. Hijos de...—espet6 Elías, luego baj6 la silla.

—Es increíble—dijo con voz queda. A6n sostenía la radio e intentaba buscar alguna frecuencia con buena se6al. Nada.

—No busques muchacho... —con voz baja Elías. —Adem6s es un pueblo peque6o, a qui6n diablos le importa lo que pase.

—No puede ser...—se llev6 el dorso de su mano derecha a la boca, estaba colorado, parecía haber perdido el aliento. Los ojos hundidos en las cuencas, una nariz alargada y puntiaguda. Respiraba agitado.

Un ruido como el canto de las ballenas, aquello son6 fuerte y siniestro en la negrura nocturna del local, venía desde afuera, venía desde el oleaje, la espesura. Cada mueble tembl6 en leves vibraciones, hasta que el ruido se apag6.

—Hijo, eso sÍ puede ser, guarda la radio no contestar6n—baj6 la voz. Elías tomo asiento y comenz6 a respirar hondo.

Carlos termin6 de bloquear la ventana. Estaban protegidos. Aunque la sensaci6n era; "*Atrapados*".

El haz de la linterna la movi6 por todo el interior del local. Fue una barrida lenta y pausada en cada objeto, que se veía bajo la luz. En lo alto del mostrador de madera barnizada, un letrero colgado con un anuncio en

letra mayúscula de color azul marino y fondo blanco: "CABAÑAS ILOCA-LA PESCA. -Reserva el viaje de tus SUEÑOS". —Ni que lo digas—masculló Elías. El joven guarda costa, se limitó a observarlo con ese rostro de animal al matadero.

Capítulo 35

*** _ ***

Año: 1806.

William, sintió por cada escalón arriba, que las piernas se desparramaban como mantequilla derretida. Los zapatos agujereados habían adquirido una especie de gravedad elevada, o algún tipo de pegamento, que le impedía levantarlos con la comodidad que él deseaba.

"Alo"...- dijo, y aquello sonó tímido, amortiguado por palabras que le costaban salir. Vocales ahogadas por la sensación de agobio. Sintió arena en su boca. —Ho...la. —masculló. —Alguien en casa—tragó saliva, ya estaba en el segundo piso, un pasillo angostó y largo. Dos puertas una cerrada y la otra entre abierta como la de la entrada principal. No había baño arriba, el único baño estaba en el primer piso, la casa se veía bonita para su impresión, pero pequeña, —"acogedora", esa era la palabra, la tenía escrita en la punta de su lengua. Es lo que se veía, una casa acogedora, pero con un aire pesado y frío.

—"*Es la puerta entre abierta*" —escuchó una voz susurrante a espaldas de él, giró de soslayo. Nadie, los únicos en la casa eran el silencio y él. Al parecer.

Abrió la puerta de aquella habitación, sonó grave. Las bisagras chirriaban y la puerta parecía el ronroneo de un gato de malas intenciones. La abrió tan lento como el miedo le dejaba espacio a la valentía o la estupidez.

— ¿Alguien? —su suave voz de niño, temblaba en las dudas de seguir preguntando, el miedo de quién o qué responderá. Su imaginación le hacía ver cosas extrañas. Sintió por unos instantes una mano que le cogía de la muñeca en el preciso instante, que él, con temblor tomaba el pómulo de la puerta, entonces aquella mano fría, como un cubo de hielo, le arrastraba hacia adentro al momento de terminar de preguntar, si había alguien en casa; "*La parca William, está aquí*", pensó "*o mucho peor, tu padre, que te va a zurrar por entrar a casas de extraños, sin permiso. Pequeño ladronzuelo, te emparejaré ahora el otro brazo*".

No había mano que le cogiera, el miedo lo tenía puesto en la espalda y parecía una fría cama de clavos de un faquir maldito. Entró a la pieza, todo estaba vacío. Una cama matrimonial, y varios muebles tan comunes y regulares. Acogedores muebles pensó. La luz de la madrugada se colaba por unas cortinas entre abiertas de dos ventanas de vidrios empañados,

aquellas alumbraban el costado de la cama.

–“Es ahí, lo vez en el piso. Los tablones removidos” –La voz, resurgida y sibilante desde atrás.

William, de rodillas removió aquellas torcidas maderas. En el interior, por debajo en ese piso de tablones y envuelto en fina seda, un libro encuadernado de cuero. –“Es, vamos cógelo..., que esperas y sácalo de aquí” –una voz aguda, femenina a ratos, de serpientes a veces, y con un gruñido grave a un perro alerta. Eso le inquietaba, pero no había nadie. En un sin número de ocasiones le solían decir, que era un chico de muy buena imaginación —Está todo en tu cabeza, William—se dijo en voz baja, como queriendo no ser oído, por alguien o algo.

Cogió el libro y lo protegió con su brazo libre. Todo cambió, la luz de la madrugada descendió un tanto, en el cielo parecían haber regulado la fuente de luz, tanto que casi quedó a oscuras. Ahora la habitación parecía haber perdido lo acogedora, tono negruzco de sombras amenazantes. Trastabilló por culpa de sus piernas tullidas por el miedo, quedó sentado en los tablones, un suspiro y un grito ahogado. Estaba seguro, ahora no era su imaginación que le jugaba malas pasadas. Las sábanas se mancharon de rojo, y una gota seca colgaba de una mano muerta, helada y pálida como el papel sin tinta. Una mano manchada en hilos de rojo oscuro. Aquellos hilos viajaban hasta llegar a esos delgados dedos de mujer, terminaban en esa gota coagulada en la punta de la yema de un dedo anular. Podía ver su propio rostro desencajado de miedo en ese anillo resplandeciente.

— “Corre, muchacho. Corre” —las sombras le rodeaban, y tenía la sensación que esa mano se movería de forma espasmódica, y un horrible cadáver se pondría de pie e iría a por él, a por su alma. Por momentos creyó escuchar la voz de su querido padre, espetar — ¡Coged al maldito ladronzuelo!.... Oye, tú..., cadáver. Muerto viviente levántate y torcedle el pescuezo al pequeño ladrón del demonio.

Recordó la noticia de la portada del periódico; “Times”. Aquella que pregonaba en la esquina; “Doctor Osler revive a los muertos. Etcétera, etcétera y etcétera”.

Era momento de huir.

Así lo hizo, corrió despavorido, como sus torpes piernas le permitían entre tropiezos hasta salir de la habitación. Las sombras se habían apoderado del pasillo. Un ruido de rasguños a un cierto ritmo acompasado le llamarón la atención, provenían de la otra puerta, aquella que estaba cerrada, y para suerte de él, aún lo seguía. Luego golpes, después rasguños y de nuevo golpes. Leyó arriba “Lily”, escrito con papel crayón con la caligrafía infantil, cada letra un color distinto y acogedor, sobre un

papel pegado a la puerta. Aquel colorido papel se remecía con cada golpe y temblaba con los rasguños. Por debajo de ella, esa puerta pintada también de un impoluto color blanco, empezó a escurrir líquido rojo, un carmesí espeso se colocaba por debajo. William comenzó a retroceder, sin quitar la vista a la sangre, parecía que le seguía, quería alcanzarlo y cogerle de la mano. Se acercó a la escalera a tientas, mientras aquella poza formaba una gran "W", en los tablones del pasillo, parecía que iba a formar su nombre, pero el muchacho no se quedó para verlo, bajó por las escaleras a saltos. Escalones interminables entre negras sombras. Abajo, en la primera planta, los muebles estaban esparcidos en un demencial desorden y muchos de ellos arruinados, torcidos y astillados. El muchacho corrió en dirección a la puerta principal, y comenzó con la lucha de poder girar el pómulo de la puerta. Estaba frío y le quemaba esa frialdad.

—*William...*—escuchó a su espalda, una voz diferente. Sibilante y maldita, salida de una garganta con cuerdas vocales desechas. Cerró los ojos y frunció el ceño, era el momento de gritar, pero no lo hizo. Siguió el intento de abrir la puerta y salir huyendo de la maldita casa.

—*William...*—escuchó de nuevo, y esta vez más cerca. Parecía que cantaba su nombre, con una tonalidad escalofriante.

Comenzó a patear la puerta, duró poco el intento al escuchar aquellos lentos pasos en unos escalones, que gemían por cada pisada, fuertes y cavernosos, los oía en el interior de su cabeza. Observó por el rabillo del ojo izquierdo; piernas, una pequeña niña vestía medias celestes y zapatos rojos de charol, la otra una mujer con vestido floreado con encajes, y descalza. —*corre, muchacho corre*—, esta vez la voz era más clara, una voz de mujer. Y para asombro de él, la misma mujer que había visto, aquella de cabellos rubios ondulados, rostro pálido como la nieve y ojos azules, la misma que pedía ayuda, para el hombre moribundo, al que William fue a ver y leyó de sus labios, palabras de auxilio.

Siempre y en todo momento él, frente a esa puerta. Aquella vista algo borrosa. Logró ver ese rostro de mujer, era ella. Pero más pálida de lo normal, con los ojos hundidos, y labios morados. La pequeña niña, su rostro escondido en su regazo, cabello oscuro y brillante, con esa piel blanca como la madre. La puerta se entre abrió sola con un leve chasquido.

—*William...*—esta vez la voz la tenía a centímetros de su espalda, y podía sentir su aliento gélido. Abrió la puerta de par en par, giró y calló sentado a un paso del dintel de la puerta, el bolso de periódicos; *"Times"*, se resbaló por su hombro, quedó en el piso con el montón, desperdigados con esa llamativa portada en grande; *"Doctor; Thomas Osler. Arrestado, se le acusa de herejía. Revive a los muertos"*. Abrió los ojos de par en par, una gran sombra negruzca como una maza de humo. Sintió que le absorbía el alma, y las ganas de vivir se iban desvaneciendo poco a poco.

El muchacho gateó de espaldas con una mueca de dolor. Le dolía ese brazo entablillado, quería moverlo, para poner se en pie y correr. El cabestrillo le incomodaba y su miedo le partía el corazón. Salió de la casa, ya estaba al otro lado del dintel de la puerta.

—“*corre...*”—una voz, un grito desde el interior de la casa. El muchacho logró a tientas ponerse en pie. Y la puerta se cerró. Ya no estaba en casa, le rodeaba un bosque invernal y árboles desnudos.

—“*corre, muchacho...*”—William, comenzó la carrera sin mirar atrás, sin mirar aquella cosa negruzca. Pero la tenía en su imaginación, le había sacado una gran fotografía mental, y la tenía para él, cada vez, que le escuchaba decir su nombre, con ese tono grotesco de voz. —“*William...*”.

Capítulo 36

*** _ ***

Año: 2017.

Los viejos

Pusieron el hervidor, y buscaron las tazas de café. Elías fue por la azúcar, y un café de grano. Caminó hacia la cafetera, y puso la cantidad exacta. En menos de cinco minutos se dijo, que podría oler ese agradable olor a café, le haría olvidar un poco toda la mierda vivida, y le sacaría un rato de aquello. Aunque la hierba era mejor, le pateaba el culo al cáncer, pero sí hablamos de café, era todo un disfrute de aromas y gusto.

—Sé que no es el momento más adecuado, pero una breve explicación de lo que sucede..., ahí afuera sería de gran utilidad.

— ¿Nos vendría mejor a todos?

—Exacto...—aseveró el guardia costero. —Estaríamos...—se quedó en silencio.

—En sintonía..., como esa puta radio tuya, que no sirve para nada en este..., momento—entre risotadas, mientras habría un paquete de papas fritas. Carlos, miró a Elías y le hizo una seña.

—Ya falta poco para el café.

Tomaron asiento los tres alrededor de una mesa, con el suave aroma del café. Aquello les hizo olvidar por momentos las monstruosidades.

—Sebastian Garrido—se presentó, luego alzó la mano. Los viejos la estrecharon.

—Vaya...

— ¿Qué?

—No tienes nombre de guardia costero de la marina—entre dientes Elías. Carlos le sonrió.

—De qué nombre tengo—preguntó.

—De nada, una simple y común persona.

Sebastián guardó silencio, y bebió un sorbo discreto de la taza de café.

—Carlos Salavert—estrechó la mano de Sebastián.

—Un placer.

—Vaya mierda de placer—entre risotadas, Carlos exclamó. —Bueno sí, estamos prontos a morir de la peor forma, jamás conocida. Me parece bien las formalidades.

Sebastián dibujó una leve sonrisa. Morir, tan grave..., pensó. Cogió unas barritas de chocolate, aquello lo relajó por un momento, cada vez que mascaba aquella barra, le era como un placebo, que le arrancaba del lugar.

—Elías Logan. Y todo comenzó un día como hoy, en el año 1997. Pon atención muchacho, será la única vez que lo diga, ya que tal vez no veamos..., el amanecer. A veces creo, que esas cosas en la niebla me siguen en todo momento. Como si fuera personal—miró la estructura hecha de madera, dudaba de cuan resistente podría llegar a ser.

Sebastián asintió, sin antes beber café, una barra de chocolate y almendras con frutos secos de un tazón de porcelana, que decía escrito en suaves relieves "*Hogar dulce hogar*".

Capítulo 37

*** _ ***

Año: 2017.

Louis

El sonido "bip" del electrocardiógrafo.

—Nada... aún, sólo el profundo sueño. No hay saltos. Pero sueña—había respondido de forma automática un Clau Dexter, con rostro fascinado. Sin embargo él también observaba con los nervios tensos ese reloj, que colgaba de la pared, al igual que su amigo Dominick Bennington. Los nervios tensados como músculos agarrotados.

La puerta de la sala de enfermería se abrió de golpe y quedó en un vaivén agitado, luego de entrar al lugar dos militares armados con rostro de estreñidos, o perros con la rabia, al medio una mujer de cabellos blancos ondulados, ojos castaños, piel algo arrugada, pómulos levantados, labios finos con leves arrugas de fumadora compulsiva, nariz respingada y un mentón delgado, algo atractiva con una aroma a fina fragancia de mujer mezclada a buenos cigarrillos, con las manos puestas en los bolsillos de aquel delantal blanco, una etiqueta a la altura de su pecho izquierdo; "*Doctora Alessa Osler S.*", los tacos finos de botas negras resonaban en el piso, pantalones de tela negra algo holgados, como patas de elefante se movían al ritmo de sus pasos acelerados, bordeaba los cuarenta así lo notó Clau, sin antes mascullar —"*Mierda*".

—Todo un placer verle, profesor Clau Dexter. Toda una eminencia, lástima que aún no ha avanzado nada con nuestro invitado—saludó. Los finos tacos de aquellas botas tan negras como el desplante de aquella mujer, resonaban firmes como martillos en la sien del viejo loco. —Profesor Bennington—movió la cabeza en un suave saludo, en compañía de una sonrisa algo torcida. Algo que ha Bennington le figuró más a sarcasmo.

Clau, la conocía muy bien, y para él, era como el demonio reencarnado en la tierra en aspecto de mujer o un esbirro de ese cabrón con cola de punta de flecha.

—*Sarcasme. ¡Merde!*—masculló Dominick.

—Me sorprende profesor, ha mejorado su francés—respondió la mujer, tenía veneno en su mirada, luego observó el reloj colgado en la pared.
—Habrás que apurar el proceso de nuestro bello durmiente.

—Qué hace—preguntó Clau. Abrió los ojos, se acercó desde el otro lado de la camilla.

—Lo que ustedes no—de su bolsillo derecho sacó una jeringa, y de la izquierda un frasquito. —Vamos a subirle, esto lo levantará. Como a los mismos muertos.

—Su antepasado estaría muy orgulloso, ¿verdad? —le apuntó con el dedo índice Dominick.

—Claro desde las rejas, donde se quedó...—cerró las palabras Clau, el viejo cara de demente, que ahora parecía más cuerdo que todos aquellos en ese porta-aviones.

Insertó la aguja en la boquilla del frasquito, los “pip” sonaban lentos y pausados.

*** _ ***

Los pasos en el túnel, resonaban algo amortiguados con la humedad. Un piso de una fina capa de agua. Caminó lo suficiente, para detenerse frente a esa luz, había llegado al término de ese largo pasillo, miró a sus espaldas, la negrura era como la nada. La luz era una tenue línea dibujada en vertical de un alto de un metro noventa más o menos. Se acercó con su mano derecha alzada, llevada hacia delante, en busca de tocar esa línea lumínica. Ya cerca, pudo ver con claridad una puerta doble de color blanco, madera de suaves relieves rectangulares. La abrió con cuidado. En el interior, una sala médica, con paredes sin pintar, frías como piedra, nueve escalones hacia abajo. Una habitación circular, rodeada de muebles apegados en las paredes, muebles atiburrados de frascos sellados con líquido en su interior, resguardaban de la descomposición órganos humanos; manos, dedos, pies, ojos, todos en frascos pequeños. Otros de tamaño mediano resguardaban en un sueño profundo y macabro, fetos humanos, algunos con sus manos entre cruzadas, y otros con el dedo puesto en la boca. Un sinfín de ratas, alguna que otra extraña criatura, todas puestas en aquellos frascos, como en una exhibición, un museo horrible. En el centro dos hombres, uno vestido con delantal blanco y otro con abrigo largo que, observaba con mirada atónita, un cuerpo desnudo. Aquella camilla de mármol blanco, tenía conductos en los extremos, conectados al piso el cual conectaba canaletas manchadas de sangre seca. Louis se acercó sin hacer ruido, pero que importaba eso, estaba claro que era un simple espectador de algo.

Sus ojos se abrieron de par en par, al oír.

—El cadáver es ideal. Le agradezco su contribución a la ciencia—había dicho el doctor, mientras que con sus manos ordenaba unos pequeños frascos de un líquido color púrpura, se hallaban sobre una mesita a la altura de la cintura del hombre de blanco delantal, y cerca de la cabeza del pálido cadáver.

De ojos abiertos lechosos, el doctor había tocado el rostro, examinaba la mandíbula.

—Horas transcurridas—preguntó.

—Encontrado muerto, hoy de madrugada...—respondió el hombre.

El doctor, giró la cabeza del cadáver. Y aquellos ojos blancos, sin vida quedaron en dirección a Louis. Parecía que..., había sonreído en una mueca traviesa, con algo de maldad en su interior. Parecía vivo.

Tan sólo un sueño. ¿Verdad?, verdad o ¿es algo más?, vamos dilo. La lámpara que colgaba del techo, sobre aquella camilla, tan encendida con esa luz, mostraba ese rostro sin vida, de ojos en cuencas hundidas y venosas. Parecía que le miraba, y además le había sonreído, una mueca algo oscura. Tan fría, como aquellas paredes de piedra sin color. Sin vida.

*** _ ***

"PIP, PIP", resonó la maquinita desde el otro lado...

Capítulo 38

*** _ ***

Año: 1806.

William

—“*Corre, muchacho corre*” —e hizo caso a la voz que le hablaba desde su espalda sin cuestionamiento alguno, le rozaba su oído, y venía como la brisa del bosque desde todos lados, en movimiento sigiloso de ramas desnudas de árboles moribundos, un lugar invernal en donde se adentraba rápido en la espesura, sus pies se zambullían en el manto de hojas con enormes zancadas como en arenas movedizas. Sentía la presencia tétrica, como manto negruzco, que le invadía sus terrores más profundos.

—“*William*” —la voz sibilante. Es la suave y fría brisa que viene a por ti muchacho. Te encuentras sin ángeles que te eleven u oculten.

“*Mirar atrás es morir*”, tal vez aquello lo pensó o fueron palabras incómodas de algo que se escapaba a su sencillo entendimiento. “*Mirar atrás es morir*”, repitió en una cacofonía demencial, escapaba a ese vago entendimiento, pero de sentimientos despiertos más aún cuando de temor y amenaza se trataba, estaba entrenado, su padre había sido su maestro. Y él su alumno aventajado a la reacción de violencia. Bueno su madre no se quedaba atrás.

Entonces lo había visto con sus grandes ojos, un escondite que parecía perfecto.

*** _ ***

William, el pequeño abrió sus ojos sostuvo el libro. Recordó la casa, la mujer de piel pálida como la muerte y de cabellos rubios. Sí, la que pedía ayuda ante gente que no le prestaba atención alguna. Un fantasma. Y una pequeña niña de cabello castaño, oculta entre faldas de un cadáver caminante; “*Doctor Osler. Revive a los muertos*”, muertos vivientes bajaban por las escaleras entre crepitares de escalenos y piernas de huesos, músculos agarrotados. Bajaban en el interior de una acogedora casa que cambió de un momento a otro, se transformó al coger aquel libro. Sus ojos vieron entre las ramas secas, en ese pequeño escondite improvisado, vieron la sombra oscura que se movía como una negra

cortina al viento. Y la voz sibilante pareció haberlo encontrado.

—“*William... ¿Quieres el libro...? sólo tienes que pedirlo*” —dijo y el corazón del muchacho tenía toda la impresión de haberse detenido, la brisa se amainó por completo y el sonido de las ramas quedó en silencio.

—“*William... un sí bastara*” —dijo.

La voz ahora, esa con inquietante tonalidad. Ya no venía del frívolo bosque invernal, ya no venía de la sombra de cortinas negras como la noche, como un humo mal oliente de tinieblas. Venía de aquel libro, aquel encuadernado tosco con inquietante textura, que ponía los pelos de punta al palmarlo con yemas temerosas y frías.

—“... *un sí bastara*” —dijo por segunda vez.

La sombra había logrado una forma espesa y casi sólida. La tenía frente a él, la miraba desde el escondite de ramas y hojas, entre esos dos troncos muertos tendidos en el suelo y cubiertos en gran parte por la nieve.

Aquello, tomó forma de un brazo el cual fue levantado tan lento como minutos se hacen horas, un dedo índice largo y esquelético le apuntó, de a poco fue tomando más forma, hasta verse la figura pálida de uñas amarillentas y cada huesuda articulación. No había temblor en esa delgada mano, un dedo como hueso torcido le apuntaba, y parecía tocarle el corazón, hundirlo como un cuchillo filoso en los miedos del muchacho, un agujón venenoso.

Al final, la sombra como un manto negro y extraño que se mecía liviano al son de una brisa ya inexistente. Un abrigo de una forma muerta, famélica humana. La sombra como humo en movimiento dio forma a un rostro tosco y seco, de mejillas hundidas como llagas de un árido desierto. Un torso desnudo, tan blanco como la nieve de aquel bosque helado, famélico con las costillas marcadas, hundidas en la piel que parecían desgarrarlo, surcos que producían aversión mirar, huesos cubiertos de sólo piel, una textura tan pálida y grotesca.

Su esquelético cuerpo todo tatuado con desconocidas palabras, para el muchacho. Un idioma lejos de todo entendimiento, palabras escritas en cada lugar del torso, su espalda aquella marcada por una columna vertebral que parecía cortar la seca piel, sus brazos, su rostro y su frente. Los cabellos blancos como la nieve, y secos como las hojas de árboles moribundos que cubrían al muchacho, se dejaban caer hasta los hombros de un viejo, de un anciano, de rostro tan seco, ojos lechosos. El alma parecía tener una suave conexión de vida con ese cuerpo, que además parecía tener la forma de un horrendo árbol seco, erguido en la oscuridad. El humo negro se movía como remolino alrededor de él. Su piel, blanco

papel, escrituras como llagas, quemaduras que aún ardían.

Entonces sus secos y partidos labios esbozaron una leve sonrisa torcida. Dejó entrever una dentadura amarilla y verdosa. Cucarachas y toda clase de insectos parecían habitar dentro de aquella boca.

—*"... un sí bastara, y desaparecerás de este inerte lugar. Y tus miedos morirán al instante de desearlo. Un sí. Sólo un sí. William"* —susurrante, como una serpiente, como un demonio antiguo. El anciano había hablado bajo una sonrisa cargada de oscuridad y de un corazón inexistente. *"El libro te ha escogido"*, William creyó escuchar dentro de su cabeza, *"Tú crees haber ido al libro, pero le libro ha ido a ti"*.

—SÍ—contestó, hipnotizado por alguien o por algo, aquel libro lo había hecho.

El muchacho desapareció del escondite, y en esa mañana en Londres, cuando su padre se disponía a darle de golpes cariñosos a su amada esposa, se detuvo bajó el dintel de la puerta con la mano alzada en un puño cerrado en perfecto ángulo de inclinación al ojo derecho de la mujer, se precipitó inerte al piso, el corazón había reventado. Sangre brotó de su boca, en una mueca de terror y dolor indescriptible. La mujer gritó ahogada por el miedo —William...—luego del susurro, juró haber visto que la sangre en el piso de la habitación, había formado una "W" un punto y una "L" seguida de un punto final. Después volvió a mover sus labios, temblorosa masculló, con esa débil voz el nombre de su pequeño hijo.

En el bosque helado un último susurro de una respiración sibilante. El anciano.

—Cuídalo, que tarde o temprano aquello que escondes, volverá a mí. Sus palabras están escritas en mi piel. Por eones y como la eternidad se rehúsa a morir.

Horas más tardes, William despertó en la bodega de un barco, aquel iba en dirección al continente norte americano. Providence le esperaba a brazos abiertos.

Con el tiempo el muchacho se convirtió en hombre, al final de la vida en un anciano que, observaba un mundo desde un ángulo diferente.

— ¿Cuál es tu nombre muchacho?—alguien le preguntó al bajar de aquel barco, parecía un muchacho algo aturdido, aún sumido en un profundo sueño, caminaba por un puerto, aquel libro lo llevaba bajo su apolillado abrigo.

— ¿Qué haces aquí? —volvió la pregunta. —Muy lejos de casa muchacho—las preguntas vinieron de gentes de puerto, y de un anciano

curioso mientras cargaba una red de pescado.

El sol le encandilaba sus ojos, un cielo despejado de nubes y fuera de la neblina londinense. No era su querido hogar. — ¿dónde estoy?
—preguntó.

Observó al anciano de poblada barba canosa y pelo ondulado de la misma tonalidad desprovista de la juventud. William le miró con ojos que parecían doler con el sol.

Aquel hombre vestía un grueso chaleco de color gris, parecía que el calor era una suave caricia a sus mejillas, y eso no le molestaba. Sus ojos entre arrugas eran azules y profundos como el mar, llevaba una boina negra que hacía juego con sus pantalones negros y botas del mismo color. A pesar del calor, el clima era húmedo, algo agradable para el muchacho.

—Providence, pequeño hombrecito. La futura capital de Rhode Island, lo he visto en un futuro. El refugio de los perseguidos. Aquí la bahía Narragansett. ¿Pero qué haces aquí?, vamos dime.

—William Logan Brown—respondió en titubeos.

— ¿Qué?

—William Logan Brown, es mi nombre—y siguió su camino, adentrándose a la ciudad ante la mirada atónita de un viejo lobo de mar.

"Cúidalo, que tarde o temprano aquello que escondes, volverá a mí. Por ahora sus páginas te han escogido".

El muchacho miró hacia atrás, por momentos la voz sibilante se mezclaba con la de aquel viejo pescador. Unos segundos, una mirada por el rabillo del ojo, luego recordaría cuando hombre, y cuando fuese anciano, que ese algo tenebroso como garras de árboles viejos volvería. Él esperaría, el tiempo lo arrastraría en lo profundo, en la nada.

Lo llevaría de retorno... al *bosque helado*.

"Atiéndeme bien pequeño. Morirá lo que temes, y pronto morirá también lo que amas"

Capítulo 39

*** _ ***

Al Sendero de R'lyeh

*** _ ***

Cap. III

Louis...

"Si las paredes de piedra hablarán, dejarían escapar los horrores de..."

"He levántate Lázaro..., había salido. Había vuelto su hálito de vida, pero aquí sus almas no volvían".

"1806, Niño perdido, un papel pegado en los muros, una imagen en blanco y negro con un nombre, sobre tal rostro joven; Se busca. William Logan Brown. fEliZ NavIdaD, un retrato hablado por su madre".

Capítulo 40

*** _***

Año: 2017.

Louis.

"No ver el mal, no escuchar el mal, no decir el mal"

"*Bip, bip, bip*" el electrocardiógrafo. Seguía su curso en una larga línea color verde, que cada cierto tiempo cronometrado se disparaba hacía arriba. La aguja se hundía en la piel de Louis, se hundía en una vena verdosa. El reloj jugaba como una extraña ilusión a Dominick Bennignton, se detenía a ratos, no quería avanzar. Mientras el líquido de la jeringuilla estaba pronto a elevar el corazón del durmiente.

La sala de paredes de oscura piedra, daban el aspecto inquietante, en contraste con ese mármol blanco de un mesón de autopsia, el cadáver cubierto con una delgada mortaja, inerte con esos ojos vacíos, transparente iris, y pupilas tan descoloridas.

—Dígame. ¿Usted cree en la vida después de la muerte? —el extraño líquido purpura se movía en la jeringuilla, parecía tener vida propia, le preguntó al hombre que le ayudaba en el experimento. Louis era un mero espectador, como el en cine, pero sin butacas ni telones, estaba ahí y la vez no, como un fantasma, algo tan real, que podía sentir la fría sala de muros en piedra mohosa y húmeda.

—Sí—respondió el hombre que ayudada al doctor muerte.

—Sí—Louis en silencio también susurró. Sentía corriente, como una conexión de finos cables, lo ataban al mundo, al futuro y al pasado. Le tiraban, para no olvidar, que era tan sólo un mero espectador. Agitó su corazón, resurgieron entonces un sin número de memorias, imágenes de aquellos médicos en la peste de años, muchos años atrás, como si hubiese vivido en esos tiempos, esos matasanos con máscaras negras, unos rostros de pájaros malvados. Y el humo de cientos de cadáveres quemados, amontonados en las calles infestadas. La peste negra, como el corazón de la parca, "*The Grim Reaper*", pensó. Recordó como un cuadro invernal la vieja casona y las mujeres asesinadas. Aquellas que escapaban de algo, una maza oscura o un humo negro espeso, algo fuera de este mundo, imposible a su vacua comprensión.

—He visto mucho, el pasar de los años, extrañas..., desagradables cosas. La muerte, la pérdida eterna de un ser querido. ¿Lo entiende?, espero que sí. Bueno a pesar de su sucio trabajo, me parece un buen hombre.

— ¿Lo de profanar tumbas, doctor?

Osler, guardó silencio.

Luego, —Sí, eso. Buen hombre. Interrumpir el descanso eterno de los muertos. Aquellos que dejaron este mundo, y sumieron en el sueño tan desconocido, pero a la vez llamativo, desde el punto de vista aversivo, para el ser humano, la ciencia busca siempre. La curiosidad imperiosa de escudriñar, ¿qué es lo que hay más allá?... la nada, me niego a ese pensamiento desolador, a esa hipótesis insidiosa, aquella que me desvela por las noches, en observación pétrea ante un cuadro, que después me niego a creer que ya no existe. Nunca más—su rostro se contrajo en un rictus cargado de congoja. Por momentos dudó de la aguja, dudó del líquido purpura, dudó de la existencia.

—Sus almas, ya no están ahí doctor. En ese cuerpo..., se ha ido.

—Como he dicho, he visto cosas extrañas. El alma sigue atada al cuerpo, claro si aún sigue fresco. ¿Me entiende?, parece que aún no—había vuelto la seriedad, el helado rostro inexpresivo. —Pronto lo verá con sus propios ojos, y entenderá a que me refiero.

El sujeto tragó saliva.

—Necesito que me ayude, no está aquí para acarrear muertos y de observador. ¿Ve esas correas a los bordes? —Osler, apuntó con la mirada, con esos grandes ojos azules con tonalidad celeste, con la expresión de un lobo. Doctor muerte solían decirle.

Desde el otro lado de la mesa de autopsias, el sujeto asintió y comenzó a atar el cadáver.

—Lo más firme que pueda. Se sorprenderá—sonrió.

Capítulo 41

*** _ ***

Año: 2017.

Los viejos

Elías tomó la taza de café caliente con sus dos manos, resopló el vaporoso aroma y bebió un poco. Las velas que yacían erguidas sobre la mesa, aquellas llamas tintinearón un poco, como una llamativa e inquietante danza, no existía brisa que las meciera, pero aun así se habían movido de forma extraña al son de un viento inexistente. Como en; "*La Casona Logan*", como en ese hogar tan acogedor, que visitó el pequeño William, o como también no olvidar aquel bosque helado cubierto de un silencio apabullante.

¡Crack!, hizo el bocado de papas fritas, que Carlos se mandó con soltura a la boca, mientras que con su mano derecha hurgueteaba el paquete de papas en búsqueda de un poco más. —Sólo salen puras molidas—luego miró el fondo, y sopesó lo liviana que ya estaba. —Nada—masculló. Giró la vista a la estantería, esa, la cual tenía repleto de paquetes de papas fritas, las de corte americano, que parecían techos de calaminas hondeados.

—Lo extraño hijo, y que no entendemos es que la niebla aquella, no avanzó más allá de la costa, se quedó estática, para suerte de los demás. Las cosas esas..., no salen de esa zona.

Las paredes construidas con sólidos tablones de madera crujían de vez en cuando, eso provocó que dejaran la conversación por unos segundos, y quedaran a la espera de ¿qué?, algo quizás. Los tres giraron sus cabezas y miraban atentos a cada pared, como a la espera, que las monstruosidades irrumpieran en una gran explosión de astillas y leños esparcidos, impresionante onda expansiva en dirección a ellos.

—Por qué.

Elías guardó silencio. Dejó la taza de café sobre la mesa tan suave como pudo, un leve golpeteo y nada más. Carlos en cambio caminó a la estantería y cogió otro paquete de papas fritas.

—No lo sé muchacho. Pero después de aquello, nadie..., en absoluto nadie nos creyó.

—Y quedaron como los locos volados del pueblo.

Carlos giró, clavó la vista un tanto cabreado en el guarda costa. —No te equivocas muchacho..., por mí se pueden todos ir a la mierda—espetó. Se quedó de pie, abrió el paquete de papas fritas y comenzó a comer.

—Exacto, locos y acabados— sonrió Elías, el viejo parecía santa Claus con una sonrisa tan jovial y disparatada rodeada de la frondosa barba blanca, sonrió sin dejar de mirar al guarda. — ¿Sabes qué te digo?, escúchame. 1997, esas cosas tentaculares y de ninguna forma antes conocida, se movían tan rápido, como una puta bala viaja siendo disparada en dirección a tu culo, ¿me entiendes? —el viejo Elías Logan arqueó la ceja izquierda, mientras tomaba con sus manos, envolvía con fuerza la taza de café aún caliente.

Sebastián el guarda costero tragó saliva y asintió con timidez con la cabeza.

—No las veías venir, hasta que las tenía sobre tu maldita cabeza, y el mundo parece decirte chao cariño, nos vemos en la próxima vida, claro si es que hay una próxima, y luego...

—Te meas y te cagas los pantalones—interrumpió desde el otro lado Carlos Salavert, el otro viejo acabado. —voy a por otra taza de café. Hace un frío que te cagas—quedó en silencio—Qué te cagas... ¿a que no entienden el chiste? ¡Ba! —exclamó y caminó hacia la cafetera, la cual se encontraba en el mostrador principal del local.

—Pero, ¿cómo fue que sobrevivieron...? , si esas cosas de ahí fuera se mueven de una manera impresionante, ¿cómo? —sacudió su rostro, y se atusó con sus manos el poco cabello.

El crujido de la madera volvió a sacarles de la conversación, al igual que el singular movimiento de la llama de las velas.

—No lo sabemos, muchacho—giró un tanto Carlos, se preparaba otra taza de café, siempre solía decir en las noches de crudo invierno, que el bendito café apaleaba el frío y además les mantendría despiertos, hasta que la hora llegue, por el rabillo del ojo les observó, giraba la cuchara en la taza, una que tenía estampado un corazón y al lado escrito el nombre del pueblo: Iloca. —pero lo único que puedo confesar, que por más rápido a una bala se movieran esas cosas. Ese viejo sentado frente tuyo, parecer tener un ángel en la espalda, le protegió el culo y nos hizo salir con vida de la playa—sonrió.

—Y nos dimos por enterado—guardó un rato, y tomó aliento el viejo Elías.

—Que la niebla se queda quieta en la costa. ¿Algo no permite que

avance?, o cosas del destino no lo permitieron.

—O tu ángel, viejo loco. Qué les paró en seco—bebió un sorbo Carlos Salavert, y se quedó parado en el mostrador en frente de ellos.

El techo había comenzado a crujir, como pisadas se deslizan en sigilo. Los tres miraron hacia arriba. Luego desde lo profundo de un mar agitado, en la rareza como bosque tupido de ramas y árboles, de entre esa espesa niebla el canto tan inquietante, parecido a un llanto de ballenas, pero eran algo más, algo más oscuro.

El joven Guarda costero miraba, contuvo el aliento. —Espero que su ángel siga aquí—tartamudeo.

—Reza..., hijo. Reza, para que tu alma no sea arrancada de tu cuerpo, Reza es lo único que puedo aconsejar—murmuró Elías Logan, a su vez recordó a su querida esposa *Magdalena Díaz Monsalve*, la recordó y sintió que, respiraba helado, un aroma a su mujer. Luego el olor a flores del "*cementetrico*" como solía decirle. El aroma de la muerte, solía nombrar a esos ramilletes, sobre aquellas tumbas de pálido mármol.

El ruido en la espesura, se acercaban, un llanto de ballenas. Tan ominoso en cambio. Un ruido que les ponía los pelos de punta. En el techo algo reptaba, de seguro eran las monstruosidades tentaculares, las que tan rápido como una bala se movían. No les importó la vergüenza de mearse los pantalones.

El guarda costero, cogió la radio *Handy*, la dejó sobre la mesa sin emitir ruido alguno y se persignó. Elías Logan sopló las velas, la oscuridad era lo mejor. Lo mejor, para vivir un poco más, un tanto poco, quien sabe.

Hasta el momento sólo quedaba esperar, que el viejo loco aún tuviera ese ángel de la guarda cuidando de él.

Capítulo 42

*** _ ***

Año: 2017.

Louis.

Era como si todo estuviese conectado, como si todo fuese a converger en lo mismo, pensaba una y otra vez Louis, en un sinfín de olas sucumbiendo violentas contra rocas afiladas. Aquello le tenía la cabeza abombada, parecía una olla a presión, podía ver las conexiones, unos finos hilos rojos en cada uno, amarrados y bien puestos para el espectáculo. Se sobresaltó cuando movió esos ojos abiertos de par en par, con rostro sudoroso en donde diminutas bolitas de cristal, el sudor se deslizaba tan lento por la frente, tan lento la aguja con pavor observó con detalle hundirse en el brazo inerte de un cadáver amarrado a una mesa de autopsia.

—Faltan dos inyecciones más, mi buen amigo y verá lo que le he estado explicando todo este tiempo. Corto tiempo, pero las palabras quedaran cortas. Espere y vera—la segunda aguja, el doctor muerte Osler, preparaba la siguiente, movió el frasquito con el líquido purpura. —Ahora el cuello.

La segunda aguja había vertido ese color purpura, tan extraño y tan vivo, Louis sintió que las paredes de ese cuarto parecían reducirse de a poco, como queriendo aprisionarle, en conjunto a los débiles chasquidos como cables eléctricos en corte que cruzaban vertiginosos por su cabeza, por su mente y por sus ojos, aquellos ojos tan abiertos en ese lugar, y tan cerrados en el otro lado, en ese infinito océano en donde le esperaba la llamada, la señal. El gran Cthulhu, así pensó o creyó oír en un raro y molesto susurro, que elevó su corazón cada vez más galopante. Y sin darse cuenta la tercera y última aguja ya había tocado el pecho, el lugar del corazón muerto de ese cadáver.

—El alma aún sigue ahí, no ha iniciado el viaje—sonrió mientras retiraba la última aguja vacía.

—Las agujas, qué contenían...

—Algo lejano, en el olvido. En viejas historias quemadas, enterradas en libros muertos, o mejor dicho en singular... Libro—quedó en silencio.

—Ahora esperar, tan sólo unos quince segundos, quien sabe menos.

Las conexiones se hicieron más evidentes, se transformaron en un torrente, un acantilado vertiginoso. Louis había sentido ese frío de las paredes mohosas de piedras, ahora el hielo le cortaba la carne y los

huesos parecían fracturarse ante cualquier movimiento, el respirar causaba un punzante dolor a sus pulmones, aquello se extendía hasta su boca y nariz, la temperatura descendía, se calaba en él, tan parecido y doliente como aquellas agujas formaron el puente al líquido purpura directo en lo profundo de un cadáver, que de acuerdo al doctor, el alma aún seguía ahí, en esa inerte y rígida envoltura. *"Hay que apresurarse, antes que..., escape de este mundo"*, creyó oír los pensamientos ocultos, tan siniestros del doctor Thomas Osler.

— ¿Lo ha visto?

El sujeto guardó silencio, y negó con la cabeza. Gotas de sudor le acompañaban.

El doctor Osler, repitió sobre la misma. — ¿Lo ha visto?, su ojo derecho, el parpado.

Louis, caminó lento, invitaba con cada movimiento de sus pies adormilados, invitaba al miedo a detenerlo, pero la curiosidad le empujaba su espalda, le jalaba la mano, le aprisionaba con fuerza la muñeca izquierda, que temblaba en una pérdida exponencial al control. Tanteó cada paso en la humedad, en la congelación de un lugar cargado. Caminó y cada vez un cuadro más cercano de aquel cadáver, el detalle que le producía aversión, esa piel sin vida. Se acercó lo suficiente, para luego detenerse y ver ese parpado derecho. El alma soñaba en ese inerte cuerpo, y parecía tener pesadillas indescriptibles, aquel ojo oculto se movía en un vaivén desesperante. Volvió sus ojos a los partidos y secos labios del doctor, una sonrisa como un lienzo agrietado y pintado, una sonrisa cargada de..., *"Oscuridad"*, pensó.

Pasaron pocos segundos, cuando en ese torso desnudo algo, débiles marcas resurgían, algo..., extrañas formas, parecían palabras y palabra raras formaron frases, Louis observó rápido a los dos hombres uno a cada lado de aquella mesa de autopsia, no había sorpresa aún en ellos, algo le dijo que él era un espectador, de seguro el único espectador de aquello. Las frases parecían decir..., nada. Sólo escrituras de extraña caligrafía, que escapan a su primitiva comprensión, pronto llegó a sus oídos tan colapsados por culpa de la sangre y la presión en su cerebro, un masa de materia gris que, parecía de un momento a otro reventar como ampollita ante una sobrecarga de energía, pero en él eran violentos horrores, estaba convencido de escuchar la voz del loco Clau Dexter; *"Es la señal, la llamada, ahora la puedes leer..., escúchala..., ¡bloop!, es un lenguaje de eones"*, luego una risa febril, deschavetada, era Clau desde el otro lado.

—Mira, ahora ha comenzado el otro parpado..., —sonrió el doctor, la tonalidad de una voz fascinada. —falta..., la nada. Espero que resista.

—Resista, qué doctor.

—Las ataduras.

Capítulo 43

*** _ ***

Año: 2017.

Alessa Osler S.

La mujer de finos tacones y botines cuero negro, esperaba en su habitación, movía su lapicero de un dedo a otro, mano derecha a mano izquierda y unos segundos después, luego de mirar ahogada en sus pensamientos al cielo blanco de aquel lugar, volvió hacer girar el lapicero. Se acomodó hacia atrás en la comodidad acolchonada de una silla de respaldo reclinable. Alguno que otro mechón blanco se lucía en su cabello, en un aire de seriedad, elegancia y madurez. Miró por el rabillo del ojo derecho, esa mirada zagas, cargada de hermetismo, observó ese diario puesto sobre el escritorio tan pulcro, como un espejo en la oscuridad, una habitación con una lamparilla de luz tan opaca a los recuerdos, ese fantasma que, ahora veía con más claridad y algo de molesto tormento, el hastío le picoteaba, parecido a un cuervo clavado en los ojos.

Había caminado por largos e interminables pasillos de cubierta, también tuvo la oportunidad, aunque breve de observar, cruzar miradas con el visitante. La temperatura había descendido unos 12° grados, quien sabe a lo mejor más, con todo y tormenta con el visitante a bordo, parecía ir en picada a un frío polar. Tomó su diario, removió sus páginas con excesivo cuidado, leyó lo último; *"Dicen que ha salido de la nada, una figura fantasmal, un visitante de otro lugar, ¿año?, fue visto por última vez en 1997. Sin embargo de los vagos registros, parece haber similitud con alguien de **1806[Inglaterra], Londres, esa fría y neblinosa Londres, tan oscura como..., los recuerdos retorcidos de Thomas Osler..., una hermosa familia de un pasado. que dejé con la puerta cerrada, incontables candados, cerraduras de todo tipo e irrompible material, cogí las cientos e infinitas llaves y las tiré en lo profundo del mar, ahora al ver sus ojos, ese visitante me las escupió una a una en mi rostro..."***, cambió de página..., dejó lo del lápiz al lado, y con la yema de unos finos blancos dedos con cuidadas uñas pintadas en rojo carmesí, una mano derecha que se movía con temor, palpó aquel fragmento un añejo trozo de periódico, "Times", parecía decir en una de sus esquinas, algo borradas y maltratadas. Muchos relojes de arena dejaron caer sus finas partículas, el tiempo pasa, tan rápido, que no te das cuenta, y solo espabilas hasta que estas algo arrugado, como ese papel, tal cual como ese trozo de papel..., leyó: *"El doctor que revive a los muertos, condenado por herejía. Thomas Osler el doctor muerte, por fin capturado"*.

—Aún muerto y hecho polvo, sigues ahí ¿verdad?, los muertos parecen estar adheridos con un fuerte pegamento a los Osler, nuestras sombras están cargadas de tus...

En lo profundo, ahí afuera en esos interminables pasillos, a lo lejos sonó la alarma, y las luces rojas comenzaron a girar.

—Doctora, ha llegado...—sonó una voz mezclada con ruido blanco, ese condenado intercomunicador chirriaba tan molesto. —pero ha perdido el conocimiento.

Alessa Osler guardó silencio, a la vez presionó el maldito botón de apagado. Cogió los audífonos aislantes de ruido, aquellos sobre la esquina derecha de ese pequeño escritorio, y quedó en silencio. Se quedó reclinada hundida en esa silla, dejó irse por unos momentos, sumida en una habitación con una lamparilla encendida, el foco de una luz ahogada por las sombras del lugar, ese pequeño espacio. Tomó el lápiz y abrió el diario en una página en blanco. Escribió: *"El visitante mencionó al muchacho, dijo que lo encontrarían. Ahora ha perdido el conocimiento, también dijo que eso ocurriría. Esto me tiene con los nervios de punta. Hace tres horas atrás creí ver a varios metros de distancia una figura parada, como a la espera que yo me acercará, no quise. Oí la voz del visitante atrás de mí, como un susurro. Dijo ¿Quieres verlo?, ¿no tienes curiosidad quien espera ahí?, aquella sombra humana como estatua petrificada, tuve toda la seguridad que tenía nombre y apellido; Thomas Osler. Pero él está muerto, en huesos hecho polvo. A pesar de eso no olvido que..., su sombra está adherida a los Osler, en especial a mí, la única que decidió por la medicina"*.

—Doctora...

Alguien golpeó la puerta.

Encerró en un círculo aquel nombre; *"Thomas Osler"*, luego subrayó el apellido. Susurró *"Osler"*, sus parpados le pesaron un tanto, el peso suficiente para desear dormir un poco. Ese pálido rostro de ojeras prominentes añoraban descansar, no podía, sabía que no podía lograr pegar pestaña, desde que subió a ese maldito porta aviones, desde la señal **Bloop**, desde la llegada de un siniestro visitante, ese que le escupió una a una las llaves de la puerta, aquella que encerraba sus terrores. Encerraba a los muertos vivientes, a los secretos familiares. —Desearía un cigarrillo—pensó, pero de aquellos, que ponen los pies fuera de esta tierra. Dejó caer una vez más el telón, y entre la brumosa oscuridad de parpados que nublaron su vista, Alessa juró haber visto una oscura, húmeda y mohosa habitación con muros de piedra, tan fría, un hielo que, caló en múltiples alfileres su columna vertebral, a eso le llamó miedo.

La vista tenía un velo trasparente. Algo dejaba entre ver en la oscuridad, una negrura a ratos gris, a ratos siniestra, devoraba esa mortecina luz. El sueño parecía ahora tener garras que la sujetaban, unas cadenas firmes y rechinantes cuando hacía uso de vagas energías para elevarse, huir de la soñolencia.

—Espere y verá—fue la voz que la puso tan pálida, como si la muerte hubiese arrancado su último suspiro de vida. **"Espere y verá"**, sonó retumbante y cavernoso, el eco le rondó en su cabeza, aún más al ver la procedencia de las voz. —Osler—susurró, masculló con el miedo impregnado como veneno en los labios. Una mesa de autopsia, un cadáver amarrado, un hombre como un fantasma en la oscuridad, barba poblada, aquel lo recordó en una foto, una carpeta de un expediente; **"Louis"**, —Pero que mierda hace aquí—se preguntó hacia sus adentros, con voz entre cortada, era el miedo, era el frío. Enmudeció al ver al otro hombre. En ese momento, gritó ahogada..., **como deseo despertar.**

—Doctora—la voz afuera de su habitación.

Seguido de dos golpes de puño contra la puerta.

"Abra" —creyó oír la voz de un anciano, temblorosa voz que escapaba desde uno de los rincones de la habitación.

—Abra, Doctora—ahí afuera la necesitaban. Abrió sus ojos de par en par. Leyó aquel nombre encerrado en un círculo y se quedó absorta en ese apellido subrayado. Su apellido, sinónimo de muerte.

Toc, Toc.

Capítulo 44

*** _ ***

Año: 1806.

Osler... "levántate"

Estaba seguro, funcionará. No era el único, pruebas fallidas, como extenso álbum fotográfico, archivó cada uno de sus intentos, y los cadáveres no funcionales o para nada exitosos en sus escabrosos experimentos, iban a un paradero final, las profundas aguas del Támesis. En trozos algunos, cuando se percató que, una mano por sí sola, aún seguía en grotescos espasmos de vida, esa mano la tuvo que cercenar al momento de aprisionarle su garganta. Aquellos volvían con un odio profundo a este maldito mundo, o tal vez con ese odio maldito a él, al doctor Muerte. Les había traído, les había arrancado de ese sueño eterno, los había puesto de nuevo en este lugar, este sitio, este mundo al que ya no querían volver.

Presionó la jeringuilla tan fuerte como pudo, lo que le permitió su fuerza algo débil por los años, por el cansancio de desvelos, y ese miedo a un fracaso con gusto al monstruo, que podría volver del lugar de muerte. La dejó en dirección al cuerpo con fuerza amarrado a la mesa de autopsia, contó los segundos y observó a su alrededor. El ayudante seguía ahí expectante al cambio que, Osler había prometido. —Se sorprenderá—le dijo entre una sonrisa oscura y temor. —Hace poco que ha muerto, aún el alma no ha salido de su recipiente—aseveró, aún en sus pensamientos agolpados, lo repetía sin soltar la jeringuilla vacía de ese líquido purpura. Louis como un mero espectador, estaba de pie y paralizado a espaldas del Doctor.

Osler, sintió la necesidad de retroceder unos pasos, cuando observó con notoriedad que, aquel pálido cadáver comenzó a mover los ojos cubiertos por parpados temblorosos.

—Sueña, doctor. —la voz del hombre frente a Osler. —Sí está muerto, pero sueña.

—Lo sé, lo sabemos—retrocedió un paso, temía al monstruo que podría despertar desde el otro lado. —Lo que desconocemos, si aquello que sueña, pueda llegar a ser algo placentero.

—Pesadillas.

—O los últimos momentos de su muerte. Y por las heridas en el cuello algo lacerado, dudo que haya sido algo placido, indoloro para él.

El primer movimiento tan imperceptible, a la vez desesperante como ver aquellos ojos en movimientos inconexos y rápidos, parecidos a dos péndulos que oscilaban descontrolados de izquierda a derecha, ocultos bajo ese manto de pupilas venosas, blanquecinas. El primer espasmo, una musculatura rígida, falanges de huesos, que parecían caer al movimiento de tendones y conexiones nerviosas, el primer movimiento casi imperceptible, uno de los dedos de la mano izquierda del cadáver.

El doctor, notó ese detalle tan ligero, tan invisible, pero lo notó al fin y al cabo, eso le hizo retroceder aún más con movimientos torpes, piernas algo agarrotadas y mirada febril ante lo que se aproximaba, sostuvo con fuerza la jeringuilla, en protección a alguien o algo, luego comenzó a contar con un mentón tembloroso, una cuenta regresiva que a ratos la sentía infinita, empezó en —Diez—susurrante voz, hasta el borde de nervios mezclados con enfermiza excitación de ver triunfar su experimento, de vencer a la muerte, de volver acocer el alma al cuerpo, en resumidas; "*burlarse de Dios*", jugarle una partida, ganarla, tal vez con horribles resultados.

El ayudante del doctor hizo lo mismo, retroceder, pero sin contar. No estaba para cálculos de tiempos, compases muertos, acompañados de un frío terror que le clavaba la espalda, le rasgaba el estómago por dentro, filosas garras de un miedo inconmensurable, observó mientras alejaba su cuerpo y su vista de aquel cadáver pálido como el papel, una hoja en blanco, un cuerpo que, parecía agarrar el alma, notó como dos o tal vez tres dedos más de la mano derecha comenzaron a moverse, las articulaciones parecían salir de los ángulos permitidos, parecían con horrenda visión, desgarrarse y volver a su sitio.

—Seis—dijo Thomas Osler, y en ese momento todos los dedos de las manos ya se movían desesperados, y el cadáver luchaba con aquellos músculos, unos ojos con inertes parpados los cuales, ya mostraban a la mitad esos descoloridos y vidriosos espejos del alma ausente, había fuerza cada vez más, para abrirlos de par en par, observaron la luz de una visión horrenda, había sido de vuelta a este mundo, las venas se tornaron algo oscuras, grises y notarias en casi la mayoría de ese torso desnudo.

—Tranquilo, resistirá—dijo, poco convencido de sí mismo, de sus palabras. Aún aprisionaba con todas sus fuerzas la jeringuilla, una aguja de la cual colgaba una minúscula gota purpura.

Louis en cambio, estaba con sus manos firmes, puesto de espalda sobre los muebles, aquellos atestados de frascos con criaturas muertas, conservadas en formol al 10%. "*Levántate y ve*", una voz en su oído, igual al soplo de la brisa helada, sus ojos estaban clavados en ese cadáver,

que movía los dedos y manos de formas grotescas, sonaban los huesos dislocándose y volviendo a su posición normal. Con asombro observó la piel pálida siendo escrita con extrañas formas. —No, no..., no resistirán—murmuró, —No, no lo harán—en murmullos, de una voz ahogada. Tomó una gran bocanada, hinchó su caja torácica y gritó. —Mierda, está ciego, no resistirán esas putas correas—se dejó caer, sus piernas se derrumbaron sin oponer ninguna resistencia, y sus ojos se abrieron a lo imposible, un espectador aterrado, temía que ese cadáver ahora viviente, el cual había agarrado el alma, retenido con invisibles hilos rojos, una simple alma cabreada o quien sabe algo más oscuro, podría verlo, entre velos de otros mundos, dimensiones infinitas, hasta el momento lejos de comprensión humana científica, la mísera posibilidad que, pudiese verlo e intentar ir a por él con profundo odio, y enceguecida venganza del respirar de aquellos vivos. Un ¡NO MUERTO!, sus pensamientos gritaron, recordó eso, la frase; "*un no muerto*", gritó ahogado por el pánico sin límite alguno, al ver ese cadáver pintado de extrañas escrituras en una piel blanca, un mano con movimientos descontrolados, en resumidas un brazo izquierdo que, por fin había sido liberado de una correa despedazada, desgarrada violenta, y Louis sufrió el dolor de sus cuerdas vocales, que gritaban el terror de la imagen, que contemplaba enloquecido, presa de los terrores indescriptibles del ser humano, la muerte, el morir, la nada y volver siendo qué, ¿algo?, o una criatura volvería en cambio, para mostrarle al mundo entero, que existe un infierno y los demonios están a la espera de pudrir al mundo entero, en conjunto a todo ser viviente de preferencia la humanidad entera.

El alarido, fue más semejante a un rugido de las cavernas. Louis sintió retroceder en el tiempo, escuchó en el "*no muero*", una voz gutural, como el primer hombre sobre la tierra, o el rugido de una enorme bestia acechante, aquello le quedó como una horripilante cacofonía, chocaba una y otra vez en las paredes de su cabeza, el miedo le desquebrajaba el cráneo, parecía que todo Londres despertaba de sus placenteros sueños, y se hundían en negras pesadillas. El grito fue primitivo, ancestral, tal vez algo más había vuelto a ese recipiente sin vida, inerte.

Capítulo 45

*** _ ***

Año: 2017.

Los viejos...

Sebastián, había hecho tantas preguntas como el tiempo le permitiese hacerlas, debido a que sintió ese apuro. El viejo Elías Logan, y el no tan viejo Carlos Salavert, le dejaron en claro sin derecho a repeticiones o explicaciones profundas, que la cuenta regresiva estaba en marcha, aquello no tendría pausas, ni oportunidades de escape.

El aroma a café de grano impregnó el local, cada pared de un apagado recinto, sólo amortiguado a la luz de esa única vela, que en ratos breves se movía sin haber brisa alguna, que le hiciera bailar al son de una melodía también inexistente.

El viejo Elías seguía sentado allí en el mismo lugar, y parecía que la luz de aquella llama le acentuaba más los surcos de la vejes. Miró a Sebastián y sorbió el segundo café de una noche en penumbras. El guarda costa, ante el frío que les rodeaba hizo lo mismo. Antes cogió unas de esas galletas crocantes desde un recipiente etiquetado "*Galletas Caseras. La abuela Ita invita*".

Desde el otro lado del mesón, había una rustica cocinilla, con un campana extractora, la cual Carlos pensó, mejor dejar el silencio. Comprobó que la pequeña bombona de gas la cual se encontraba a un costado de la cocina, estuviese llena, se puso de cuclillas y examinó —Casi—murmuró, pero estaba bien para él, luego dio el paso al gas, cogió unas hamburguesas Patty, y las dejó caer sobre una sartén de cerámica, —Pero que sartén tan bueno, malditas maravillas estas, conservan el calor y nada se pega en ellas. *B-r-i-l-l-a-n-t-e*. —Sonrió al pensar, que hacía de vendedor o algún tipo en un comercial de TV. Vertió el aceite, busco los fósforos, el chasquido sonó notorio en el silencio del local, —bien a fuego lento—dejó la llama de la cocinilla a punto medio, y disipó con su manos el olor a gas mezclado con el aroma de la pólvora tan fino, se paseaba por su nariz. Elías y Sebastián le miraron, cuando aquel no tan viejo, pero algo entrado en canas, comenzó a canturrear en voz baja una melodía. Sonaba alegre.

—Vamos, por un rato olvidémoslo de la situación—dijo, mientras buscaba una espátula, para dar vuelta las tres hamburguesas, que cupieron de sobra en aquel sartén de porcelana "*b-r-i-l-l-a-n-t-e*", como soltó en murmullos y risas.

—Viejo inútil, al menos no has encendido el extractor de la cocina, esa campana suena como los mil demonios—soltó en voz baja y sonriente Elías.

—Exacto. Bien, aquí está—se dijo cuándo halló aquella espátula. —Limpia, muy bien—dijo luego de haberla observado.

—Preferiría el aroma a grano de café—espetó el viejo, mientras se rascaba la blanca barba, y tan rápido dejó de hacerlo. Bebió del café.

Sebastián asintió.

El silencio ahí afuera, les rodeaba. Una densa neblina les ocultó de todo, sumió por completo a la costa de invisibilidad absoluta. Y en lo más alto, de un cielo repleto de negras nubes en la distancia. Esa lejanía, que limita el mar con las alturas, rayos bajaban por las nubes, como racimos, terminales nerviosos inquietantes. Muy a lo lejos algo se agitaba entre tinieblas. Algo grande.

—Ya falta poco—dijo Carlos, mientras movía con la espátula de cocina aquellas hamburguesas. Elías tenía hambre, y el aroma a café había desaparecido.

El canturreo del no tan viejo se interrumpió, cuando algo se dejó oír a lo lejos, había sido una señal de alerta desde la distancia, en mar adentro. Un alarido, como un gruñir cavernoso más parecido a una bestia de los avernos, e inquietante a ratos con la semejanza de un hombre siendo torturado, mezclado con un sentimiento de odio espeso y profundo. Elías y Sebastián se pusieron en pie, dejaron los tazones de café sobre la mesa, aquella que tenía una débil luz, una vela moribunda en un pequeño círculo de claridad.

—Qué diablos fue eso Carlos—exclamó Elías, el viejo tenía el corazón galopante.

—Eso fue un hombre, o...—interrumpió sus propias palabras, el guarda costa había enmudecido ante la probabilidad de ser algo más que humano.

—Hijo el o..., déjalo para nuestras peores pesadillas. Pero, qué mierda ha sido eso—volvió a repetir Elías, más calmado.

La cocina apuntaba hacia el mar, una ventana de madera pintada en blanco, dejaba a la vista ese oscuro océano, tapado por la niebla. El cielo dejó entre ver un diminuto destello a la distancia, parecía un chasquido de dos piedras chocar, como la chispa de una cerilla. Ese fósforo al friccionar sobre una lámina áspera, y liberar el fuego. Fue breve, la luz y el gruñir lacerado con rabia de algo. Carlos Salavert y Elías Logan, corrieron hacia

esa ventana, observaron con terror ese diminuto chasquido.

—Eso se ha visto diminuto, pero es lejos muy lejos de aquí. Me imagino que fue gigantesco, como una puta explosión—dijo entre temblores el guarda costa.

Lo viejos guardaron silencio. Sebastián se encontraba a sus espaldas, y se podía sentir el miedo de aquel joven hombre.

—Deja la imaginación a un costado muchacho, aquello que hemos visto y oído..., que se quede muy lejos en donde está. Suficiente con las monstruosidades ocultas entre la niebla—murmuró Elías, estaba pegado a esa ventana al igual que Carlos, el no tan viejo aún sostenía en una de sus manos la espátula, se protegía con ella, escrutó la nada con ojos abiertos de en par.

Elías Logan, aquel viejo acabado, miró la noche falta de toda luz exterior por esa ventana de cortinas despejadas. Repetía en el interior de su cabeza aquella imagen, como fotografía en movimiento, como un video, el audio en estéreo viajaba de un oído a otro, aquel estruendo cortaba su respiración. La luz resplandeciente en el océano se hundía lo más semejante a una filosa hoja de papel en su corazón, le cortaba y le quemaba en sus miedos tan ocultos, esos que guardaba con misteriosas y secretas llaves.

Los dos viejos retrocedieron en perfecta sincronía, un paso a la vez. En silencio, cuando el canto de las monstruosidades se dejó oír. Ocultas en la espesura de la niebla. Sebastián pasó raudo de entre los dos viejos acabados. Cogió las cortinas con sus torpes y temblorosas manos. Cerró el arco, dejó caer el telón.

—He dejado la imaginación en un rincón al momento que..., entré a este lugar. Necesitamos salir de aquí, ustedes me aseguran ese rango, la niebla esa..., no avanza más allá de la costa... ¿verdad? —les miró, el sudor frío se deslizaba por su amplia frente.

Los viejos asintieron en silencio. Luego posaron la vista a las alturas, algo reptaba sobre sus cabezas, afuera, en el techo del local.

—Tenemos tiempo. Creo..., que siempre existe algo de tiempo—murmuro Elías Logan. Parecía un pequeño niño rodeado de terrores fantasmales, cuentos de terror en noches como esta, en la cuales ya no deseaba para nada pegar cabeza en la almohada, y cerrar sus ojos al sueño tan profundo de noches sin estrellas.

Capítulo 46

*** _ ***

Año: 2017.

Alessa Osler S.

El grito la despertó de sus profundos pensamientos..., aún estaba aturrida, el sueño por momentos la había atrapado. El estertóreo ronco, de algo en profundidades de la somnolencia le agarró por las manos y la lanzó de vuelta al mundo, estaba despierta con sus ojos puestos en la nada, su habitación con luces rojas circulantes, que atravesaban la ventanilla rectangular de la puerta. El mensaje a su celular —*Doctora Osler, sala 218, pasillo 24. El muchacho de nombre Louis, al parecer entró en "COMA"*— la última palabra en mayúscula, parecía salir, le gritó al oído. —Saludos, Bennington—Dejó los fonos aislante de todo ruido, y fue a por la manilla de la puerta, tan fría como todo ahora a su alrededor. Había que mantenerlo vivo, despierto así lo dijo el visitante, esa extraña figura disfrazada de ser humano, esa misma que horas atrás le escupió una a una las llaves ocultas de una puerta con los terrores de; Los Osler, una gran familia. De lo contrario la nada, el muchacho debía despertar. "*Levántate Lázaro*", creyó oír en lo profundo de un pasillo cubierto de luces rojas giratorias, interminable así le parecía. Los miedos de Alessa Osler, y la voz aún más inquietante, un tono cansado, viejo, monocorde bordeado en lo insidioso, sibilante a ratos, aquello le había puesto la piel de gallina, se dejó quieta en un grito ahogado, luego tragó saliva ante ese largo sendero que debía recorrer.

— "*Y camina*".

Las luces bajaron su intensidad, y la doctora caminó rápido, los tacones notorios resonaban en la tenue atmosfera. —"*Llegará el día en el que no lo estés*"— escuchó algo y se detuvo. Recordó que llegaba consigo su celular, y la luz del flash de la cámara lo podía usar de linterna, así lo hizo. Entre pasos desconfiados, caminó sintiéndose sobre una cuerda floja. Abajo las monstruosidades.

"*Levántate Lázaro, y camina*". Aquello era un susurro en la quietud fantasmal.